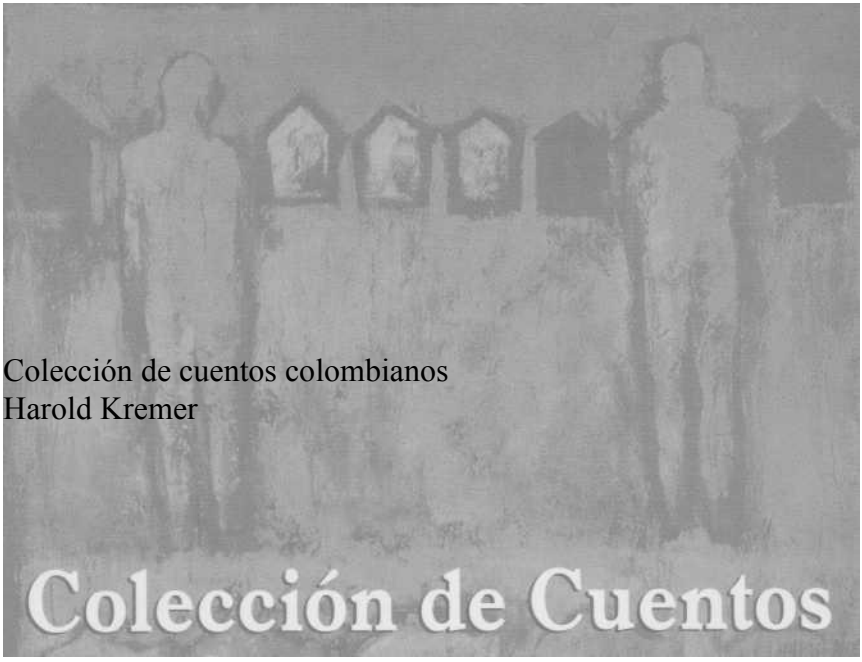
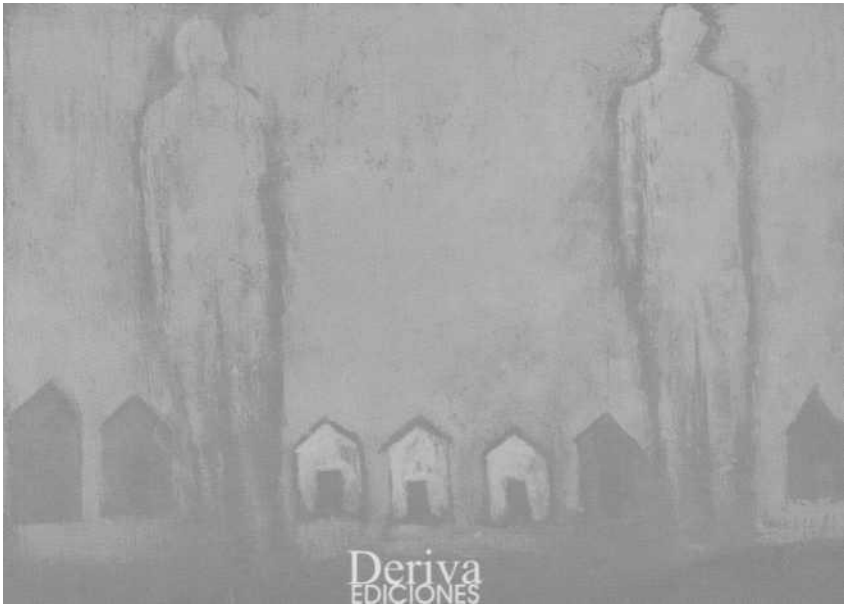


Colección de cuentos colombianos
Harold Kremer



Colección de Cuentos
Colombianos
Selección, introducción, biografías y glosarios
Harold Kremer

© Colección de Cuentos Colombianos Selección, introducción, biografías y glosarios Harold Kremer
ISBN:958-33-3771-4
Carátula: María Ximena Patiño
(Acrílico y óleo sobre lienzo)
Diseño y diagramación: Orlando López V.
Impreso en Anzuelo Ético
Nit.16752403-1
Teléfono Cel. 4666029
Cali - Colombia
Julio de 2002

Índice

Introducción 11
Diccionario 17
1. En la diestra de Dios Padre
Tomás Carrasquilla 21
2. La tragedia del minero
Efe Gómez 57
3. Que pase el aserrador
Jesús del Corral 65
4. En la hamaca
José Félix Fuenmayor 79
Jesús Zárate Moreno 103
6. La venganza
Manuel Mejía Vallejo 117
7. Ana Joaquina Torrentes
Gustavo Álvarez Gardeazábal149
8. Maternidad
Andrés Caicedo 155
9. Tenaz, hermano
Gabriel Jaime Álzate 167
10. Cabeza de ángel
José Ignacio Izquierdo 175
11. El sexto mandamiento

Juan Fernando Merino 183
12.Elprisionero de papá
Harold Kremer 193
13. El puñal sevillano
Luis Fernando Maclas 201
14. El aprendiz de mago
Evelio Rosero Diago 213

Mini cuentos colombianos
15. La mujer más hermosa del mundo
Cuento caleño anónimo 233
16. Parte de guerra
Octavio Javier Bejarano 234
17. Juego Genial
Guillermo Bustamante Zamudio 235
18. Los ratones morados
Antonio María Cardona 237
19. Un origen
Cultura Ijca 238
20. El mundo de arriba y el mundo de abajo
Cultura motilona 239
21. El árbol de la vida
Cultura Siona 240
22. Los niños primero
Alberto Esquivel 242

23. Reencuentro
Luis Fayad 243
24. Tras la huella
Henry Ficher 244
25. La carrera
Andrés Elías Flórez Brum 245
26. Colección de conflictos
Humberto Jarrín 247
27. Un día muy duro
Fabio Martínez 248
28. El juego de ser madre
Carlos Meneses 250
29. El sueño
Roberto Montes Mathieu 252
30. La caja de sorpresas
Juan Carlos Moyano Ortiz 253
31. Cuento de arena
Jairo Aníbal Niño 254
32.Amenazas
William Ospina 255
33. Leida
Elkin Restrepo 256
34. Un agujero
Héctor Rojas Herazo 258
35. El niño que se llenó de ira

Celso Román 259
36. El precio de la transacción
Fernando Solarte Lindo 260
37. El retorno de Drácula
Nicolás Suescún 262
38. Un día de regreso
Javier Tafur 263
39. Fatum
Jaime Alberto Vélez 264
40. De película
Humberto Valverde 265

Introducción

La presente antología de cuento colombiano está dividida en dos partes.

La primera se inicia con Tomás Carrasquilla y cornil rende un período que va de finales del siglo XIX y llega hasta comienzos del siglo XXL Apenas cien años que logran mostrar los orígenes del cuento en Colombia, su desarrollo y evolución desde el cuadro costumbrista hasta lograr su consolidación en el cuento moderno.

Los primeros cuentistas colombianos se enfrentaron a la carencia de una tradición y, sobre todo, con el l1amado cuadro costumbrista en el que se relataban, según Pachón Padilla, incidentes políticos, sociales y religiosos, con otros de inspiración folclórica y anecdótica, de macho valor histórico pero carentes de cualquier significado literario contemporáneo.

El cuento en Colombia empezó su camino con Carrasquilla y encontró rápidamente a su mejor exponente en el escritor Efe Gómez. En Carrasquilla todavía encontramos algunos rasgos heredados del cuadro costumbrista; sin embargo, desde la ficción, ya logra introducir algunos de los elementos propios del cuento moderno como centrar sus historias alrededor de un solo personaje, así se distraiga a veces con descripciones o situaciones que podrían eliminarse fácilmente sin perjuicio del relato.

Por esa razón Efe Gómez es el primer gran cuentista colombiano. Con muy pocos textos don Efe logra mostrarnos la principal característica del cuento moderno: la síntesis.

En La tragedia del minero encontramos un sólo argumento que aparece a lo largo de todo el relato, apoyado por un narrador que cede la palabra a sus personajes para lograr, a través de sus ojos, el efecto de involucrar al lector en la historia y observar la acción a través de ellos. Los diálogos, e incluso los silencios utilizados, nos acercan al mundo de los mineros, a sus ambiciones, sus temores, sus creencias, su sicología, su manera de ver el mundo. Lo espacial y lo temporal inscriben a los actores en una dinámica cultural, en un mundo rural concreto. La descripción del pequeño altar habla de un conglomerado de seres religiosos, en el que existe una sociedad

paternalista donde los acontecimientos se aceptan como algo sobrenatural y, en últimas, se perdonan y olvidan. Los personajes apoyan y justifican el argumento, resaltando por contraste o semejanza el asunto sobre el minero, y muestran, por ejemplo, en las referencias al embarazo de la mujer el tránsito de la muerte a la vida, oponiéndose al movimiento de la vida a la muerte. Por otra parte las escenas del cuento señalan conflictos universales muy precisos como la ambición, la lealtad, la compasión y la traición.

La tragedia del minero tiene la virtud de sugerir a muchos lectores escenas quizá nunca vividas, ni registradas en lecturas o en otros lenguajes pero capaces de evocar los grandes conflictos señalados. He ahí la destreza de Efe Gómez, he ahí las razones para señalarlo como el primer gran cuentista colombiano porque todo en el cuento es síntesis y los diálogos, las descripciones, los personajes están al servicio de un argumento que recorre el relato de principio a fin: la tragedia de la muerte.

Estos primeros cuentistas colombianos tuvieron también la necesidad de crear a sus propios lectores, de hacer valer la ficción en oposición a todo un siglo de lectores formados en el realismo histórico, social y anecdótico del cuadro costumbrista. Y sobre todo lograron entender que en Colombia era posible una creación literaria con elementos

propios de nuestra tierra, del habla coloquial y de los conflictos propios de nuestra sociedad.

Todas estas características van a prevalecer en el cuento colombiano.

Un cuento no es moderno por su temática o por la época en que se escribió, sino porque se circunscribe en su totalidad a una estructura donde no hay dispersión, porque el todo está al servicio de un asunto concreto. Es lo contrario de la novela, pero a la vez puede ser la parte substancial de una novela en el que pequeñas historias concatenadas conforman un conjunto más complejo.

El cuento no es sólo una armazón arquitectónica. Requiere de una sensibilidad en los escritores que no está sujeta a normas o reglas preestablecidas. Como lo señala Mario Vargas Llosa es una rebeldía ante el mundo que nos tocó vivir, un intento de registrar y sustituir una realidad real por otra realidad ficticia, es decir la utilización de la lengua para crear arte, para mostrar los grandes conflictos del ser humano. Por eso encontramos excelentes cuentos modernos de temas costumbristas, sicológicos, sociales, policíacos, fantásticos, rurales o urbanos.

La cuentista colombiana evoluciona velozmente en el siglo XX por la influencia de los narradores norteamericanos,

la experiencia del periodismo y el cine y por algún grado de profesionalización de los escritores. Los años cuarenta, cincuenta y sesenta marcan paulatinamente uno de los puntos más altos en el cuento colombiano con la aparición de libros de Adel López Gómez, Hernando Téllez, Manuel Mejía Vallejo, Gabriel García Márquez y Álvaro Cepeda Samudio. En esos momentos el cuento colombiano alcanza su plena madurez conquistando un lugar prominente en la cuentística Hispanoamericana y mundial.

En las décadas finales del siglo XX aparecen nuevos narradores que apoyados por la tradición ya cimentada por estos grandes cuentistas, logran producir textos en los que con gran claridad se manejan temas, técnicas y una sensibilidad muy comprometidas con la creación literaria.

La segunda parte de este libro está dedicada al minicuento o cuento corto colombiano.

De origen más reciente el minicuento logra en pocos años adquirir una dimensión y madurez tan logradas que hoy en día existe un reconocimiento unánime de sus aciertos al lado de los otros géneros en prosa.

Si el cuento corre el peligro de cierto gigantismo que lo hace peligrar en su eficacia narrativa, el minicuento tiene aún más elementos que lo hacen un género de difícil construcción

porque su esencia es una especie de híbrido que utiliza recursos del poema y la narración. De minicuento sólo sabemos que en él no cabe ni el chiste ni las divagaciones: debe ser de gran pulcritud en el lenguaje, preciso en sus imágenes, ajeno a los decorados. El minicuento apunta hacia la evocación de tu mundo subyacente que cuestiona al lector, lo obliga i múltiples lecturas y le revela situaciones extrañas imprevistas o cotidianas

Una constante en el minicuento es el uso de tiempo y espacios fabulosos que no permiten al lector una identificación precisa de su origen. El asunto de El dinosaurio (el famoso minicuento del escritor guatemalteca Augusto Monterroso, que dice: Cuando despertó, e dinosaurio todavía estaba allí.}, es reconocible por cualquier persona en el mundo de cualquier cultura 1a brevedad de este minicuento sólo es posible por lo elementos implícitos presentes en el relato y su eficacia narrativa radica en la capacidad de evocar, con una gran economía del lenguaje, imágenes como el sueño o la pesadilla, comunes a todos los seres humanos.

El minicuento tiene una gran difusión en Colombia a partir del año 1980 con la creación en Cali de la revista Ekuóreo. Pero antes de esa fecha algunos escritores como Efe Gómez, Adel López Gómez, Jorge Zalamea y Manuel Mejía Vallejo publican algunos cuentos que bien caben en este

género.

Últimamente el minicuento en Colombia ha evolucionado hacia una tendencia realista logrando mostrar momentos reveladores, de gran tensión, momentos comprimidos que señalan desde lo cotidiano la historia reciente del país.

Glosario

Al final de cada relato se encuentra un listado de palabras cuyos significados sólo corresponden a ese texto.

En ese sentido, y tomando como ejemplo En la diestra de Dios Padre de Tomás Carrasquilla, palabras como monte, de gran variedad semántica, apuntan únicamente al servicio del

cuento.

Para una mejor utilización se conservaron vocablos antiguos, barbarismos y apócopes tal cual como aparecen en el cuento, indicando a continuación el vocablo del que viene o deriva y su significado correspondiente. Por ej.: ATAÚL barb. por Ataúd, m. Féretro; DIZ apóc. de dice, o de dícese. Así mismo las conjugaciones verbales se señalan como están utilizadas en el cuento, seguidas del verbo en infinitivo y su definición correspondiente. Por ej.: ESTRAGABA Del v. Estragar. Deteriorar.

Muchos de los vocablos corresponden al habla coloquial propio de regiones como Antioquia, la costa Atlántica o el Valle del Cauca. Bien podríamos denominarlos antioqueñismos, costeñismos, vallecaucanismos o localismos, y en términos más generales, colombianismos o, incluso, americanismos. En ese sentido, siguiendo las indicaciones generales del Lexicón de Colombianismos de Mario Alario Di Filippo, me he inclinado por utilizar el término de colombianismo, entendido como el "vocablo, giro o modo de hablar propio de los colombianos".

Sin embargo, ateniéndome a la clara definición del Diccionario de la Real Academia Española cuando señala que barbarismo es un "vicio del lenguaje que consiste en

pronunciar o escribir mal una palabra", señalo algunas de ellas en ese sentido, aunque no debemos olvidar que es sólo el uso de la lengua el que a la larga dicta, crea, acepta o rechaza sus propias normas.

La colonización y cultura antioqueñas regaron por donde pasaba vocablos propios de su tierra y muchos de ellos terminaron por enriquecer la lengua hablada en Colombia. Es por esa razón que, quizás, varios antioqueñismos (señalados, por ejemplo, en el cuento de Carrasquilla como colombianismos) no sean desconocidos para el grueso de hablantes del español de otras regiones de Colombia.

Este texto no pretende ser un estudio especializado, aunque sí se utilizaron obras especializadas para intentar un acercamiento a nuestro léxico popular.

Para la construcción de estos pequeños diccionarios se consultaron las siguientes obras:

Lexicón de colombianismos. Mario Alario Di Filippo.

Edición del Banco de la República. Segunda edición. Bogotá, 1983.

Lexicón del Valle de Upar. Consuelo Araujo Noguera. Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo. Santafé de Bogotá, 1994.

Refranes y dichos. Argos. Editorial Universidad de Antioquia. Primera edición, 1996.

Harold Kremer

Gazaperas gramaticales. Argos. Editorial Universidad de Antioquia. Tercera edición, 1993.

Diccionario de la Lengua Española. Edición de la Real Academia Española. Decimonovena edición. Madrid, 1970.

Diccionario de locuciones del habla de Antioquia.

Carlos García. Editorial Universidad de Antioquia. Primera edición, 1991.

Refranero antioqueño. Diccionario fraseológico del habla antioqueña. Carlos García y César Muñoz. Editorial Universidad de Antioquia. Primera edición, 1996.

Diccionario de las hablas populares de Antioquia. Carlos García y César Muñoz. Editorial Universidad de Antioquia. Primera edición, 1993.

Un extraño diccionario. Euclides Jaramillo Arango. Edición del Comité Departamental de Cafeteros del Quindío. Segunda edición, 1998.

Diccionario Folklórico Antioqueño. Jaime Sierra

García. Editorial Universidad de Antioquia. Segunda edición, 1995.

Quisiera expresar un agradecimiento muy especial a ('arlos Alberto Caicedo por sus aclaraciones y recomendaciones en la construcción de los glosarios.

Finalmente se sugiere al lector intentar comprender el significado de las palabras, antes de consultar los glosarios de cada cuento.

Abreviaturas empleadas

adj	adjetivo
adv	adverbio
ant	anticuado
apóc	apócope
barb	barbarismo
col	colombianismo
f	femenino
fig	figurado
m	masculino
s	sustantivo
v	verbo

En la diestra de Dios Padre

(Cuento de la Señá Ruperta)

Tomás Carrasquilla

Este dizque era un hombre que se llamaba Peralta. Vivía en un pajarete muy grande y muy viejo, en el propio camino real y afuerita de un pueblo donde vivía el Rey. No era casado y vivía con una hermana soltera, algo viejona y muy aburrida.

No había en el pueblo quién no conociera a Peralta por sus muchas caridades: él lavaba los llaguientos; él asistía a los enfermos; él enterraba a los muertos; se quitaba el pan de la boca y los trapitos del cuerpo para dárselos a los pobres; y por eso era que estaba en la pura inopia; y a la hermana se la llevaba el diablo con lodos los limosneros y leprosos que Peralta mantenía en la casa. ¿Qué te ganas, hombre de Dios -le decía la hermana- con trabajar como un macho, si todo lo que conseguís lo botas jartando y vistiendo a tanto perezoso y holgazán? Cásate, hombre, cásate pa que tengas hijos i quien mantener. -Callé la boca, hermanita, y no diga disparates. Yo no necesito de hijos, ni de mujer, ni de nadie, porque tengo mi prójimo a quien servir. Mi familia son los prójimos. - ¡Tus

prójimos! Será por tanto que te lo agradecen; será por tanto que te han dao. Ai te veo siempre más hilachento y más infeliz que los limosneros que socorrés. Bien podrías comprarte una muda y comprármela a yo, que harto la necesitamos; o tan siquiera traer comida alguna vez pa que llenáramos, ya que pasamos tantas hambres. Pero vos no te afanas por lo tuyo; tenés sangre de gusano.

Esta era siempre la cantaleta de la hermana; pero como si predicara en desierto frío. Peralta seguía más pior; siempre hilachento y zarrapastroso, y el bolsico lámparo, lámparo, con el fogoncito encendido tal cual vez; la despensa en las puras tablas y una pobrecía, ¡señor! regada por aquella casa desde el chiquero hasta el corredor de afuera. Figúrese que no eran tan solamente los Peraltas, sino que todos los lisiaos y leprosos se habían apoderado de los cuartos y de los corredores de la casa "convidaos por el sangre de gusano", como decía la hermana.

Una oracioncita estaba Peralta muy fatigado de las afujías del día, cuando, a tiempo de largarse un aguacero, arriman dos pelegrinos a los portales de la casa y piden posada. Con todo corazón se las doy, buenos señores -les dijo Peralta muy atencioso- pero lo van a pasar muy mal, porque en esta casa no hay ni un grano de sal ni una tabla de cacao con qué hacerles una comidita. Pero prosigan pa dentro, que la buena voluntá es lo que vale.

Dentraron los pelegrinos; trajo la hermana de Peralta el candil, y pudo desaminarlos a como quiso. Parecían mismamente el taita y el hijo. El uno era un viejito con los cachetes muy sumidos, ojitriste él, de barbitas rucias y cabecipelón. El otro era muchachón, muy buen mozo, medio mono, algo zarco y con una mata de pelo en los hombros que le caían hasta media espalda. Le lucía mucho la saya y la cápita de pelegrino. Todos dos tenían sombrerito de caña, y unos bordones muy gruesos y albarcas Se sentaron en una banca muy cansaos, y se pusieron a hablar una jeringonza tan bonita, que los Peraltas, sin entender jota, no se cansaban de oírla. No sabían por qué sería, pero bien veían que el viejo respetaba más al muchacho que el muchacho al viejo; ni por qué sentían una alegría muy sabrosa por dentro; ni mucho menos de dónde salía un olor que trascendía toda la casa: aquello parecía de flores de naranjo, de albahaca y de romero de Castilla; parecía de incienso y del sahumerio de alhucema que le echan a la ropita de los niños; era un olor que los Peraltas no habían sentido ni en el monte, ni en las jardineras, ni en el santo templo de Dios.

Manque estaba muy embelesado, le dijo Peralta a la hermana: Hija, date una asomadita por la despensa; desculcá por la cocina, a ver si encontrás alguito que darle a estos señores. Mirálos qué cansaos están; se les ve la fatiga. La hermana, sin saberse cómo, salió muy cambiada de genio y se

fue derechito a la cocina. No halló más que media arepa tiesa y requemada, por allá en el asiento de una cuyabra. Confundida por la poquedad, determinó que alguna gallina forastera tal vez se había colao por un güeco del bahareque y había puesto en algún zurrón viejo de una montonera que había en la despensa, que lo que era corotos y porquerías viejas si había en la dichosa despensa hasta pa tirar pa lo alto, pero de comida ni hebra. Abrió la puerta, y se quedó beleña y paralela: en aquel despensón, por los aparadores, por la excusa, por el granero, por los zurrones, por el suelo había de cuanto Dios crió pa que coman sus criaturas. Del palo largo colgaban los tasajos de solomo y de falda, el tocino y la empella; de los garabatos colgaban las costillas de vaca y de cuchino; las longanizas y los chorizos se gulunguiaban y se enroscaban que ni culebras; en la escusa había por docenas los quesitos, y las bolas de mantequilla, y las tutumadas de cacao molido con Jamaica, y las hojaldras y las carisecas; los zurrones estaban rebosaos de frijol cargamanto, de papas, y de revuelto de una y otra laya; cocos de güevos había por toítas partes; en un rincón había un cerro de capachos de sal de Guaca; y por allá, junto al granero, había sobre una horqueta un bongo de arepas de arroz, tan blancas, tan esponjadas y tan bien asaditas, que no parecían hechas de mano de cocinera de este mundo; y muy sí señor un tercio de dulce que parecía la mismita azúcar. Por fin le surtió a Peralta -pensó la hermana- esto es mi Dios pa premiale sus

buenas obras. ¡Hasta ai víver! Pues, aprovechémonos.

Y dicho y hecho: trajo el cuchillo cocinero, y echó a cortar por lo redondo; trajo la batea grande, y la colmó; y al momentico echó a chirriar la cazuela y a regarse por toda ¡a casa aquella güelentina tan sabrosa. Como Dios le ayudó les puso el comistraje. Y nada desganao que era el viejito; el mozo sí no comió cosa. A Peralta ya no le quedó ni hebra de duda que aquello era un milagro patente; y, con todito aquel contento que le bailaba en el cuerpo, sargentió por todas partes, y, con lo menos roto y menos sucio de la casa, les arregló las camitas en las dos puntas de la tarima. Se dieron las buenas noches y cada cual se acostó.

Peralta se levantó escuro, escuro, y no topó ni rastro de los güespedes; pero sí topó una muchila muy grande repuntada de onzas del Rey, en la propia cabecera del mocito. Corrió muy asustao a contarle a la hermana, que al momento se levantó de muy buen humor a hacer harto lo cacao; corrió a contarle a los llaguientos y a los tullidos, y los topó buenos y sanos, y caminando y andando, como si en su vida no hubieran tenido achaque, Salió como loco en busca de los güespedes pa entregarles la muchila de onzas del Rey. Echó a andar y andar, cuesta ai riba, porque puallí dizque era que habían cogido los pelegrinos. Con tamaña lengua afuera, se sentó un momentico a la sombra de un árbol, cuando los divisó por allá muy arriba,

casi a punto de trastornar el alto. Casi no podía gañir el pobrecito de puro cansao que estaba, pero ai como pudo les gritó: ¡Hola! señores, esperemen que les trae cuenta -y alzaba la muchila para que la vieran. Los pelegrinos se contuvieron a las voces que dio Peralta. Al ratico estuvo cerca de ellos, y desde abajo les decía: Bueno, señores, aquí está su plata. Bajaron ellos al tope y se sentaron en un plancito, en una sombra muy fresca y muy sabrosa, y entonces Peralta les dijo: ¡Caramba que el pobre siempre jiede! Miren que dejar este oral por el afán de venirse de mi casa. Cuénten y verán que no les falta ni un medio.

El mocito lo voltio a ver con tan buen ojo, tan sumamente bueno, que Peralta, anque estaba muy cansao, volvió a sentir por dentro la cosa sabrosa que había sentido por la noche; y el mocito le dijo: -Sentáte, amigo

Peralta, en esa piedra, que tengo que hablarte. -Y Peralta se sentó. -Nosotros -dijo el mocito con una calma y una cosa allá muy preciosa- no somos tales pelegrinos; no lo creas. Este -y señaló al viejo- es Pedro, mi discípulo, el que maneja las llaves del cielo; y yo soy Jesús de Nazareno. No hemos venido a la tierra más que a probarte, y en verdá te digo, Peralta, que te lucites en la prueba. Otro, que no fuera tan

cristiano como vos, se guarda las onzas y se había quedao muy orondo. Voy a premiarte: los dineros son tuyos: llevátelos; y voy a darte de encima las cinco cosas que me querás pedir. Conque, pedí por esa boca.

Peralta, como era un hombre tan desentendido para todas las cosas y tan parejo, no le dio mal ni se quedó pasmao sino que, muy tranquilo, se puso a pensar a ver qué pedía. Todos tres se quedaron callaos como en misa, y a un rato dice San Pedro: Hombre Peralta, fijáte bien en lo que vas a pedir, no vas a salir con una buena bobada. -En eso estoy pensando Su Mercé -contestó Peralta, sin nadita de susto-. Es que si pedís cosa mala, va y el Maestro te la concede; y, una vez concedida, te amolaste, porque la palabra del Maestro no puede faltar. -Déjeme pensar bien la cosa, Su Mercé- y seguía pensando, con la cara pa otro lao y metiéndole uña a una barranquita. San Pedro le tosía, le aclariaba, y el tal Peralta no lo voltiaba a ver. A un ratísimo voltea a ver al Señor, y le dice: Bueno, Su Divina Majestá, lo primerito que le pido es que yo gane al juego siempre que me dé la gana. - Concedido -dijo el Señor. -Lo segundo -siguió Peraltaos que cuando me vaya a morir me mande la muerte por delante y no a la traición. -Concedido -dijo el Señor.

Peralta seguía haciendo la cuenta en los dedos, y a San Pedro se lo llevaba Judas con las bobadas de ese hombre: él se

rascaba la calva, él tosía, él le mataba el ojo, él alzaba e1 brazo y, con el dedito parao, le señalaba a Peralta el cielo; pero Peralta no se daba por notificao. Después de mucho pensar, dice Peralta: Pues, bueno, Su Divina Majestá, lo tercero que me ha de conceder es que yo pueda detener al que quiera en el puesto que yo le señale y por el tiempo que a yo me parezca. -Rara es tu pitición, amigo Peralta -dice el Señor, poniendo en él aquellos ojos tan zarcos y tan lindos que parecían que limpiaban el alma de todo pecao mortal, con solamente fijarlos en los cristianos.

En verdá te digo que una pitición como la tuya jamás había oído; pero que sea lo que vos querás. A esto dio un gruñido San Pedro, y, acercándose a Peralta, lo tiró con disimulo de la ruana, y le dijo al oído, muy sofocao: ¡El cielo, hombre! ¡Pedí el cielo! ¡No sias bestia! Ni an por eso: Peralta no aflojó ni un pite; y el Señor dijo: Concedido.

La cuarta cosa -dijo Peralta sumamente fresco- es que Su Divina Majestá me dé la virtú de achiquitarme a como a yo me dé la gana, hasta volverme tan chirringo como una hormiga. Dicen los ejemplos y el misal que el Señor no se rió ni una merita vez; pero aquí sí le agarró la risa; y le dijo a Peralta: Hombre, Peralta, otro como vos no nace, y si nace, no se cría. Todos me piden grandor, y vos, con ser un recorte de hombre, me pedís pequeñez. Pues, bueno... San Pedro le arrebató la

palabra a su Maestro, y le dijo en tonito bravo: ¿Pero no ve que este hombre está loco? -Pues no me arrepiento de lo pedido -dijo Peralta muy resuelto. -Lo dicho dicho. -Concedido -dijo el Señor. San Pedro se rascaba la saya muslo arriba, se ventiaba con el sombrero, y veía chiquito a Peralta. No pudo contenerse y le dijo: Mirá hombre, que no has pedido lo principal y no te falta sino una sola cosa. -Por eso lo estoy pensando; no se apure Su Mercé- Y se volvió a quedar callao otro rato. Por allá, a las mil y quinientas, salió Peralta, con esto: Bueno, Su Divina Majestá, antes de pedirle lo último, le quiero preguntar una cosa, y usté me dispense, Su Divina Majestá, por si fuere mal preguntao; pero eso sí: me ha de dar una contesta bien clara y bien patente. - ¡Loco de amarrar! -gritó San Pedro juntando las manos y voltiando a ver al cielo como el que reza el Bendito- va a salir con un disparate gordo. Padre mío, ¡iluminálo! El Señor, que volvió a ponerse muy sereno, le dijo: Pregunté, hijo, lo que querás que todo te lo contestaré a tu gusto. -Dios se lo pague, Su Divina Majestá... Yo quería saber si el Patas es el que manda en el alma de los condenaos, go es vusté, go el Padre Eterno- Yo, y mi Padre, y el Espíritu Santo, juntos y por separao, mandamos en todas partes; pero al Diablo le hemos largao el mando del Infierno: él es el amo de sus condenaos y manda en sus almas, como mandás vos en las onzas que te he dao. -Pues bueno, Su Divina Majestá, -dijo Peralta muy contento-, si asina es, voy a hacerle el último pido: yo quiero,

ultimadamente, que Su Divina Majestá me conceda la gracia de que el Patas no me haga trampa en el juego. -Concedido -dijo el Señor. Y El y el viejito se volvieron humo en la región.

Peralta se quedó otro rato sentao en su piedra; sacó yesquero, encendió su tabaco, y se puso a bombiar muy satisfecho. ¡Valientes cosas las que iba hacer con aquel platal! No iba a quedar pobre sin su mudita nueva, ni vieja hambrienta sin su buena pulsetilla de chocolate de canela Allá verían los del sitio quién era Peralta.

Se metió las onzas debajo del brazo; se cantió la ruanita, y echó falda abajo. Parecía mismamente un limosnero: tan chiquito y tan entumido; con aquella carita, tan jea, sin pizca de barba, y con aquel ojo tan grande y aquellas pestañonas que parecían de ternero.

Al otro día se fue p'al pueblo, y puso monte. ¡Cómo seria la angurria que se le abrió a tánto logrero cuando vueron en aquella mesa aquella montonera de onzas del Rey! ¿Onde te sacates ese entierro, hombre Peralta? -le decía uno. -Este se robó el correo -decían otros en secreto-. Y Peralta se quedaba muy desentendido. Se pusieron a jugar. La noticia del platal corrió por todo el pueblo, y aquella sala se llenó de todo el ladronicio y todos los perdidos. Pero eso sí; no les quedó ni un chimbo partido por la mitá; por más trampas que hacían, por

más que cambiaban baraja, por más que la señalaban con la una, les dio capote, con ser que en el juego estaban toditos los caimanes de esos laos. Con ésta no nos quedamos - dijo el más caliente-, A nosotros no nos come éste... (Y ai mentó unas palabras muy feas). Voy a idiar unas suertes, y mañana no le queda ni liendra a este sinvergüenza. Y ai salió del garito, echando por esa boca unos reniegos y unos dichos que aquello parecía un condenao.

Al otro día, desde antes de almorzar, emprendieron el monte. Hubo cuchillo, hubo barbera; pero Peralta tampoco les dejó un medio. Como no era ningún bobo, se dejaba ganar en ocasiones para empecinarlos más. Determinaron jugar dao, y monte-dao, y bisbís, y cachi- mona, y roleta, a ver si con el cambio de juego se caía Peralta; pero si se caía a raticos, era pa seguir más violento echando por lo negro y acertando en unos y en otros juegos.

Lo más particular era que Peralta con tantísimo caudal como iba consiguiendo, no se daba nadita de importancia, ni en la ropita, ni en la comida, ni en nada: con su misma ruanita pastusa de listas azules, con sus mismitos calzones fundillirotos se quedó el hombre, y con su mismita chácara de ratón de agua, pelada y hecha un cochambre.

Pero eso sí: lo que era limosnas ni el Rey las daba tan

grandes. Su casa parecía siempre publicación de bulas, con toda la pobrecía y todos los lambisquiones del pueblo, plañendo a toda hora; y no tan solamente los del pueblo, sino que también echó a venir cuanto avis- trujo había en todos los pueblos de por ai y en otros del cabo del mundo. ¡Hasta de Jamaica y de Jerusalén venían los pedigüeños! Pero Peralta no reparaba: a todos les metía su peseta en la mano; y la cocina era un fogueo parejo que ni cocina de minas. Consiguió un montón de molenderas, y todo el día se lo pasaba repartiendo tutumadas de mazamorra, los plataos de fríjol y las arepas de maíz sancochao. Y mantenía una maletada de plata, la mismita que vaciaba al día.

Siguió siempre lavando sus leprosos; asistiendo sus enfermos; y siempre con su sangre de gusano, como si fuera el más pobrecito y el más arrastrao de la tierra.

Pero lo que no canta el carro lo canta la carreta: ¡la Peraltona sí supo darse orgullo y meterse a señora de media y zapato! Con todo el platal que le sacó al hermano, compró casa de balcón en el pueblo, y consiguió serviciala y compró ropa muy buena y de usos muy bonitos. Cada rato se ponía en el balcón, y apenas veía gente, gritaba: "¡Maruchenga, tréme el pañuelo de tripilla, que voy a visitar a la Reina! ¡Maruchenga, tréme los frascos de perjume pa ruciar por aquí qu'está jediendo!". Y si veía pasar alguna señora, decía: "¡No pueden

ver a uno de peinetón ni con usos nuevos, porqui al momento la imitan estas ñapangas asomadas!". Cuando salía a la calle, era un puro gesto y un puro melindre; y auque era tan pánfila y tan feróstica caminaba muy repechada y muy menudito, como sintiéndose muy muchachita y muy preciosa. "Maruchenga, dáca la sombrilla qui hace sol; Maruchenga, sacame la crizneja; Maruchenga, componeme el esponje, que se me tuerce"; y no dejaba en paz a la pobre Maruchenga, con tanto orgullo y tanta jullería.

La caridá de Peralta fue creciendo tánto que tuvo que conseguir casas pa recoger los enfermos y los lisiaos; y él mismo pagaba las medecinas, y él mismo, con su misma mano, se las daba a sus enfermos.

listo llegó a oídos de Su Saca Rial y lo mandó llamar. Los amigos de Peralta y la Peraltona le decían que se mudara y se engalanara hartísimo pa ir a casa del Rey; pero Peralta no hizo caso, si no que tuvo cara de premiársele con su mismito vestido y a pata limpia, lo mismo que un montañero. El Rey y la Reina estaban tomando chocolate con bizcochuelos y quesito fresco; y pusieron a Peralta en medio de los dos; y le sirvieron vino en la copa del Rey que era de oro; y le echaron un brinde con palabras tan bonitas, que aquello parecía lo mismo que si fuera con el obispo Gómez Plata.

Peralta recorrió muchos pueblos, y en todas partes ganaba, y en todas socorría a los pobres; pero como en este mundo hay tánta gente tan mala y tan caudilla echaron a levantarle testimonios. Unos decían que era ayudao; otros que ofendía a mi Dios, en secreto, con pecaos muy horribles; otros, que era duende y que volaba de noche por los tejados, y que escupía la imagen de mi Amito y Señor. Toíto esto fue corruto en el pueblo, y los mismos que él protegía, los mismitos que mataron la hambre con su comida, principiaron a mormurar. Tan solamente el curita del pueblo lo defendía; pero nadie le creyó, como si fuera algún embustero. Toditico lo sabía Peralta, y nadita que se le daba, sino que seguía el mismito: siempre tan humilde la criatura de mi Dios. El cura le decía que compusiera la casa que se le estaba cayendo con las goteras y con los ratones y animales que se habían apoderao de ella; y Peralta decía: ¿Pa qué, Señor? La plata que he de gastar en eso, la gasto en mis pobres: yo no soy el Rey pa tener palacio.

Estaba un día Peralta solo en grima en la dichosa casa, haciendo los montoncitos de plata para repartir, cuando, tun! tun! en la puerta. Fue a abrir, y ¡mi amo de mi vida! ¡qué escarramán tan horrible! ¡Era la Muerte, que venía por él! Traía la güesamenta muy lavada, y en la mano derecha la desjarretadera encabada en un palo negro muy largo, y tan brillosa y cortadora que se infriaba uno hasta el cuajo de ver

aquello. Traía en la otra mano un manojito de pelos que parecían hebritas de bayeta, para probar el filo de la herramienta. Cada rato sacaba un pelo y lo cortaba en el aire. Vengo por vos -le dijo a Peralta-. Bueno, -le contestó éste- pero tenés que darme un plácito pa confesame y hacer el testamento. -Con tal que no sea

Con tal que no sea mucho –contestó la Muerte, de mal humor– porqui ando di afán". "Date por ai una güeltecita –le dijo Peralta–, mientras yo mi arreglo; go, si te parece, entretenéte aquí viendo el pueblo, que tiene muy bonita divisa. Mirá aquel aguacatillo tan alto; trepáte a él pa que divisés a tu gusto".

La Muerte, que es muy ágil, dió un brinco y se montó en una horqueta del aguacatillo; se echó la desjarretadera al hombro y se puso a divisar. "¡Dáte descanso, viejita, hasta qui a yo me dé la gana -le dijo Peralta- que ni Cristo, con toda su pionada, te baja d'es'horqueta!".

Peralta cerró su puerta, y tomó el tole de siempre. Pasaban las semanas y pasaban los meses y pasó un año. Vinieron las virgüelas castellanas; vino el sarampión y la tos ferina; vino la culebrilla, y el dolor de costao, y el descenso, y el tabardillo, y nadie se moría. Vinieron las pestes en toítos los animales; pues tampoco se murieron.

Al comienzo de la cosa echaron mucha bambolla los dolores con todo lo que sabían; pero luégo la gente fue rolando en malicia que eso no pendía de los dotores sino de algotra cosa. El cura y el sacristán y el sepolturero pasaron hambres a lo perro, porque ni un entierrito, ni la abierta de una sola sepoltura güelieron en esos días. Los hijos de taitas viejos y ricos se los comía la incomodidá de ver a los viejorros comiendo arepa, y que no les entraba la muerte por ningún lao. Lo mismito le sucedía a los sobrinos con los tíos solteros y acaudalaos; y los maridos, casaos con mujer vieja y fea, se revestían de una enjuria, viendo la viejorra tan morocha, habiendo por ai mozas tan bonitas con qué reponerla. De todas partes venían correos a preguntar si en el pueblo se morían los cristianos. Aquello se volvió una hatajóla y una confundición tan horrible, como si al mundo le hubiera entrao algún trastorno. Al fin determinaron todos que era que la Muerte se había muerto, y ninguno volvió a misa ni a encomendarse a mi Dios.

Mientras tanto, en el Cielo y en el Infierno estaban ofuscaos y confundidos, sin saber qué sería aquello tan particular. Ni una alma asomaba las narices por esos laos: aquello era la desocupez más triste. El Diablo determinó ponerse en cura de la rasquiña que padece para ver si mataba el tiempo en algo. San Pedro se moría de la pura aburrición en la

puerta del Cielo: se lo pasaba por ai sentaíto en un banco, dormido, bosteciando y rezando a raticos en un rosario bendecido en Jerusalén.

Pero viendo que la molienda seguía, cerró la puerta, se coló al Cielo y le dijo al Señor: Maestro, toda la vida le he servido con mucho gusto; pero ai le entrego el destino: esto sí no lo aguanto yo. Póngame algotro oficio qué hacer o saque algún recurso... Cristico y San Pedro se fueron por allá a un rincón a palabriarse. Después de mucho secreteo, le dijo el Señor: Pues, eso tiene que ser: no hay otra causa. Volvé vos al mundo, y tratá a ese hombre con harta mañita, pa ver si nos presta la Muerte, porque si no, nos embromamos.

Se puso San Pedro la muda de pelegrino, se chantó las albarcas y el sombrero y cogió el bordón. Había caminao muy poquito, cuando s'encontró con un atisba que mandaba el Diablo pa que vigiara por los laos del Cielo, a ver si era que todas las almas s'estaban salvando. "¡Qué salvación ni qué demontres! -le dijo San Pedro-, ¡Si esto s'está acabando!".

Esa misma noche, casi al amanecer, llovía agua Dios misericordia, y Peralta dormía quieto y sosegado en su cama. De presto se recordó, y oyó que le gritaban desde afuera: Abríme, Peraltica, por la Virgen, que es de mucha necesidá. Se levantó Peralta, y, al abrir la puerta, se topó mano a mano con

el viejito, que le dijo: Hombre, no vengo a que me des posada tan solamente; vengo mandao por el Maestro a que nos largués la Muerte unos días, porque vos la tenés de pata y mano en algún encierro. - Lo que menos, Su Mercé, -dijo Peralta- la tengo muy bien asegurada, pero no encerrada; y se las presto con mucho gusto, con la condición que a yo no me haga nada. -Contá conmigo -le dijo San Pedro.

Apenitas aclarió salieron los dos a descolgar a la Muerte. Estaba lastimosa la pobrecita: flacuchenta, flacuchenta; los güesos los tenía toítos mogosos y verdes, con tántos soles y aguaceros como había padecido; el telarañero se le enredaba por todas partes, que aquello parecía vestido de andrajos; la pelona la tenía llena de hojas y de porquería de animal que daba asco; la herramienta parecía desenterrada de puro lo tomaíta que estaba. Pero lo que más injuria le daba a San Pedro era que parecía tuerta, porque un demontres de avispa había determinao hacer la casa en la cuenca del lao zurdo. Estaba la pobrecita balda, casi tullida de estar horquetiada tantísimo tiempo. De Dios y su santa ayuda necesitaron Peralta y San Pedro para descolgarla del palo. Agarraron después una escoba y unos trapos; le sacaron el avispero, y ello más bien quedó medio decente.

Apenas se vio andando, recobró fuerza, y en un instantico volvió a amolar la desjarretadera... y tomó el mundo.

¡Cómo estaría de hambrienta con el ayuno! En un tris acaba con los cristianos en una semana. Los dijuntos parecían gusanos de cosecha, y ni an los enterraban sino que los hacían una montonera, y ai medio los tapaban con tierra. En las mangas rumbaba la mortecina, porque ni toda la gallinazada del mundo alcanzaba a comérsela. Peralta si era verdá que parecía ahora un duende, de aquí pa acá, en una y en otra casa, amortajando los dijuntos, consolando y socorriendo a los vivos.

La Muerte se aplacó un poquito; los contaítos cristianos que quedaron volvieron a su oficio; y como los vivos heredaron tánto caudal, y el vicio del juego volvió a agarrarlos a todos, consiguió Peralta más plata en esos días que la que había conseguido en tanto tiempo. ¡Hijue pucha si estaba ricachón! Ya no tenía onde acomodarla.

Pero cátatelo ai que un día amanece con una pata hinchada, y le coló una discípula de la mala. Al momentico pidió cura y arregló los corotos, porque se puso a pensar que harto había vivido y disfrutao, y que lo mismo era morirse hoy que mañana go el otro día. Mandó en su testamento que su mortaja fuera de limosna, que le hicieran bolsico, y que precisadamente le metieran en él la baraja y los daos; y como era tan humilde, quiso que lo enterraran sin ataúl, en la propia puerta del cementerio onde todos lo pisaran harto. Asina fue que apenitas se le presentó la Pelona, cerró el ojo, estiró la pata

y le dijo: Matáme, pues. ¡Poquito sería lo duro que le asestó el golpe, con el rincor que le tenía!

Peralta se encontró en un paraje muy feíto, parecido a una plaza. Voltio a ver por todas partes, y por allá, muy illa descubrió un caminito muy angosto y muy lóbrego casi cerrao por las zarzas y los charrascales. Ya

Peralta s'encontró en un paraje muy feíto, parecido a una plaza. Voltio a ver por todas partes, y por allá, muy allá, descubrió un caminito muy angosto y muy lóbrego casi cerrao por las zarzas y los charrascales. "Ya sé aonde se va por ese camino -pensó Peralta-, ¡El mismito que mentaba el cura en las prédicas! ¡Cojo pu'el otro lao!". Y cogió. Y se fué topando con mucha gente muy blanca y di agarre, que parecían fefes o mandones, y con señoras muy bonitas y ricas que parecían principesas. Como nunca fué amigo de metese entre la gente grande, se fué por un laíto del camino, que se iba anchando y poniéndose plano como las palmas de la mano. ¡María Madre si había qué ver en aquel camino! ¡Parecía mismamente una jardinera, con tánta rosa y tánta clavellina y con aquel pasto tan bonito! Pero eso sí: ni un afrecherito, ni una chapola de col ni un abejorro se veía por ninguna parte ni pa remedio. Aquellas flores tan preciosas no güelían, sino que parecían flores muertas.

Peralta seguía a la resolana, con el desentendimiento de toda su vida. Por allá, en la mitá de un llano, alcanzó .1 divisar una cosa muy grande, muy grandísima, mucho más que las iglesias, mucho más que la Piedra del Peñol. Aquello blanquiaba como un avispero; y como toda la gente se iba colando a la cosa, Peralta se coló también. Comprendió que era el Infierno, por el jumero que salía de pa arriba y el candelón que salía de pa abajo. Por allí andaba mucha gente del mundo en conversas y tratos con los agregaos y piones del Infierno.

Él se dentro por una gulunera muy escura y muy medrosa que parecía un socavón, y fue a repuntar por allá a unas californias onde había muchas escaleras que ganar y unos zanjones muy horrendos por onde corrían unas aguas muy mugrientas y asquerosas. A tiempo que pasaba por una puertecita, oyó un chillido como de cuchinito cuando lo están degollando, y se asomó por una rendija. ¡Virgen! ¡Qué cosa tan horrenda! No era cuchino: era una señora de mantellina y saya de merinito algo mono, que la tenían con la lengua tendida en el yunque, con la punta cogida con unas tenazonas muy grandes; y un par de diablos herreros muy macuencos y cachipandos le alzaban macho a toda gana. ¡Hijue la cosa tan dura es la carne de condenao! Aquella lengua ni se machucaba, ni se partía, ni saltaba en pedazos: ai se quedaba intauta. Y a cada golpe le gritaban los diablos a la señora: Esto es pa que

levantés testimonios, vieja maldita; esto es pa que metás tus mentiras, vieja lambona; esto es pa que enredés a las personas, vieja culebrona. Y a Peralta le dió tánta lástima que salió de güida.

De presto se zampó por una puerta muy anchona; y cuando menos acató, se topó en un salón muy grandote y muy altísimo que tenía hornos en todas las paredes, muy pegaos y muy junticos, como los roticos de las colmenas onde se meten las abejas. No había nadie en el salón; pero por allá en la mitá se veía un trapo colgao a moda de tolda de arriero. Peralta se asomó con mucha mañita, y ai estaba el Enemigo Malo acostao en un colchón, dormido y como enfermoso y aburridon él. De presto se recordó; se enderezó y, a lo que vio a Peralta, le dijo muy fanfarrón y arrogante: ¿Qué venís hacer aquí, culichupao? Vos no sos de aquí; rumbáte al momento.- Pes, como nadie me atajó, yo me fui colando, sin saber que me iba a topar con Su Mercé - contestó Peralta con mucha moderación-. ¿Quién sos vos? -le dijo el Diablo.

"Yo soy un pobrecito del mundo qui ando puaquí embolatao. Me dijeron qu'estaba en carrera de salvación, pero a yo no mi han recebido indagatoria ni nadie si ha metido con yo".

Al momento le comprendió el Diablo que era alma del

Purgatorio o del Cielo. ¡Figúresen, no entenderlo él i on toda la marrulla que tiene! Pero, como los buenos modos sacan los cimarrones del monte, y la humildá agrada hasta el mismo Diablo, con ser tan soberbio, resultó que Peralta más bien le cayó en gracia, más bien le pareció sabrosito, y querido. ¿Su Mercé está como enfermoso? -le preguntó Peralta-. Sí, hombre -contestó 1ucifer como muy aplacao. Se me han alborotao en estos días los achaques; y lo pior es que nadie viene a hacerme compañía, porque el mayordomo, los agregaos y toda la pionada no tienen tiempo ni de comer, con todo el trabajo que nos ha caído en estos días. -Pues, si yo le puedo servir de algo a Su Mercé, -dijo Peralta haciéndose el lambón- mándeme lo que quiera, que el gusto mío es servirle a las personas.

Y ai se fueron enredando en una conversa muy rasgada, hasta que el Diablo dijo que quería entretenerse en algo. Pues, si Su Mercé quiere que juguemos alguna cosita -dijo Peralta muy disimulao- yo sé jugar toda laya de juegos; y en prueba de ello, es que mantengo mis útiles entre el bolsico -y sacó la baraja y los daos. -Hombre, Peralta, -dijo el Diablo- lo malo es que vos no tenés que ganarte, y yo no juego vicio. - ¿Cómo no he de tener, -dijo Peralta- si yo tengo un alma como la de todos? Yo la juego con Su Mercé, pues, también soy muy vicioso. La juego contra cualquiera alma de la gente de Su Mercé. El Enemigo Malo, que ya le tenía ganas a esa almita de

Peralta, tan linda y tan buenita, le aparó la caña al momentico.

Determinaron jugar tute, y le tocó dar al Diablo. Barajó muy ligero y con modos muy bonitos; alzó Peralta y principiaron a jugar. Iba el Diablo haciendo bazas muy satisfecho, cuando Peralta tiende sus cartas, y dice: Cuarenta, as y tres, no la perderás por mal que jugués. -Así será, -dijo el Diablo bastante picao- pero sigamos, a ver que resulta. Pues ¿qué había de resultar? Que Peralta se fue de sobra. Se puso el Diablo como la ira mala, y le dijo a Peralta, con un tonito muy maluco: ¿Vos sos culebra echada go qué demonios? -Tanté, culebra; lo que menos Su Mercé -le contestó Peralta con su humildá tan grande. Antes en el mundo decían que yo dizque era un gusano de puro arrastrao y miserable. Pero sigamos, Su Mercé, que se desquita. Siguieron; a la otra mano salió Peralta con tute de reyes. ¡Doblo! -gritó Lucifer con un vozachón que retumbó por todo el Infierno. La cola se le paró; los cachos se le abrían y se le cerraban como los de un alacrán; los ojos le bailaban, qui ni un trompo zangarria, de lo más bizcornetos y horrendos; y por la boca echaba aquella babaza y aquel chispero... Doblemos -dijo Peralta muy convenido. Ganó Peralta. ¡Doblo! -gritó el Diablo-, Y doblando, doblando jugaron diecisiete tutes; hasta que el Patas dijo: ¡Ya no más! Estaba tan sumamente medroso, daba unos bramidos tan espantosos, que toitica la gente del Infierno acudió a ver.

¡Cómo se quedarían de suspensos cuando vieron a su Amo y Señor llorando a moco tendido! Y aquellas lagrimonas se iban cuajando, cuajando, cachete abajo, que ni granizo. En el suelo iba blanquiando la montonera y toda la cama del Diablo quedó tapadita. Un diablito muy metido y muy chocante que parecía recién adotorao, dijo con tonito llorón: ¡Nunca me figuré que a mi Señor le diera pataleta! Pero ¿por qué no seguimos, Su Mercé? dijo Peralta como suplicando. -Es cierto que le he ganao más de treinta y tres mil millones de almas; pero yo veo que el Infierno está sin tocar. -Cierto, -dijo el Enemigo Malo haciendo pucheros- pero esas almas no las arriesgo yo: son mis almas queridas; son mi familia, porque son las que más se parecen a yo. Siguió moquiando; y a un ratico le dijo a uno de sus edecanes: Andá, hombre, sacále a este calzón sin gente su ganancia, y que se largue de aquí.

Como lo mandó el Patas, asina mismo se cumplió. Mientras que una vieja ñata se persina, fueron echando toditas las puertas del Infierno la churreta de almas. Aquello era churretiar y churretiar, y no se acababa. Lo que a Peralta le parecía más particular era que, a conforme iban saliendo, se iban poniendo más negras, más jediondas y más enjunecidas. Parecía como si a todos los cristianos del mundo les estuvieran sacando las muelas a la vez, según los bramidos y la chillería. Sin nadie mandárselos, aquellas almas endemoniadas fueron

haciendo en el aire un caracol que ni un remolino. Los aires se fueron escureciendo, escureciendo con aquella gallinazada, hasta que todo quedó en la pura tiniebla.

Peralta, tan desentendido, como si no hubiera hecho nada, se fue yendo muy despacio, hasta que se encontró

con los tuneros del caminito del Cielo. Aquello era caminar y caminar, y no llegaba. El tuvo que pasar por puentes de un pelo que tenían muchas leguas; él tuvo que pasar la hilacha de la eternidá que tan solamente Nuestro Señor, por ser quien es, la ha podido medir. Pero a Peralta no le dio váguido, sino que siguió serenito, serenito y muy resuelto hasta que se topó en las puertas del Cielo. Estaba eso bastante solo, y por allá divisó a San Pedro, recostao en su banco. Apenitas lo vio San Pedro, se le vino a la carrera, se le encaró y le dijo, midiéndole puño: Quitá de aquí so vagamundo. ¿Te parece que te has portao muy bien y que nos tenés muy contentos? Si allá en la tierra no te amasé fue porque no pude, pero aquí si chupás. -No se fije en yo, viejito; fíjese en lo que viene por aquel lao. Vaya a ver cómo acomoda a esa gentecita, y déjese de nojarse. Voltio a ver San Pedro, estiró bien la gaita y se puso la manita sobre las cejas, como pa vigiar mejor; y apenas entendió el enredo, pegó patas; abrió la puerta, la golvió a cerrar a la carrera y la trancó por dentro. Ni por esas se agallinó Peralta, ni le coló cobardía ni cavilosió que en el Cielo le

fueran a meter macho rucio.

No bien se sintió San Pedro de puertas pa dentro, corrió muy trabucao, y le hizo una señita al Señor. Bajó el Señor de su trono, y se toparon como en la mitá del Cielo, y agarraron a conversar en un secreto tan larguísimo que a toda la gente de la Corte Celestial le paño la curiosidá. Bien comprendían toditos, por lo que manotiaba San Pedro y por lo desencajao que estaba, que la conversa era sobre cosa gorda, ¡pero muy gorda! Las santas, qui anque sea en el Cielo siempre son mujeres, pusieron los anti ojos de larga vista pa ver qué sacaban en limpio. ¡Pero ni lo negro el uña! El Señor, qui había estao muy sereno oyéndole las cosas a San Pedro, le dijo muy pasito a lo último: "¡En buena nos ha metido este Peralta! Pero eso no se puede de ninguna manera: los condenaos, condenaos se tienen que quedar por toda la eternidá. Andáte a tu puesto, que yo iré a ver cómo arreglamos esto. No abrás la puerta; los que vayan viniendo los entrás por el postigo chiquito".

S e volvió el Señor pa su trono, y a un ratico le hizo .cuas a un santo, apersonao él, vestido de curita, y con un bonetón muy lindo. El Santo se le vino muy respetoso, v hablaron dos palabras en secreto. Y bastante susto que le dio: se le veía porque de presto se puso descolorido y principio a meniarse el bonete. A ésas le hizo el Señor otra seña a una santica que estaba por allá muy lejos, ojo con él; y la santica se

vino muy modosa y muy contenta al llamado, y entró en conversa con Cristico y el otro santo. Estaba vestida de carmelitana; también tenía bonete que le lucía mucho, y en la una mano una pluma de ganso muy grandota.

¡Esto sí que fue lo que más embelecó a las otras santas! Por todos los balcones empezó a oírse una bullita y unos mormullos, que la Virgen tuvo que tocar la campanita pa que se callaran. ¡Pero nada que les valió, figúrese! que en ese momento salió un ángel muy grande con un atril muy lindo, y más detrás un angelito de los guitarristas, con la guitarrita colgada a un lao como carriel, y que llevaba en las dos manitas un tinterón de oro y piedras preciosas; y después salieron dos santicos negros con dos tabretes de plata; y los cuatro arreglaron por allá en un campito de lo más bueno un puesto como de escribano. El cura y la monjita se fueron derecho a los tabretes; y cada cual se sentó. El angelito se quedó muy formal teniendo el tintero.

¡Valientes criaturas las de mi Dios! En este angelito si se esmeró él: tenía la cabecita como una pifia de oro; era de lo más gordito y achapao, con los ojos azulitos, azulitos qui ni dos flores de linaza; y sus alitas de garza eran más blancas que una bretaña. Casi estaba en cuentos: tan solamente llevaba de la cinta pa abajo un faldellín coposo de un jeme de ancho, de un trapo que unas veces era de oro y otras veces era de plata,

flequiao de por abajo y con unos caracoles y unas figuras de la pura perlería. Pero lo más lindo de todo, lo que más le lucía al demontres del angelito era la cargadera de la vigüelita, que era todita de topacios y esmeraldas; la guitarrita también era muy linda, toda laboriada y con clavijitas y cuerdas de oro. Dizque era el ángel de la guarda de la monjita, y por eso estaba tan confianzudo con ella.

La santica entró como en un alegato con el cura; pero a lo último, él se puso a relatar y ella a jalar pluma. Ese si era escribana: se le veía todo lo baquiana que era en esas cosas de escribanía. Acomodada en su tabrete, iba escribiendo, escribiendo sobre el atril; y a conforme escribía, iba colgando por detrás de los trimotriles ésos un papelón muy tieso, ya escrito, que se iba enrollando, enrollando. Sólo mi Dios sabe el tiempo que gastó escribiendo, porque en el Cielo no hay reló. Por allá al mucho rato, la monja echó una plumada muy larga, y le hizo seña al Señor de que ya había acabao.

No bien entendió el Señor, se paró en su trono, y dijo: "¡Toquen bando y que entre Peralta!". Y principiaron a redoblar todas las tamboras del Cielo, y a desgajarse a los trompicones toda la gente de su puesto, pa oir aquello nunca oído en ese paraje: porque ni San Joaquín, el agüelito del Señor, había oído nunca leyendas de gaceta en la plaza de la Corte Celestial. Cuando todos estuvieron sosegaos en sus

puestos y Peralta por allá en un rinconcito, mandó Cristo que si asilenciaran los tamboreos, y dijo: "¡Pongan harto cuidao, pa que vean que la Gloria Celestial nu'es cualquier cosa!". Y después se voltio p'onde la monjita, y muy cariñoso, le dijo: "Leé vos el escrito, hijita, que tenés tan linda pronuncia".

¡Caramba si la tenía! Eso era como cuando los mozos montañeros agarran a tocar el capador; como cuando en las faldas echan a gotiar los resumideros en los charquitos insolvaos. La leyenda comenzaba de esta laya:

“Nós Tomás de Aquino y Teresa de Jesús, mayores de edad y del vecindario del Cielo, por mandato de Nuestro Señor, hemos venido a resolver un punto muy trabajoso...” tan trabajoso, tan sumamente trabajoso, que ni .ni siquiera se puede contar bien patente las retajilas tan lindas y tan bien empatadas escritas en la dichosa gaceta. ¡Hasta ai mecha la que tenían esos escribanos!

Ultimadamente, el documento quería decir que era muy cierto que Peralta le había ganado al Enemigo Malo esa traquilada de almas con mucha legalidá y en juego muy limpio y muy decente; pero que más, sin embargo, esas almas no podían colar al cielo ni de chiripa, y que por eso tenían que quedase afuera. Pero que, al mismo tiempo, como todas las cosas de Dios tenían remedio, esta cosa se podía arreglar, sin

que Peralta ni el Patas se llamaran a engaño. Y el arreglo era asina: que todas las glorias que debían haber ganao esas almas redimidas por Peralta, se ajuntaran en una gloriona grande, y se la metieran enterita a Peralta, que era el que la había ganao con su puño. Y que la cosa del Infierno se arreglaba de esta laya: que esos condenaos no volvían a las penas de las llamas, sino a otro infierno de nuevo uso que valía lo mismo que el de candela. Y era este infierno una indormia muy particular que sacaron de su cabeza el cura y la monjita. Esta indormia dizque era de esta moda: que mi Dios echaba al mundo treinta y tres mil millones de cuerpos, y que a esos cuerpos les metían adentro las almas que sacó Peralta de los profundos infiernos; y que estas almas, manque los taitas de los cuerpos creyeran que eran pal Cielo, ya estaban condenadas desde en vida; y que por eso no les alcanzaba el santo bautismo, porque ya la gracia de mi Dios no les valía, anque el bautismo fuera de verdá; y que se morían los cuerpos, y volvían las almas a otros, y después a otros, y seguía la misma fiesta hasta el día del juicio; que de ai pendelante las ponían a voltiar en rueda en redondo del Infierno por sécula seculórum amén.

Que por todo esto dizque hay en este mundo una gente tan canóniga y tan mala, que goza tánto con el mal de los cristianos: porque ya son gente del Patas; y por eso es que se mantienen tan enjunecidos y padeciendo tantísimos tormentos

sin candela. Estos quizque son los envidiosos. Y por eso quizque fue que el Enemigo Malo no quiso arriesgar las almas aquellas del Infierno, porque esas también eran de envidiosos.

Peralta entendió muy bien entendido el relate, y muy contento que se puso, y muy verdá y muy buena que le pareció la inguandia. Pero este Peralta era tan sumamente parejo, que ni con todo el alegrón que tenía por dentro se le vio mover las pestañas de ternero: ai se quedó en su puesto como si no fuera con él. Pero de golpe se vio solo en la plaza del Cielo. ¡Hast'ai placitas!

Aquello era una cosa redonda, enladrillada con diamantes y piedras preciosas de todo color, qui hacían unas labores como los dechaos de las maestras. En redondo había una ringlera de pilas di oro que chorriaban agua florida y pachulí de la gloria; y cada una d'estas pilitas tenía su jardinera de cuantas flores Dios ha criao, pero toditas di oro y de plata. También era di oro y de plata el balconerío de la plaza; y al mismito frente de l'entrada, estaba el trono de la Santísima Trinidá. Era a modo de una custodia muy grandota, encaramada en unos escalones muy altos. En el redondel de la custoria estaban el Padre y el Hijo, y allá en la punta di arriba estaba prendido el Espíritu Santo, aliabierto y con el piquito de p'abajo. De la punta del piquito le salía un vaho di una luz mucho más alumbradora que la del sol, y esa luz se regaba y se

desparpajaba por arriba y por abajo, de frente y por todos los cosíaos del Cielo, y todo relumbraba, y todo se ponía brilloso con aquella luminaria.

El Padre Eterno, que en todas las bullas de Peralta no había hablao palabra, se paró y dijo de esta moda: Peralta, escogé el puesto que querás. Ninguno lo ha ganao tan alto como vos, porque vos sos la humildá, porque vos sos la caridá. Allá abajo fuiste un gusano arrastrao por el suelo; aquí sos el alma gloriosa que más ha ganao. Escogé el puesto. No te humillés más, que ya estás ensalzao. Y entonaron todos los coros celestiales, el trisagio de Isaías, y Peralta, que todavía no había usao la virtú de achiquitarse, se fue achiquitando, achiquitando hasta volverse un Peraltica de tres pulgadas, y derechito, con la agilidá que tienen los bienaventurados, se brincó al mundo que tiene el Padre en su diestra, se acomodó muy bien y se abrazó con la cruz. Allí está por toda la eternidá.

¡Botín colorao; perdone lo malo que hubiera´ estao.!

Tomado del libro El padre Casafús y otros cuentos (Editorial Norma. Bogotá, 1995). Confrontado en el libro Obras completas de Tomás Carrasquilla (Tomo primero, Edición Primer Centenario, Editorial Bedout. Medellín, 1958).

Biografía

Tomás Carrasquilla nació en Santodomingo (Antioquia) el 17 de enero de 1858 y murió en Medellín el 19 de diciembre de 1940. Su primer trabajo literario es la crónica El Guarzo (1877), pero su profesión de escritor empezó con el cuento Simón el mago (1890), escrito para poder ingresar a un grupo literario en la ciudad de Medellín. Es considerado como el mejor exponente del movimiento literario llamado costumbrismo, que nos muestra las pasiones, creencias y costumbres de gente humilde y sencilla. Tomás Carrasquilla es, junto con Efe Gómez y Jesús del Corral, el que abre el camino al género del cuento en la literatura colombiana.

El humor, la ironía y la aventura (vinculados al lenguaje y paisaje de su tierra) son la esencia de En la diestra de Dios Padre (1897), cuento de tradición oral recogido por el autor.

OBRA: Frutos de mi tierra (Novela, 1896); Salve, Regina (Novela corta, 1903); Grandeza (Novela, 1910); El padre Casafús (Cuentos, 1914); Entrañas de niño (Cuentos, 1914); El Zarco (Novela, 1922); Ligia Cruz (Novela, 1920); La marquesa de Yolombó (Novela, 1926); Dominicales (Cuentos, 1935); Hace tiempos, (Novela, 1936). Y otros.

Glosario

A

ACATÓ Del v. Acatar. Notar, darse cuenta.

ACHAPADO m. adj. Col. Con color sonrosado en las mejillas. AFUGIAS f. Col. Afanes, apuros.

AGREGAOS barb. por Agregado. m. Col. El que cuida una propiedad rural ajena. AI Ahí. Allí.

ALBARCAS f. Calzado que se amarra con correas al tobillo.

ALGOTRA barb. por Alguna otra, algún otro.

ALHUCEMA f. Espliego. Planta aromática.

AMOLASTE Col. Del v. Amolar. Afilar un arma o instrumento en la muela, fig. Embromado, arruinado.

AMORTAJANDO Del v. Amortajar. Poner la mortaja al difunto. fig. Cubrir, envolver.

ANDRAJO m. Pedazo roto o jirón de la ropa. Harapos ANGURRIA f. Col. Codicioso, ambición,

avaricia.

APARADOR adj. Mueble donde se guarda lo necesario para el servicio de la mesa.

APARÓ Col. Aceptó. Le dijo que sí.

APÓCOPE f. Supresión de algún sonido al final de un vocablo. Ej. CAS por CASA. ARRIERO m. El que conduce las bestias. Comerciante paisa que llevaba los productos a las minas.

ASINA y Asín adv. m. Así.

ATAÚL barb. por Ataúd, m. Féretro.

ATISBA Del v. Atisbar. Mirar, observar con cuidado, recatadamente.

ATRIL m. Mueble que sirve para sostener libros.

AVISTRUJO m. Col. Ave de mala muerte, ave de aspecto repulsivo.

B

BAHAREQUE m. Col. Pared de guadua y tierra.

BALDA f. Cosa inútil, vana.

BAMBOLLA f. Col. Fanfarronería, arrogancia.

BAQUIANA adj. y s. Experta, perita.

BARBARISMO m. Vicio del lenguaje, que consiste en pronunciar o escribir mal las palabras, o en emplear vocablos impropios. Ej.: güeco, pior.

BARRANQUITA De

Barranca, m. Col. Despeñadero pequeño. Precipicio.

BATAJOLA por Batahola, f.

Bulla, ruido grande.

BAYETA f. Tela de lana, floja y poco tupida.

BAZA 1 fig. Prosperar en cualquier ramo o negocio.

BELEÑA 1 Col. Lela, pasmada,

BENDITO Como quien sabe una cosa o algo.

BIENAVENTURADO adj y s. que goza de Dios en el cielo.

BISBIS m. Juego de azar a manera de lotería.

BIZCORNETO adj. Col. Bizco,

BLANQUIABA Del v. Blanquear. Dar las abejas cierto color a los panales.

BOMBIAR barb. por Bombear.

fig Arrojar, despedir. Fumar.

BONETÓN De Bonete, m. Gorro usado por eclesiásticos, humanistas y graduados.

HONGO Col. Batea de madera de una sola pieza, profunda. Se. acostumbra usarla para mercar.

BORDON m. Bastón largo de los peregrinos.

BRETAÑA f. Especie de flor. lienzo fino blanco.

C

CACHIMONA f Col. Cachiporra f. Col. fig. Jugar una cosa o echarla a la cachiporra.

CACHUMBO m. Col. Crespo o rizo de pelo ensortijado.

CAIMANES m. fig. Col. Estafadores.

CALIFORNIA f. Col. Cueva profunda y miedosa.

CANDIL m. Lámpara de aceite muy sencilla.

CANÓNIGA adj. Col. Colérico, irascible;

CANTIO La frase Cantearse la ruana se refiere a subirse el canto o esquina de la ruana al hombro.

CAPACHO m. Col. La sal se vendía en capachos, envolturas en hoja verde de maíz o de iracas.

CAPADOR m. adj. Col. Ver Caramillo.

CAPOTE m. fig. Suerte en que un jugador hace todas las bazas. CARAMILLO m. Col. Instrumento musical hecho de carrizos escalonados

CARISECAS f. Col. Pasta de dulce seco de coco y anís en forma de torta.

CAS f. Apóc. de Casa.

CAUDILLA adj. Col. Atrevida, temeraria, sin Dios ni ley.

CAVILOSIÓ Del v. Cavilar.

Pensar.

CIMARRONES adj. Col.

Animal doméstico que huye al campo y se vuelve montaraz.

COCHAMBRE f. Andrajosa. Suciedad, mugre.

COMISTRAJE Col. Fiambre.

COROTOS m. Col. Trastos, trebejos, cachivaches. 2. La frase Arregló los corotos se refiere a hacer la maleta.

CORRUTO adj. barb. por Corrupto.

CUCHINO m. barb. por Cochino. Cerdo, marrano.

CUENCA f. Cavidad del cráneo donde están los ojos.

CULEBRILLA f. Enfermedad de la piel. Herpes.

CULICHUPAO adj. Col. Escaso de glúteos.

CUSTODIA f. Pieza, generalmente de oro o plata, en la que se expone el Santísimo Sacramento.

CUYABRA f. Col. Vasija de calabaza

CH

CHÁCARA m. Col. Bolsa.

CHAPOLA f. Col. Mariposa.

CHARRASCAL m. Col. Lugar poblado de matorrales. Tierra poco fértil.

CHIMBO m. Moneda antigua de poco valor, equivalente a medio real.

CHIQUERO m. Establo de cerdos.

CHIRRINGO m. Col. Chiquitín, pequeñito.

CHURRETA f. Col. Multitud.

D

DÁCA v. y adv. Da, o dame,

acá.

DAO barb. por Dado.

DESCENSO por Decenso, ant. m. Catarro o reúma.

DECHAOS barb. por Dechados. m. Muestrario de puntadas para bordar.

DEMONTRES por DEMONTRE m. Demonio.

DESCULCÁ barb. por Esculca. Del v. Esculcar.

DESJARRETADERA f. Vara con una cuchilla en forma de medialuna para cortar.

DESPARPAJABA Del v. Desparpajar. Desparramar, dispersar, esparcir.

DIESTRA adj. Derecha.

DIJUNTOS barb. por Difuntos. Muertos.

DISCÍPULA f. Col. Nombre vulgar de la Erisipela. Infección de piel, acompañada de fiebre.

DISCÍPULO m. Que sigue las enseñanzas de un maestro.

DIVISA f. Col. Del v. Divisar. fig. Vista, paisaje.

DIZ Apócope de dice, o de dícese.

DIZQUE (De dice que) m. Se dice. Murmuración, dicho,

reparo.

E

EDECANES m. Ayudantes, auxiliares.

EMBELESAO barb. por Embelesado. Encantado, fig. Embobado.

EMBROMAMOS Del v.

Embromar. Col. Perjudicar, ocasionar un daño moral o material.

EMBUSTERO adj. y s. Mentiroso, embaucador.

EMPECINARLOS Del v. Empecinar. Obstinar, encaprichar.

EMPELLA f. Col. Pella, la manteca de puerco tal como la han sacado.

ENGALANAR v. Adornar, embellecer.

ENJURIA barb. por Injuria.

Ofensa, ultraje. Daño que produce una cosa.

ENSALZAO barb. por Ensalzado. Del v. Ensalzar. Engrandecer, exaltar.

ENTUMIDO adj. Col. Encogido, tímido, falto de desenvoltura.

ESCARRAMÁN fig. Tipo de rufián, figura de bravucón.

ESCRIBANO m. El que da fe de algún acto que ocurre en su presencia por escrito.

ESCURO barb. por Oscuro.

ESCUSA col Tabla suspendida del techo por cuerdas para evitar que los animales empuerquen los alimentos.

F

FALDA 1 Carne de la res.

FADEI.LÍN m. Falda corta. Vestido que se usa para bautizar

FANFARRÓN adj. y s. Vanidoso, jactancioso.

FERÚSTICA adj. Fea en alto estado Irritable.

FLEQUIAO De Fleco. Adorno de lulos colgantes.

FORASTERA adj. Que viene de afuera. Col. Forástica.

G

GACETA f. Periódico, diario

GALIA f. fig. Pescuezo. Cuello.

GANIR v. Resollar o respirar.

GARABATO m. Gancho de hierro para colgar.

GARITO m. Casa de juegos clandestina.

GOLVIÓ barb. por Volvió.

GRIMA f. Col. Solo, en estado de absoluta soledad. Se acostumbra decir solo en grima.

GRUÑIDO Del v. Gruñir, fig. Sonidos inarticulados, roncos, que emite una persona.

GÜELIERON barb. por Olieron.

GÜESAMENTA barb. por Osamenta. Conjunto de huesos. Esqueleto.

GCÉSPEDES barb. por Huéspedes. Personas que se alojan en casa ajena.

GÜIDA barb. por Huida.

GULUNGO Col. Pájaro que fabrica su nido suspendido de los árboles.

GULUNGUIABAN De Gulunguear. Col. Colgar, oscilar.

H

HILACHENTO adj. Col. Andrajoso, roto.

HEBRA Col. Ni hebra. Nada.

HORQUETA f. Tronco de árbol, o vara larga, donde se juntan dos ramas en un ángulo agudo.

I

INDAGATORIA adj. Averiguar un hecho.

INDORMIA f. Col. Arbitrio, maña, astucia.

INGUANDIA f. Col. Embuste, invención, ardid.

INJURIA f. Ofensa, ultraje.

INOPIA f. Gran pobreza.

INSOLVAO adj. Col. Que se acumula o amontona.

INTAUTA barb. por Intacta. Entera, pura.

J

JEME m. Medida igual a la anchura de la mano abierta desde el dedo pulgar hasta el índice.

JERINGONZA ó JERIGONZA f. Lenguaje especial de algunos gremios, jerga.

JIEDE barb. por Hiede. Mal olor.

JULLERÍA barb. por Fullería. Col. Presumida, entrometida, fanfarrona.

L

LÁMPARO m. Col. Limpio, pelado, sin un centavo.

LARGAO barb. por Largado. Del v. Largar. Soltar.

LAYA f. Clase, especie, género.

LIENDRA De Liendre. Huevo del piojo.

LISIAOS barb. por Lisiados, s. Tullido, inválido.

LÓBREGO adj. Oscuro, sombrío.

LOGRERO m. Persona que quiere enriquecerse por cualquier medio. Usurero, calculador.

M

MACUENCOS adj. Col. Desmesurados, muy grandes.

MANGAS f. Corral, tierra destinada a pastos. Dehesa.

MANQUE Col. Aunque.

MANTELLINA f. Mantilla.

Prenda para cubrir la cabeza.

MARRULLA f. Astucia, maña.

MEDIO m. Col. Moneda de cinco centavos.

MEDROSO adj. Miedoso, horroroso.

MELINDRE m. fig. Afectación. Simulación de delicadeza.

MERINITO De Merino. Adj. Tejido de cordoncillo fino, de lana escogida y peinada.

MODOSA adj. Que tiene buenos modales.

MOGOSOS barb. por Mohoso, adj. Oxidado, lleno de moho.

MONTE m. fig. Juego de naipes. La frase Puso monte se refiere a abrir un juego de suerte y azar.

MONTEDAO m. Juego que consiste en abrir un juego de suerte y azar con dados, no siempre buenos.

MORTAJA f. Sábana o lienzo en que se envuelve el cadáver para el sepulcro.

MORMURAR barb. por Murmurar. v. Hablar En perjuicio de alguien ausente.

MUCHILA barb. por Mochila. Bolsa de cabuya usada en el campo para llevar pequeños objetos.

MUDA f. Col. Vestido completo.

N

NOCHECITA f. Col. La hora de la entrada de la noche. Crepúsculo vespertino. Ver Oracionera.

NOJARSE barb. por Enojarse.

NÓS ant. Nosotros.

Ñ

ÑAPANGAS adj. Col. Mestizas, mulatas. Mujeres del pueblo.

O

ONDE adv. ant. De donde, en donde, a donde.

ONZAS f. Moneda española antigua.

ORACIONCITA Col. f. Los últimos momentos del día antes de llegar la noche, fig. Ver Nochecita.

ORONDO adj. Col. Desvergonzado, fresco.

P

PACHULI ni. Col. En general barato de mala calidad.

PANTILA adj. Col. Descolorido, pálida.

PAÑO barb del v. Apañar.

PAISAJE m. Sitio, lugar.

PATAS El diablo. El Enemigo

PATENTE adj. Claro, evidente,

PELEGRINO barb. por Peregrino Que viaja por devoción religiosa.

PENDIA Del v. Pender. Depender

PERSINA barb. por Persignar, santiguar.

PETICIÓN barbe. Por Petición. acción de pedir.

PIDO por Pedido.

PIONADA barb. por Peonada.

PIOR barb. por Peor.

PITE m Pedazo, trozo.

PLANENDO Del v. Plañir. Quejarse, gemir, fig. Pedir

POSADA f. Hospedaje, alojamiento.

POSTIGO m. Puerta pequeña. Puerta falsa.

PREDICARA Del v. Predicar, fig Reprender, regañar, amonestar.

PRESTO adj. Pronto, en seguida.

PUCHERO m. Col. Gesto para empezar a llorar.

PULSETILLA f. Vasija pequeña de calabaza.

R

RASGADA adj. Col. Dadivosa. 2. Abierta, desenvuelta.

REAL adj. (Camino real). Camino principal. Callejón común a muchos predios. 2. Rial. barb. por Real. Del rey.

RELATAR fig. De Referir. Dictar.

RELATE Col. Oración (discurso) que pronuncia alguien y que nadie entiende.

RENIEGOS m. Blasfemia, dichos injuriosos.

REPECHADA fig. Estirada, altiva.

REQUINTADA Del v. Requintar. Exceder. 2. fig. Apretar, llenar.

RESOLANA adj. Lugar soleado, sin viento.

RESUMIDERO m. Col. Sumidero, alcantarilla.

RETAJILAS barb. por Retahíla, f. Serie de muchas cosas que se mencionan ordenadamente.

RINGLERA f. Hilera de cosas puestas en orden. Fila.

ROLETA barb. por Ruleta.

RUCIAR barb. por Rociar. Regar y mojar.

RUCIAS Adj. De color gris o pardo claro.

RUMBABA Del v. Rumbar. Col. fig. Zumbar, hacer un ruido resonante, bronco y seguido.

RUMBÁTE Col. Del v. Rumbar. Echar. Lárgate de aquí lo más pronto posible.

S

SAHUMERIO m. Humo aromático

SARGENTIÓ barb. por Sargenteó. Del v. Sargentear. Col. Ingeniárselas.

SAYA f. Vestido antiguo de lana. Bata.

SÉCULA SECULÓRUM Del latín. Para siempre jamás. Por los siglos de los siglos.

SEÑA Col. por Señora.

SOCAVÓN m. Sitio subterráneo.

SOLOMO m. Lomo de cerdo.

SOSEGADO adj. Tranquilo.

SUMIDOS Del v. Sumir. Hundirse alguna parte del cuerpo, como la boca, por falta de dentadura.

T

TABARDILLO m. Nombre

vulgar de la fiebre tifoidea.

TANTÉ Col. ¡Imagínese! ¡Supóngase!

TARIMA f. Entablado movible, de varios usos, como dormir en él.

TASAJO m. Pedazo de carne.

TOLE m. fig. Partir aceleradamente.

TOPÓ Del v. Topar. Encontrar, hallar.

TRABUCAO Del v. Trabucar. fig. Confundir, ofuscar.

TRAQUILADA f. Col. Conjunto numeroso, montón.

TRASCENDÍA Del v. Trascender. Exhalar olor muy intenso.

TRIS m. fig. Instante.

TRISAGIO m. Himno en honor

de la Santísima Trinidad, en el cual se repite tres veces la palabra santo.

TUNEROS Col. Campo cubierto de tunas o espinas.

TUTE m. Juego de naipes.

TUTUMADAS barb. por Totumadas. Col. Recipientes de calabaza llenos de alguna comida.

V

VÁGUIDO ant. adj. Desvanecido, turbación breve del

sentido por alguna indisposición.

VAHO m. Vapor tenue que se eleva de una cosa.

VICIO m. Col. Jugar sin interés. Jugar sin apostar.

VIGIAR Col. Mirar, observar con cuidado.

VIGÜELITA barb. por Vihuela, f. Guitarra.

VIRGÜELA De Vírgula. Agente causante del cólera.

VIVER Col. Víveres. Mercado.

Y

YESQUERO m. Estuche donde se guarda la yesca para hacer lumbre.

YUNQUE m. Bloque de hierro que sirve para labrar a martillo los metales.

Z

ZANGARRIA Col. Persona que baila dando saltos, que no baila serenamente.

ZARRAPASTROSO adj. Roto y andrajoso.

ZARCO, CA Adj. Azul claro.

ZARZAS f. Matorral espinoso.

ZANJON m. Cauce o zanja

grande y profunda por donde corre el agua.

ZURRÓN m. Bolsa de cuero grande.

La tragedia del minero

Efe Gómez

Es de noche. La luz de una vela de sebo del altar de los retablos lucha con la sombra. Están terminando de rezar el rosario de la Virgen santísima. Todos se han puesto de rodillas. Doña Luz recita, con voz mojada en la emoción de todos los dolores, de todas las esperanzas, de las decepciones todas de su alma augusta crucificada por la vida, la oración que pone bajo el amparo de Jesucristo a su familia, a los viajeros, a los agonizantes, a los amigos y a los enemigos: a la humanidad entera.

Se oyen pisadas en los corredores del exterior. Se i ni remiran azorados. Se ponen de pies. Se abre la puerta del salón, y van entrando, descubiertos, silenciosos, Juan Gálvez, los Tabares, padre e hijo, y los dos Restrepos. Son los mineros que se fueron a veranear a las selvas de las laderas del remoto río que corre por arenales auríferos. Se han vuelto porque el invierno se entró.

- ¿Y Manuel? -pregunta doña Luz.

Silencio.

- ¿Se quedó de paso en su casa?

-No, señora.

- ¿Y entonces?

Silencio nuevo.

¿Pero Qué pasa? Su mujer lo espera por instantes.

Quiere naturalmente- que este con ella en el trance que se le acerca.

- ¡Pobre Dolores! - dice la Micaela-, De esta llenada de luna no pasa.

A Juan Gálvez empiezan a movérsele los bigotes de tigre, va a hablar.

-Que se cumpla la voluntad de Dios, señora -dice al fin-. Manuel no volverá.

- ¿Qué hubo, pues...? Cuenta, por Dios.

- Mire, señora. Eso fue horrible. Ya casi terminaba el verano… Y un jumo de oro. Cuando una mañanita cateamos una cinta a la entrada de un organal... y empezamos a sacar amarillo... y la cinta a meterse por debajo del original… La señora no sabe lo que es un organal… son pedrones sueltos, redondeados grandísimos... amontonados cuando el diluvio, pero pedrones como catedrales, como cerros... ¡Y qué montones! con decirle que el rio es poco menos que el Cauca, se mete por debajo de un montón de esos... Y se pierde. Se le oye mugir allá... hondo. Uno pasa por encima de piedra en

piedra. El otro día, por tantear qué, tan hondo pasa el rio, deje ir por una grieta el eslabón de mi avió de sacar candela. Y empezó a caer de piedra en piedra... a caer de piedra en piedra... a chilinear: tirin, tiririn… Allá estará chilineando todavía.

Por entre las junturas de las piedras íbamos arrastrándonos desnudos de barriga, como culebras, detrás de la cinta , que era un canal angosto. Llegamos a un punto en que no cabíamos... Ni untándonos de sebo pasaba el cuerpo por aquellas estrechuras. Manuel dio con una gatera por donde le pasaba la cabeza. Y él, que era el más menudo, pasó, sobándose la espalda y la barriga. Taqueamos enseguida las piedras, como pudimos, con tacos de guayacán.

-Aquí va la cinta -dijo Manuel, ya al otro lado.

Le echamos una batea de las chiquitas: las grandes no cabían. La llenó con arena de la cinta.

- ¿Qué opinas, viejo? -me dijo cuándo me la devolvió por el agujero, por donde había pasado, llena de material.

-Mira: se ven, así en seco, los pedazos de oro. En este güeco está el oro, pendejo. Pa educar a mis muchachos. Pa dale gusto a Dolores...

Y pegó un grito de los que él pegaba cuando estaba

alegre, que retumbó en todo el organal, como un trueno encuevao.

Los compañeros salieron a lavar afuera, a bocas del socavón, la batea que Manuel acababa de alargarnos. Yo me puse a prender mi pipa y a chuparla, y a chuparla... Cuando de golpe, ¡tran! Cimbró el organal y tembló el mundo. De susto me tragué la pipa que tenía entre los dientes. La vela se me cayó, o también me la tragaría. Me quedé a oscuras... ¡Y las prendo! Tendido de barriga, corría, arrastrándome como si me hubiera vuelto agua y rodara por una cañería abajo. No me acordé de Manuel... pa qué sino la verdá.

- ¡Bendita sea la Virgen! -dijeron los que estaban afuera, lavando el oro, cuando me vieron llegar-. Creímos que no había quedao de ustedes, mano Juan, ni el pegao.

- ¿Y qué fue lo que pasó?

-Es que onde hay oro, espantan mucho.

- ¿Y Manuel?

-Por ai vendrá atrás.

Nos pusimos a clarear el cernidor. Era tanto el oro, que nos embelesamos más de dos horas viéndolo correr, sin reparar que Manuel no llegaba.

- ¿Le pasaría algo a aquél?

-Allá estará, como nosotros, embobao con todo el amarillo que hay en ese güeco.

-Vamos a ver.

Y empezamos de nuevo a entrar, tendidos, de punta, como lombrices; pero alegres, deshojando cachos. Porque el oro emborracha. Se sube a la cabeza como el aguardiente.

Llegamos al punto donde habíamos estado antes.

-Pero qué sustico el tuyo, Juan. Mirá donde dejaste la pipa -dijo Quin Restrepo, con una carcajada.

- ¡Y la vela!

- ¡Y los fósforos!

-Fíjate a ver si dejó también las orejas este viejo flojo.

- ¡Y quien le oye las cañas!

- ¡Pero qué fue esto, Dios! Vengan, verán -gritó Penagos.

- ¡A ver!

Nos amontonamos en el lugar en que estaba alumbrando con la vela. ¡Qué espanto, Señor de los Milagros!

Nos volteamos a ver, unos a otros, descoloridos como difuntos. Los tacos de guayacán que sostenían las piedras que formaban el agujero por donde Manuel entró, se habían vuelto polvo. Del agujero no quedaba nada: ciego como ajustado a garlopa.

- ¡Manuel...! -grité.

-Nada.

La tragedia del minero • Efe Gómez

- ¡Manuel!

-Nada.

Volví a gritar, arrimando la boca a una grieta por donde cabía apenas la mano de canto:

- ¡Manuel!

- ¡Oooh...! -respondieron al mucho rato, por allá, desde muy hondo. Desde muy hondo...

- ¿Qué hubo, hombre?

-A mí déjenme quieto.

- ¿Pero qué fue, hombre?

-Por mí no se afanen. Yo ya no soy de esta vida.

- ¿Qué pasa, hombre, pues?

-Encerrado como en el sepulcro... De aquí ya no me saca nadie... Sacará Dios el alma cuando me muera... Si es que se acuerda de mí.

-Buscá, hombre, tal vez quedara alguna juntura por onde...

-He buscado ya por todas partes... Los pedrones juntos, apretados... ¡Y qué pedrones...! Tengo una sed...

Inventamos un popo, por onde le echábamos agua y cacaíto.

Así nos estuvimos ocho días: callaos, mano sobre mano, como en un velorio.

Si tuviéramos dinamita -pensábamos- volaríamos el pedrejón que rompió los tacos... pero como todos los pedrones están sueltos, sostenidos unos con otros, el organal se movería íntegro, se acomodaría cada vez más de manera diferente... y nos trituraría a todos... o nos dejaría encerrados...

Y lo horrible fue que se nos acabaron los víveres.

Manuel lo adivinó. ¡Con lo avispado que era!

-Váyanse muchachos... ya hay agua aquí. Con el invierno ha brotado entre las piedras... Déjenme los tabacos que puedan, fósforos y mecha, y.… váyanse... ¿Qué se suplen

con estarse ai...? Váyanse, les digo. Déjenme a mí el alma quieta: ya yo estoy resignao a mi suerte. Lo único que siento es no conocer el hijo que me va a nacer, o que me habrá nacido ya. ¡Pobrecito güerfano...! Me le dicen a doña Luz que ai se los dejo... a él y a Dolores. Que los cuide como propios... y no me llamen más, porque no les contesto...

¿Qué hacíamos, pues, nosotros? Venirnos. Venirnos y dejarlo: ¡cosa pa más berrionda!

Y el viejo Juan, con un movimiento brusco, se puso el sombrero y se agachó el ala para taparse los ojos. Lloraba.

La puerta del exterior se abrió con estrépito.

Y entra Dolores, pálida, la piel del rostro bello pegada a los huesos, los ojos enormes, extraviados, trágicos.

-Todas son patrañas. Todo lo he oído... Me voy por Manuel. ¡Ya! ¡Cobardes, que dejan a un compañero abandonado! ¡Quien oye al viejo Juan! ¡Viejo infeliz! Traeré a Manuel. Lo que cinco hombres no pudieron, lo haré yo... ¡Y ustedes, sinvergüenzas, tiren esos pantalones y pónganse unas fundas! ¡Maricos...!

Abre los brazos, da un grito y cae al suelo, retorciéndose entre los dolores del parto.

Se alza doña Luz, severa, enérgica, bella, y hace salir a

los hombres y a los niños.

Tomado del libro Cuentos (Volumen VI de la Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1942). Confrontado en el libro Guayabo negro (Talleres de la Tipografía Bedout, Edición de Balmore Álvarez G., Medellín, 1945).

Biografía

francisco Gómez Escobar (Efe Gómez) nació en Fredonia (Antioquia) en 1867 y murió en Medellín en 1958. Efe Gómez es el primer gran cuentista colombiano ion una obra muy sólida donde la gran capacidad de síntesis, los detalles precisos y la fijación del texto en una sola dirección logran, por fin, separar totalmente el cuento colombiano del cuadro costumbrista. Sus personajes lindan en la locura, el alcoholismo, la melancolía, y, son derrotados por la vida y la naturaleza.

Su cuento Piscologías (que refleja la época convulsionada y caótica de la Guerra Grande) fue publicado en 1903, y gran parte de su obra apareció primero en revistas de la época.

En su cuento La tragedia del minero se narra, con gran realismo, y con gran economía del lenguaje, el drama de un hombre enterrado en vida, pero también la de aquellos que fueron sus amigos y sus seres queridos.

OBRA: Mi gente (Novela, 1937); Almas rudas (Cuentos, 1943); Retorno (Cuentos, 1944); Guayabo negro (Cuentos, 1945).

Glosario

AI Ahí. Allí.

AUGUSTA adj. Que infunde respeto y veneración. Imponente.

AURÍFEROS adj. Que llevan oro.

AVÍO m. Utensilios necesarios para alguna cosa.

AZORADOS m. Sobresaltados, turbados.

BATEA f. Vasija, bandeja.

CANTO adv. De lado, no de plano.

CATEAMOS Del v. Catear.

Tantear el terreno buscando minas.

CINTA f. Punto de partida o de llegada de una veta. Vena, filón. CERNIDOR m. Col. Cernedor, m. Cedazo, tamiz.

CIMBRÓ Del v. Cimbrar. Vibrar, mover.

CLAREAR v. Col. Separar la arena del oro en el cernidor, fig. Transparentar.

EMBELESAMOS Del v. Embelesar. Encantamos, cautivamos.

ESTRÉPITO m. Ruido, alboroto.

EXTRAVIADOS adj. Desorientados, perdidos.

FUNDAS f. Col. Falda, saya.

GATERA f. Agujero.

GUAYACÁN m. Arbol de madera dura y resistente.

MUGIR fig. Bramar, gritar.

PATRAÑAS f. Mentiras, embustes.

POPO adj. Col. Tubo delgado.

De Popillo. Pitillo.

RETABLOS m. Obra de piedra, madera u otra materia que constituye la decoración de un altar. SEVERA adj. Dura, rigurosa.

SOCAVÓN m. Galería o mina subterránea.

TACOS m. Pedazos de madera, cortos y gruesos, que encajan en algún hueco.

TRÁGICOS adj. Dramáticos. fig. Catastróficos.

VÍVERES m. Provisiones, alimentos.

Que pase el aserrador

Jesús del Corral

Entre Antioquia y Sopetrán, en las orillas del río Cauca, estaba yo fundando una hacienda. Me acompañaba, en calidad de mayordomo, Simón Pérez que era todo un hombre, pues ya tenía treinta años y veinte de ellos los había pasado en lucha tenaz y bravía con la naturaleza, sin sufrir jamás grave derrota. Ni siquiera el paludismo había logrado hincarle el diente, a

pesar de que Simón siempre anduvo entre zancudos y demás bichos agresivos.

Para él no había dificultades, y cuando se le proponía que hiciera algo difícil que él no había hecho nunca, siempre contestaba con esta frase alegre y alentadora: - "Vamos a ver; más arriesga la pava que el que le tira, y el mico come chumbimba en tiempo de necesidad".

Un sábado en la noche, después del pago de peones, nos quedamos Simón y yo, conversando en el corredor de la casa y haciendo planes para las faenas de la semana entrante, y como yo le manifestara que necesitábamos veinte tablas para construir unas canales en la acequia, y que no había aserradores en el contorno, me dijo:

-Esas se las asierro yo en estos días.

- ¿Cómo -le pregunté- sabe usted aserrar?

-Divinamente; soy aserrador graduado, y tal vez el que ha ganado más alto jornal en ese oficio. ¿Qué dónde aprendí? Voy a contarle esa historia que es divertida

Y me refirió esto que es verdaderamente original:

-En la guerra del 85 me reclutaron y me llevaban par n la Costa por los Llanos de Ayapel, cuando resolví desertar, en compañía de un indio boyacense. Una noche en que estábamos

ambos de centinelas las emplumamos por una cañada, sin dejarle saludes al general Matéus.

Al día siguiente ya estábamos a diez leguas de nuestro ilustre jefe, en medio de una montaña donde cantaban los gurríes y maromeaban los micos. Cuatro días anduvimos entre bosques, sin comer, y con los pies heridos por las espinas de las chontas, pues íbamos rompiendo rastrojo, con el cuerpo, como vacas ladronas.

- ¡Lo que es el miedo al cepo de campaña con que acariciaban a los desertores, y a los quinientos palos con que los maduran antes de tiempo!...

-Yo había oído hablar de una empresa minera que estaba fundando el conde de Nadal en el río Ñus, y resolví orientarme hacia allá, así al tanteo, y siguiendo por la orilla de una quebrada que, según me habían dicho, desembocaba en aquel río. Efectivamente, al séptimo día, por la mañana, salimos el indio y yo a la desembocadura, y no lejos de allí vimos, entre unas peñas, un hombre que estaba sentado en la orilla opuesta a la que llevábamos nosotros. Fue grande nuestra alegría al verlo, pues íbamos casi muertos de hambre y era seguro que él nos daría de comer.

-Compadre, le grité, ¿cómo se llama esto aquí? ¿La mina de Ñus está muy lejos?

Aquí es; yo soy el encargado de la tarabita para el paso, pero tengo orden de no pasar a nadie, porque no se necesitan peones. Lo único que hacen falta son aserradores.

No vacilé un momento en replicar:

Ya lo sabía y por eso he venido; yo soy aserrador; n he la oroya para este lado.

- ¿Y el otro? -preguntó señalando a mi compañero.

El grandísimo majadero tampoco vaciló en contestar rápidamente:

-Yo no sé de eso; apenas soy un peón.

No me dio tiempo de aleccionarlo; de decirle que nos importaba comer a todo trance, aunque al día siguiente nos despacharan como a perros vagos; de mostrarle los peligros de muerte si continuaba vagando a la aventura porque estaban lejos los caseríos, o el peligro de la "diana de palos" si lograba salir a algún pueblo antes de un mes. Nada; no me dio tiempo ni para guiñarle el ojo, pues repitió su afirmación sin que le volvieran a hacer la pregunta.

No hubo remedio, y el encargado de manejar la tarabita echó el cajón para este lado del río, después de gritar: Que pase el aserrador.

Me despedí del pobre indio y pasé.

Diez minutos después estaba yo en presencia del conde, con el cual tuve este diálogo:

- ¿Cuánto gana usted?

- ¿A cómo pagan aquí?

-Yo tenía dos magníficos aserradores, pero hace quince días murió uno de ellos; les pagaba a ocho reales.

-Pues, señor conde, yo no trabajo a menos de doce reales; a eso me han pagado en todas las empresas en donde he estado, y además, este clima es muy malo; aquí le da fiebre hasta a la quinina y a la sarpoleta.

-Bueno, maestro; "el mono come chumbimba en tiempo de necesidad"; quédese y le pagaremos los doce reales. Váyase a los cuarteles de peones a que le den de comer y el lunes empieza trabajos.

¡Bendito sea Dios! Me iban a dar de comer; era sábado, al día siguiente me darían también de comer de balde. Y yo, que para poder hablar tenía que recostarme a la pared, pues me iba de espaldas por la debilidad en que estaba.

Entré a la cocina y me comí hasta la cáscara de los plátanos.

Me tragaba las yucas con pabilo y todo. Se me escaparon las ollas untadas de manteca porque eran de fierro. El perro de la cocina me veía con extrañeza, como pensando: Caramba con el maestro; si se queda ocho días aquí, nos vamos a morir de hambre el gato y yo.

A las siete de la noche me fui para la casa del conde, el cual vivía con su mujer y dos hijos pequeños que tenía.

Un peón me dio tabaco y me prestó un tiple. Llegué echando humo y cantando la guabina. La pobre señora, que vivía más aburrida que un mico recién cogido, se alegró con mi canto y me suplicó que me sentara en el corredor para que la entretuviera a ella y a sus niños, esa noche.

-Aquí es el tiro, Simón, dije para mis adentros; vamos a ganarnos esta gente por si no resulta el aserrío.

Y les canté todas las trovas que sabía. Porque eso sí yo no conocía serruchos, tableros y troceros, pero en cantos bravos si era veterano.

Total, que la señora quedó encantada y me dijo que fuera al otro día siguiente por la mañana para que le divirtiera los muchachos, pues no sabía que hacer con ellos los domingos. ¡Y me dio jamón, galletas y jalea de guayaba!

Al otro día estaba este ilustre aserrador con los

muchachos del señor conde, bañándose en el río, comiendo ciruelas pasas y bendito sea Dios y el que exprimió las uvas, ¡bebiendo vino tinto de las mejores marcas europeas!

Llegó el lunes, y los muchachos no quisieron que el "aserrador" fuera a trabajar por que les había prometido llevarlos a un guayabal a coger toches en trampa. Y el conde, riéndose, convino en que el maestro se ganara sus doce reales de manera tan divertida.

Por fin el martes, di principio a mis labores. Me presentaron al otro aserrador para que me pusiera de acuerdo con él, y resolví pisarlo desde la entrada.

-Maestro, le dije de modo que me oyera el conde, que estaba por allí cerca, a mí me gustan las cosas en orden. Primeramente, sepamos qué es lo que se necesita con más urgencia: ¿tablas, tablones o cercos?

-Pues necesitamos cinco mil tablas de comino, para las canales de la acequia, tres mil tablones para los edificios y unos diez mil cercos. Todo de comino; pero debemos comenzar por las tablas.

Por poco me desmayo, trabajo para dos años y ... a doce reales al día, bien cuidado y sin riesgo de que castigaran al desertor, porque estaba "en propiedad extranjera".

-Entonces, vamos con método. Lo primero que debemos hacer es dedicarnos a señalar árboles de comino, en el monte, que estén bien rectos y bien gruesos para que den bastantes tablas y no perdamos el tiempo. Después los tumbamos, y, por último, montamos el aserrío. Todo con orden, sí señor, porque si no, no resulta la cosa.

-Así me gusta, maestro, dijo el conde; se ve que usted es hombre práctico. Disponga los trabajos como lo crea conveniente. Quedé pues, dueño del campo. El otro maestro, un pobre majadero, comprendió que tenía que agachar la cabeza ante este famoso "aserrador" improvisado. Y a poco salimos a la montaña a señalar árboles de comino. Cuando nos íbamos a internar, le dije a mi compañero:

-No perdamos el tiempo andando juntos. Váyase usted por el alto, y yo me voy por la cañada. Esta tarde nos encontramos aquí; fíjese bien para que no señale árboles torcidos.

Y salí cañada abajo, buscando el río. Y en la orilla de éste me pasé el día, fumando tabaco y lavando la ropita que traje del cuartel del general Matéus.

Por la tarde, en el punto citado, encontré al maestro y le pregunté: vamos a ver, ¿cuántos árboles señaló?

-Doscientos veinte no más, pero muy buenos.

-Pues perdió el día; yo señalé trescientos cincuenta de primera clase.

Había que "pisarlo" en firme; y yo he sido gallo para eso.

Por la noche me hizo llamar la señora del conde, y que llevara el tiple porque tenía cena preparada; que los muchachos estaban deseosísimos de oírme el cuento de "Sebastián de las Gracias", que les había yo prometido. Ah, y el del "Tío Conejo y el Compadre Armadillo", y ese otro de "San Juan sin miedo", tan emocionante. Se cumplió el programa al pie de la letra. Cuentos y cantos divertidísimos; chistes de ocasión; cena con salmón, porque estábamos de vigilia; cigarros de anillito dorado; traguito de brandy para el aserrador, pues como había trabajado tanto ese día, necesitaba el pobre que le sostuvieran las fuerzas. Ah, guiñadas de ojos a una sirvienta buena moza que le trajo el chocolate al "maestro" y que al fin quedó de las cuatro paticas cuando oyó la canción aquella de

Cómo amarte torcaz quejumbrosa

Que en el monte se escucha gemir.

¡Qué aserrío monté esa noche! Le saqué tablas del espinazo al mismo señor conde. Y todo iba mezclado por si se dañaba lo del aserrío. Le conté al patrón que había notado yo ciertos despilfarras en la cocina de peones y no pocas irregularidades en el servicio de la despensa; le hablé de un remedio famoso para curar la renguera (inventado por mí, por supuesto) y le prometí conseguirle un bejuco en la montaña, admirable para todas las enfermedades de la digestión. (Todavía me acuerdo del nombrecito con que lo bauticé: ¡levanta muertos!).

Encantados el hombre y su familia con el "maestro" Simón. ¡Ocho días! pasé en la montaña, señalando árboles con mi compañero, o mejor dicho, separados,

porque yo siempre lo echaba por otro lado distinto al que yo escogía! ¡Pero sabrá usted que como yo no conocía el comino, tuve que ir primero a ver los árboles que había señalado el verdadero aserrador!

Cuando ya teníamos marcados unos mil, empezamos a echarlos al suelo ayudados por cinco peones. En esa tarea en la cual desempeñaba yo el oficio de director, empleamos más de quince días.

Y todas las noches iba yo a la casa del conde y cenaba divinamente. Y los domingos almorzaba y comía allá, porque

era preciso distraer a los muchachos... y a la sirvienta también.

Yo era el sanalotodo en la mina. Mi consejo era decisivo, y no se hacía nada sin mi opinión. ¡Tal vez la célebre cortada del río Ñus fracasó más tarde por alguna bestialidad que yo indiqué!

Todo iba a pedir de boca, cuando un día llegó la hora terrible de montar el aserrío de madera. Y estaba hecho el andamio, y por cierto que cuando lo fabricamos hubo algunas complicaciones, porque el maestro me preguntó:

- ¿Qué alto le ponemos?

- ¿Cuál acostumbran ustedes por aquí?

-Tres metros.

-Póngale tres con veinte, que es lo mandado entre buenos aserradores. (Si sirve con tres, ¿por qué no ha de servir con veinte centímetros más?).

Ya estaba todo listo: la troza sobre el andamio, y los trazos hechos en ella (por mi compañero, porque yo me limitaba a dar órdenes). La lámpara encendida y el velo en el altar, como dice la canción.

Llegó el momento solemne, y una mañana salimos camino del aserradero, con los grandes serruchos al hombro.

¡Primera vez que yo veía un comemadera de esos!

Ya al pie del andamio, me preguntó el maestro:

- ¿Es usted de abajo o de arriba?

Para resolver tan grave asunto fingí que me rascaba una pierna, y rápidamente pensé: "si me hago arriba, tal vez me tumba éste con el serrucho". De manera que al enderezarme contesté:

-Yo me quedo abajo; encarámese usted.

Trepó por los andamies, colocó el serrucho en la línea... empezamos a aserrar madera.

¡Pero, señor, cómo fue aquello! El chorro de aserrín se vino sobre mí y yo corcoveaba a lado y lado, sin saber cómo defenderme. Se me entraba por las narices, por las orejas, por los ojos, por el cuello de la camisa... ¡Virgen Santa! ¡Y yo que creía que eso de tirar de un serrucho era cosa fácil!

-Maestro, me gritó mi compañero, se está torciendo el corte.

-Pero hombre, ¡con todos los diablos! Para eso está usted arriba, fíjese y a plomo como Dios manda...

El pobre hombre no podía remediar la torcedura. Qué la iba a remediar, si yo chapaleaba como pescado colgado del

anzuelo.

Viendo que me ahogaba entre las nubes de aserrín, le grité a mi compañero:

-Bájese, que yo subiré a dirigir el corte.

Cambiamos de puesto; y yo me coloqué en el borde del andamio, cogí el serrucho y exclamé:

-Arriba, pues, una... dos...

Tiró el hombre y cuando yo iba a decir tres, me fui de cabeza y caí sobre mi compañero. Patas arriba quedamos ambos; él con las narices reventadas y yo con dos dientes menos y un ojo que parecía una berenjena.

La sorpresa del aserrador fue mayor que el golpe que le di. No parecía, sino que le hubiera caído al pie un aerolito.

- ¡Pero, maestro! -exclamó- pero maestro...

- ¡Qué maestro ni qué demonio! ¿Sabe lo que hay? Que es la primera vez que yo le cojo los cachos a un serrucho de estos. ¡Y usted que tiró con tanta fuerza! ¡Vea cómo me puso! (y le mostré el ojo dañado).

-Y vea cómo me dejó usted (y me enseñó las narices).

Vinieron las explicaciones indispensables, para las cuales resulté un Víctor Hugo. Le conté mi historia, y casi lo hago llorar cuando le pinté los trabajos que pasé en la montaña en calidad de desertor. Luego rematé con este discurso más bien atornillado que un trapiche inglés:

-No diga usted una palabra de lo que ha pasado porque lo hago sacar de la mina. Yo les corté el ombligo al conde y a la señora, y a los muchachos los tengo de barba y cacho. Conque tráguese la lengua y enséñeme a aserrar. En pago de eso le prometo darle todos los días durante tres meses dos reales de los doce que yo gano. Fúmese, pues, este tabaquito (y le ofrecí uno), y explíqueme cómo se maneja este mastodonte de serrucho.

Como le hablé en plata, y él ya conocía mis influencias en casa de los patrones, aceptó mi propuesta y empezó la clase de aserrío. Que el cuerpo se ponía así, cuando uno estaba arriba; y de esta manera, cuando estaba abajo; que para evitar las molestias del aserrín se tapaban las narices con un pañuelo... cuatro pamplinadas que yo aprendí en media hora.

Y duré dos años trabajando como aserrador principal ion doce reales diarios, cuando los peones apenas ganaban cuatro. Y la casa que tengo en Sopetrán la compré con plata que traje de allá. Y los quince bueyes que tengo aquí marcados

con un serrucho, del aserrío salieron... Y el hijo mío, que ya me ayuda mucho en la arriería, es también hijo de la sirvienta del conde y ahijado de la condesa...

Cuando terminó Simón su relato soltó una bocanada de humo, clavó en el techo la mirada y añadió después:

-Y aquel pobre indio de Boyacá se murió de hambre... sin llegar a ser aserrador.

Tomado del libro Antología del cuento antioqueño (Selección de Manuel Mejía Vallejo. Editora Popular Panamericana S.A. de Perú, organizadora del Primer Festival de Escritores Antioqueños. Colombia, 1961).

Biografía

Jesús del Corral nació en Santafé de Antioquia el 14 de junio de 1871 y murió en Bogotá el 24 de junio de 1931. Además de ocupar altos cargos en el Gobierno, trabajó como periodista escribiendo crónicas y artículos de contenido político. Es recordado como un excelente narrador oral que supo recoger con humor el optimismo y empuje aventurero del pueblo antioqueño.

Que pase el aserrador (1914), considerado como un clásico picaresco en la cuentística colombiana, narra las

peripecias de un desertor vivaz y su lucha por sobrevivir en un mundo adverso y difícil.

OBRA: Cuentos y Crónicas (Publicado póstumamente en 1944).

Glosario

ACEQUIA f. Zanja por donde van las aguas. Arroyo.

ANDAMIOS m. Armazón de tablones y vigas utilizado para la reparación y la pintura de muros y paredes; se usa también para subir o bajar objetos pesados.

ANTIOQUIA (Ciudad de). Santa Fe de Antioquia. Municipio del departamento de Antioquia fundado en 1541.

ASERRADOR adj. El que se dedica a cortar maderas.

CAÑADA f. Vía del ganado trashumante. Col. Suerte de canal de agua estancada.

CENTINELA f. y m. Soldado

que vela guardando el puesto

que se le encarga.

CEPO m. Cepo de campaña.

Suplicio usado antiguamente en la milicia, que consistía en amarrar al castigado, sentado, con un fusil entre los brazos y las corvas.

CERCOS m. Col. Tablas para

rodear o delimitar una propiedad, establos u otros. Cerca, vallado.

CORCOVEABA del v. Corcovear. fig. Dar saltos.

CHONTAS f. Col. Nombre de varias especies de palmas.

CHUMBIMBA m. Col. Llamado también jaboncillo. Árbol de fruto carnoso parecido a una cereza, pero con sabor amargo. La pulpa de este fruto produce con el agua una especie de jabón que sirve para lavar ropa.

DESEMBOCADURA f. Sitio por donde un río desemboca en

otro o en el mar.

DESERTAR v. Abandonar el soldado sus banderas. Huir.

DESPENSA f. Lugar de la casa donde se guardan las cosas de

comer.

DESPILFARRO m. Derroche, malgastar.

DIANA de palos. Castigo antiguo en el que obligaba al infractor a recorrer, desnudo, una calle formada por soldados que lo golpeaban con baquetas y correas.

EMPLUMAMOS Del v. Emplumar. Col. Huir precipitadamente.

FAENAS f. Trabajos.

GUABINA f. Col. Aire musical de la montaña antioqueña.

GURRÍES m. Col. Pavo silvestre. Orden de las gallináceas.

HINCARLE Del v. Hincar. Clavar.

LEGUA f. Medida de los caminos equivalente a 5572 metros.

LLANOS del Ayapel. Zona de Córdoba.

OROYA f. Cesta o jaula que corre por tarabita. En ella se llevan personas, animales o cosas de un lado al otro del río.

PABILO m. Mecha de la vela, /o: Vena de la yuca.

PALUDISMO m. Enfermedad Infecciosa que produce ataques de fiebres periódicas.

PAMPLINADAS f. fig. Tonterías, naderías.

PEÓN m. Jornalero. El que trabaja en cosas que no requieren especialidad.

PERIPECIAS f. Aventuras.

PICARESCO adj. Producción literaria en la que se narra la vida y hazañas de los picaros.

PISARLO Del v. Pisar, fig. Anticiparse a otro con audacia en el logro de un objetivo.

PLOMO m. A plomo. Verticalmente.

POSTUMAMENTE adj.

Publicada después de la muerte del autor.

QUININA f. Líquido extraído de la corteza del árbol llamado quino. Se toma como medicina contra la fiebre.

REAL adj. Moneda antigua de diversos países americanos.

RENGUERA f. Renquera, cojera.

SARPOLETA f. Col. Planta de flores blancas, de propiedades medicinales.

SOPETRÁN (Ciudad de). Municipio del departamento de Antioquia fundado en 1616.

TARABITA f. Cuerda atada a dos árboles en diferentes orillas de un río, por el cual corre la cesta o jaula.

TOCHES m. Ave de color amarillo y negro, la hembra, y rojo y negro el macho.

TROVAS f. Variante de la copla antioqueña, improvisada, en la que riman los versos segundo y cuarto.

TROZA f. Tronco aserrado para hacer tablas.

VIGILIA f. Día anterior a una festividad religiosa.

VIVAZ adj. Que resiste mucho tiempo. Agudo, que comprende fácilmente.

Dichos

Más arriesga la pava que el que le tira: Enseña que nada se pierde con probar o ensayar la ejecución de algo.

El mico come chumbimba en tiempo de necesidad: Enseña que hay ocasiones en que no se puede exigir sino tomar lo que se tiene.

Les corté el ombligo al conde y la señora: Me gané su confianza y aprecio.

A los muchachos los tengo de barba y cacho: Tengo segura su colaboración.

En la hamaca

José Félix Fuenmayor

Muchos dicen que la edad de quince años es por sí misma un estado de gracia en la mujer. Pero esa virtual belleza no la tuvo Matea, si se considera que en sus quince años no dejó de ser la seca, esmirriada, huesudita, fea cosa que había sido antes y siguió siendo después. Sin embargo...

Sin embargo, a los quince años, Matea tuvo un hijo. Y que ese hijo muriera a poco de nacer, ya es otra cosa.

Y luego, Matea vivió sola. Habitaba una casucha de barro y paja en un solar inculto y pedregoso; y una tarde que se había asomado a la puerta, pasaba un hombre que se detuvo al verla. "Buenos días, muchacha". Ella no contestó, miró a otra parte. "¿Puede darme un poquito de agua?" Matea lo miró un momento y pasó los ojos a otro lado. El hombre insistió: "Un poco de agua no se le niega a nadie, niña". Todavía no lo atendió. Hubiera podido entrar y cerrar la puerta, pero esto equivaldría a huir, y ella no huía. Darle o no darle el agua le era indiferente; pero desconfiaba de aquel hombre porque se dirigía a ella de un modo distinto al de la burla y el menosprecio. Aun el otro de un día, de un instante, se avergonzó de ella después de haberla usado sin efecto, incidentalmente. Recordaba: Cuando ya no pudo ocultar que estaba encinta la torturaron con preguntas despiadadas; y tal la trataban los hombres que ninguno pudo ser sospechado; y ella sabía que nadie le hubiera creído y se obstinó en callar; y le enrostraron un "tendrá que ser del Diablo, maldita bruja". Ella era huérfana, sin padre ni madre ni nadie. La gente con quien vivía la echó de la casa. Hacía diez años. Ninguno parecía acordarse ya de aquello. Solo ella, que no se quejó nunca, que nunca había llorado, no olvidaba.

Ahora aquí tenía delante a un hombre cortés que le pedía algo: agua: “Un poquito de agua, niña”. Tal vez sería cierto que tenía sed. Negarle el agua... ¿Por qué no negársela?

-Bueno, niña, me niega el agua.

Este hombre robusto, de cara ancha y abierta, de apacible solidez. En todo caso lo mejor sería salir pronto de él, darle el agua para que se fuera de una vez.

-Espere aquí que voy a traérsela.

Pero el hombre la siguió. En la salita con suelo de tierra apisonada, una mesa, dos sillas. Por la puerta sin hojas que daba al único dormitorio vio una cama y un baúl. Todo muy aseado. En el patio, mientras ella sacaba el agua de una tinaja, estuvo contemplando una poca ropa interior muy blanca, tendida en una cuerda. Vio también una ollita rumorosa puesta sobre el encendido fogón.

El hombre tomó el agua. “Que fresca está. Deme otro poquito, si no molesto”. Y volvió a beber.

- ¿Cuál es su gracia, niña?

-Matea.

Matea. Hay Mateo, San Mateo. También Matea debe ser nombre de Santa. Todo esto me gusta. ¿Y su marido?

No tengo marido.

Eso me gusta más. ¿Vive sola?

-Sola.

-Yo también vivo solo.

El hombre devolvió el vaso vacío, Matea lo recibió, lo colocó en un repisita, fue a darle una vuelta a la olla y c entregó a otros quehaceres como si nadie estuviera allí.

-Matea, qué olorcito de sancocho.

No se dio por entendida. Se mantenía de espaldas al visitante; y cuando tenía que volverse, no lo miraba.

-Estoy pensando que si vive sola se expone a que le falten a la consideración. Usted necesita el respeto de un hombre.

Hizo una pausa.

-Yo me llamo Temístocles.

Caminó un rato. Para allá, para acá. Pasó cerca de ella, se detuvo y dijo en voz baja: “Temístocles y Matea” -y continuó para acá, para allá.

Matea seguía entregada a sus ocupaciones sin cuidarse al parecer de lo que dijera o hiciera Temístocles. En la batea,

montada sobre un banquillo de altura ordinaria, se puso a lavar unos trapitos; y donde cualquiera otra mujer de estatura mediana hubiera apretado la barriga, ella apretaba el pecho. Hacia adelante, hacia atrás, restregando, los hombros muy levantados para alcanzar. Parecía que, desde adentro, los huesitos le fueran a reventar la piel.

Temístocles la examinaba. “No es más que un pellejo,

esta mujercita. Propiamente, no puede acomodar. Pero con buena voluntad se podría entre veces hacer el deber. Eso vale la pena aguantarlo por lo principal, porque es trabajadora y callada, y una gran lavandera, y una gran cocinera. Parece desconfiada. Hay que ir poco a poco”.

-Mateíta, me voy. Usted tiene ahora mucha ocupación. Mañana vuelvo. -Bajó la voz: -Y no olvide, niña: Temístocles y Matea.

Matea, volviéndose siguió con la vista inexpresivamente su paso pesado, reposado, que difundía auras de tranquilidad, de pacificación.

Echó Temístocles calle arriba, derecho. Una cuadra, dos cuadras, a la derecha: una, dos, tres. Iba grabando el camino en la memoria.

Era la tarde de un domingo en el que durmió, como de costumbre, hasta las cuatro, su habitual borrachera del sábado. Ahora se encaminada a la fondita. Ya sabían allí qué debían ponerle en la mesa, todo junto, su desayuno de esa mañana, su almuerzo de ese medio día y Ja comida de la tarde, de ahora. Se lo comió todo en orden, calmosamente. Primero el café con leche, frío y obstruido de natas -era una especialidad de él paladear las natas del café con leche-. Lo acompañó con el bollo limpio y el queso blanco. Siguió el sancocho de hueso con yuca, plátano verde y ñame, todo entre la manteca fría, cuajada. Luego lisa seca, bollo de yuca, arroz blanco, guineo y panela. Por último, los alimentos acabados de preparar, calientes: sopa de estrellitas, carne, Zaragozas, arroz con plátano y más bollo de yuca, más guineo y más panela.

Esto de las comidas era su problema. Para suplir la deficiencia de la alimentación que allí le daban tenía siempre a la mano, mientras trabajaba en su tallercito de zapatería de viejo, bolsas llenas de comestibles de las que continuamente estaba sacando algo para llevarse a la boca. Meditaba: La comida del sábado en la tarde, se pierde. También debían guardármela para el domingo, pero no me la guardan. Y estas tres del domingo son nada más que las debidas, y no es mucho. Entonces, pierdo una comida, y me ganan en la fonda, me gana la lavandera y me gana la mujer que me sacude la casa. Si me

consigo a esa Matea me quedará más dinero para comida, todo eso me ahorraría y no tendría que estar llenándome huecos del estómago con poquitos mientras trabajo; sino que me pondrían en la mesa desayunazos, almuerzazos y comidazas.

Cinco años hacía vino aquí Temístocles a tomar posesión de una buena casita que le dejó de herencia un tío materno; y se quedó. En las cercanías del Mercado Público estableció un negocio de componer calzado. Y desde entonces comenzó -tal vez siguió- una vida regular, metódica, que no alteró jamás: de lunes a viernes abría a las siete de mañana, cerraba a las once y media para almorzar, volvía a abrir a la una, volvía a cerrar a las cinco y media para irse a comer, luego a casa para reposar sentado la fatiga del día, y después a dormir; los sábados cerraba a las cuatro de la tarde, no iba a comer -esa comida se perdía- y se daba a beber ron blanco hasta el amanecer del domingo, dormía la borrachera hasta las cuatro de la tarde, salía a azotar calles por una hora, despachaba de un tiro las tres comidas del día y luego a dormir para recomenzar el lunes.

Tenía Temístocles cuarenta y cinco años de edad; y en veinte años no había faltado a su borrachera semanal. Se conservaba vigoroso, con una salud perfecta.

También tenía Temístocles una buena cabeza, por

dentro y por fuera. La de adentro le suministraba mañas para lograr lo que deseaba; y la de afuera ayudaba en la práctica de las mañas con su expresión honrada y bonachona. Esta combinación puso en juego para atraerse a Matea, y no le falló. Diez días después de su primer encuentro, Matea se fue a vivir con Temístocles.

Desde el primer momento quiso Temístocles que Matea considerara punto capital del programa doméstico la cuestión de la comida.

-Desde hoy, eres mi compañera, muchacha. Conmigo nada te faltará. Y yo, ¿qué te pido? Que me quieras también. Tú sabes cocinar. Hay personas que dicen: aunque sea solo un plato, pero bien adornado y bonito. Yo, no. Yo digo: presa, bastante presa; y no me van a salir con que eso así es feo porque nada de comer lo es y lo único feo en una mesa es la poca presa.

Matea oía callada, pero manifiestamente estaba a la orden.

-Entonces, ya sabes: guarda tu ollita y ahora vamos con una olla bien grande.

Temístocles creyó conveniente portarse con ella como marido y animosamente la besó. “Esto la halagará”. Siguió adelante venciendo la repugnancia que comenzaba a torcer su

buen propósito. Después, con la bondadosa intención de disimularle el asco que aquel momento de intimidad violentada le produjo, volvió a besarla juntando sus labios con los de ella... y no pudo contenerse: vomitó.

A la hora del desayuno, pensaba: “Pobre Matea, no sé si haya creído mi cuento del mal de estómago. Ella no dio señal de impresionarse, más bien pareció no haberse dado cuenta. Tal vez disimulé y quién sabe, se resignaba a un nuevo desengaño entre tantos que seguramente la pobre debe haber sufrido. Bueno, nada de eso se va a repetir. Lo probable es que haya comprendido para qué la traje y no quiere ni espera más, porque, después de todo, es refractaria y seguramente no tiene interés en lo otro”.

Temístocles, refocilándose en la mesa con un perico de cuatro huevos, desechó las preocupaciones y aún sonreía, recordando: “Los huesitos le hacía tric tric”. Desde luego, ese sonreír iba por dentro, pues el tono exterior de su rostro era siempre la gravedad.

“Si engordara, quién sabe”. Matea le puso a un lado el vaso de agua, final del desayuno. Temístocles miró de reojo la mano descarnada, amarillenta. “No engordará. Ella es sólo de buena medra para echar pellejo”.

Pero el domingo en la madrugada sucedió que

Temístocles tuvo como capricho de borracho divertirse contándole las costillas a Matea. La sacó de la cama por un brazo; y poniéndola de pie en el suelo le desgarró la camisa y le iba localizando las costillas con un dedo: una, dos, tres... Y Matea, a la orden.

La mente y el corazón de Temístocles eran sanos. Ninguno de sus actos de borracho había traicionado su excelencia de pensamiento y de conducta. Por primera vez un recuerdo de su borrachera lo mortificaba. "No he debido divertirme así con ella". Y lo conmovió más al ver que Matea no alteró en nada su buena disposición

y diligencia sirviéndole y procurando tenerlo contento... Juzgándola por sí mismo, pensó: "Hasta podría ser que a la pobre le agrade que yo la tome de entretenimiento".

Y en verdad, Matea aparentemente se acomodó al orden que desde entonces quedó establecido. Ella, infatigable, desempeñaba todos los quehaceres de la casa; y Temístocles se entregaba al pacífico y amable disfrute del beneficio universal que, como benévolo sostén y dócil juguete, le dispensaba Matea. Separados siempre por el silencio. Siempre, aún en las madrugadas de los domingos cuando él se presentaba borracho y -ella a la orden- la hacía ponerse a cuatro patas pidiéndole que saltara como una rana, o se empeñaba en meterle una cajita

de fósforos en la hoyita.

Temístocles sacaba cuentas. Todo iba como lo había previsto. Comía más y mejor, estaba bien atendido en todo. “Qué ojo tuve con Matea. Nadie la había descubierto”. La ropa bien lavada y bien planchada. Ninguna discusión, ningún disgusto. Y cómo soportaba la tonta mujercita sus chanzas de borracho.

- ¿Cómo las soportaba? Ahí comenzó a aparecer una sombra.

Hay mujeres a quien el hombre les pega y siguen queriendo al hombre que les pega. Pero esas mujeres se defienden, o huyen o lloran o chillan. Pero es distinto. Un hombre le pega a una mujer: es su hombre quien le pega. Es distinto. Tampoco Matea es como un perro. El amo le da de palos al perro. El perro aúlla, se agacha, o corre y vuelve batiendo la cola. Es distinto. Así pensaba Temístocles y la sombra se agrandaba. Matea le dejaba hacer, no mostraba reacción alguna, se prestaba sin oposición a bromas que sin duda la afrentaban, aunque la intención y el deseo de él no fueran eso. ¿Por qué no resistía, por qué las toleraba sin quejarse, ni siquiera intentaba evitarlas? No era que se complaciera en el sufrimiento, porque su actitud enigmática, impasible, en manera alguna revelaba el generoso dolor de un

mártir. ¿Escondía el rencor y lo iba acumulando? La sombra se extendió más, envolvió a Temístocles en inquietante misterio.

Mas en aquella sombra apareció de pronto, rasgándola y transformándola en nube huidiza, la insignificancia de Matea. ¿Qué cosa era Matea? Un gusano. “Pobre pellejito. Pero no volveré a molestarla. A Dios pido que en mis borracheras no olvide yo este propósito”.

Invocar a Dios nunca es vano. A veces creemos desoído nuestro ruego; pero en verdad puede habérsenos concedido de una manera que no nos sea dado entender. O tal vez ocurra que una plegaria, aunque la inspiren buenas intenciones se encamine mal y pida sin que lo veamos -pero Dios si lo ve- la protección de un pecado. Y quizá porque Temístocles en su inocente egoísmo olvidó que el mal mayor en que necesitaba ser acudido era el vicio de la beodez; o por cualquier otra razón impenetrable, Dios permitió que el domingo siguiente empeoraran las cosas.

Sí, las cosas empeoraron, aunque esta vez el juego de Temístocles fue muy corto: sólo quiso hacer chirriar como guacharaca el espinazo de Matea pasándole por las resaltantes vértebras el mango de un cepillo de dientes. Y -no sé cómo- Matea resultó herida en la frente. Temístocles no lo supo sino en la tarde cuando ella, esmerada como siempre, le sirvió las

tres comidas del día, todas calientes, y él pudo ver que Matea tenía la cabeza vendada. "¡Dios mío, sangre, comienza a haber sangre!" Su impulso directo fue apartarse, huir de Matea. Pero, sobreponiéndose, pensó: "Debo pedirle perdón".

Se levantó. Ante él estaba ella. Nunca se habían visto francamente, cara a cara. Ahora él la miró de frente. Y ella alzó también la mirada para encontrar también de lleno la de Temístocles. Y él vio por primera vez los ojos de Matea que se le presentaron como charcos de aguas espectrales, muertas, y con un vapor frío que les brotaba desde muy adentro. Las palabras de simpatía se helaron en los labios de Temístocles. Y tembló de miedo.

Al otro día trabajaba Temístocles en su taller. Clavaba con su martillo las menudas puntillas que también hubieran tenido que ser martilladas para hacerlas penetrar en los callos de sus manos. Enceraba la línea de cáñamo y pasándole los dedos la hacía crujir. Con la lezna agujereaba el cuero y la lezna pasaba con un ligero estremecimiento. Tiras de cuero brotaban de su cuchillo como cintas de papel de la varita de un prestidigitador.

- ¿Qué hubo de mis zapatos, Temístocles?

-Ya están.

Se levantó, los entregó, recibió el dinero, lo guardó en

un cajón.

-Adiós, pues.

-Adiós.

Estos actos de Temístocles iban por un lado y marchaban como debían ser. Por otro lado, y simultáneamente sus pensamientos rodeaban un centro fijo: por alguna parte lo estaba amenazando un peligro. Y buscaban esos pensamientos un medio seguro para dejar tranquila a Matea. Pero el medio tendría que ser algo equivalente a amarrarse las manos. “Por qué yo ahora digo con toda el alma que no lo vuelvo a hacer, pero cuando esté con tragos será otra cosa”.

-Estos botines, Temístocles, para que les eches media suela claveteada y que estén para mañana.

-Ponlos ahí. Mañana estarán.

Llegó la hora del almuerzo. Salió, cerró. Iba camino de la casa.

Con tranquila apariencia, con el inalterable aplomo de su continente, soportaba los pensamientos de alarma que lo asediaban. Saludaba aquí y allá a los amigos con quienes se cruzaba.

“Me separaré de ella. La echaré”. No. No era para tanto.

Ciertamente él creía haber descubierto en los ojos de Matea un fondo horrible; pero quizás lo que allí vio fue el reflejo de su propia conciencia remordida por haber herido a la pobre mujer; porque siéndole imposible recordar lo sucedido, se atenía al hecho como una prueba de su culpa. "O todo será que sus ojos son muy feos. Nada más". Con esta idea, su inquietud disminuyó.

Pero algo tendría que hacer. Cabría el recurso de dormir la borrachera en cualquier otra parte pero esto le resultaría muy difícil, pues siempre había dormido en su casa; y precisamente cuando estaba borracho nada sería capaz de detenerlo en su marcha sonambúlica hacia su casa.

Pero quizás pudiera, allá mismo, aislar su dormitorio...

Se detuvo. Acababa de ver en la puerta de un almacén una hamaca en exhibición para la venta. Y fue componiendo: allá había una mediagua entre la casa y la cocina, sostenida por fuertes horcones; de estos colgaría la hamaca; y cuando llegara con tragos iría directamente a acostarse en ella entrando por un portillo de la cerca. De ese modo evitaría que la presencia de Matea en su borrachera le hiciera surgir aquel demonio burlón incontrolable.

Compró la hamaca y como planeó, hizo. Pensó explicárselo a Matea, quería decirle: ya no volverá a suceder.

Pero no se atrevió. Comió en silencio, y esperaba que ella comprendiera.

Temístocles había tenido siempre aversión a las hamacas, pero se sobrepuso a ese sentimiento, porque su disposición era la del sacrificio. Y este acto de abnegación le fue premiado, porque desde el primer momento se sintió bien en aquella hamaca y su corazón sencillo celebró como una fiesta el tenderse un poco al través y empujándose con el pie, una, dos veces, ir y venir lentamente, como en el aire.

Así durmió el resto de la semana. Pero no todas las noches concilio el sueño rápida y plácidamente. Y el viernes tuvo una pesadilla: huyendo de Matea, se había encerrado en un oscuro aposento donde se creyó a salvo. Pero de pronto vio que por el agujero de la cerradura pasó un ojo de Matea y se detuvo a esperar el otro ojo que en la misma forma entró después; y juntándose los dos ojos, empezaron a buscarlo entre la sombra; y él sabía que su mirada le daría la muerte. Al despertar del horrible sueño, sudaba de angustia.

Pero tras una noche de espanto, el día es una sonrisa, es nuestra sonrisa; y al amparo del sol compadecemos burlonamente a los fantasmas que en sus correrías de miedo se resfrían aullando en el viento; o penetrando en las habitaciones oscuras se pasean ceremoniosos y feos y esperan que las gentes

se asusten en la cama; pero si alguno grita o simplemente se mueve, los pobres fantasmas emprenden la fuga desalados. Así sonrió Temístocles, en la luz.

Y el mal sueño de la noche del viernes se borró en la claridad de la vigilia del sábado.

Sin embargo, un mal sueño puede deslizarse desde la noche y agazaparse en el día, y esto fue lo que ocurrió; el horror de los ojos de Matea trazó una terrible continuidad en la noche y el día.

No importa. Era sábado y Temístocles comenzó a beber a su hora. Y al amanecer del domingo, borracho llegó a la casa. Olvidó el portillo y la hamaca. Con sus seguros movimientos de autómata abrió y entró. Vaciló un momento, quizás comenzó a recordar. Pero de pronto comenzó a llover fuertemente y el ruido del agua resonó en el cráneo como una carrera frenética a su persecución. El mal sueño agazapado saltó. Ahora estaba despierto y Matea se encontraba allí, muy cerca; y sus ojos, desde la sombra, podrían lanzarle su mirada de muerte. Entonces, poseído de un miedo como nunca antes había conocido, arrebató a Matea de la cama, la arrastró por el piso, la tiró al patio, y cerró tras ella la puerta por donde la había echado. Y en seguida se desplomó bajo el sopor de la borrachera.

Afuera, Matea se sentó en el mismo sitio donde había caído, sobre el suelo desnudo. La lluvia la salpicaba. El frío no la hizo estremecer porque ardía. Y allí, inmóvil, pasó el resto de la noche con los ojos fijos en la hamaca vacía que se agitaba convulsa a los golpes del viento.

Temístocles durmió hasta las cuatro de la tarde, salió a andar por una hora, regresó a comer a las cinco y halló la mesa puesta y la ordinaria atención de Matea. La rutina doméstica seguía, sin interrupción.

Durante todo ese día, la cabeza embotada de Temístocles no dio paso a los recuerdos de la noche. Tal vez ciertas sacudidas involuntarias que conmovieron su fatigado cuerpo fueron un modo de manifestación de aquellos recuerdos; pero no los reconoció ni afectaron la indolencia de su cansancio. También, cuando llegada la hora se acostó en la hamaca, entre dormido y despierto le pareció sentir que Matea se acercaba sigilosa. Pero esa sensación se diluyó en la vaguedad precursora del apaciguamiento del sueño.

El lunes, la memoria de Temístocles comenzó desde temprano a dar testimonio de su despiadada conducta del domingo en la madrugada. Se sintió abatido, avergonzado; y a estos sentimientos volvió a asociarse la noción de peligro. “Ahora mismo debo emprender la fuga”. Cambió: “Ahora

mismo debo pedirle perdón". El temor de ver los ojos de Matea lo contuvo. "Puedo hablarle sin mirarla". Mas no encontró las palabras. Suspiró. Esto le pareció bien. Volvió a suspirar de modo que lo oyera Matea. "Ella comprenderá". Al salir para el taller lanzó un suspiro más fuerte. "Ella tiene que comprender".

Poco después Matea, en una tienda vecina, compraba una aguja de enfardelar. Estaban allí dos mujeres y una de ellas intentó darle conversación.

- ¿Qué vas a hacer con esa aguja?

Matea levantó la aguja hasta sus ojos y se quedó mirándola.

- ¿Vas a coser algún costal?

-Sí, un costal.

- ¿Y Temístocles? No vas a negarnos que con él te va mal.

Matea no contestó. Bajando la mano con que sostenía la aguja, levantó la otra hasta cubrirse los ojos.

-Dejémosla -dijo una de las mujeres en voz baja-, lisa tonta se va a poner a llorar.

Mientras se alejaban, la otra dijo:

-Qué va a llorar Matea. La aguja será para sacarle los ojos a Temístocles. Tú no la conoces, esa fue la que tuvo un hijo con el diablo.

Y Temístocles continuaba pesaroso, preocupado. Mientras bajaba o comía, olvidaba. Pero en los intervalos y un buen rato antes de dormirse, metido en la hamaca, rumiaba soluciones sin decidirse por ninguna. Y mientras tanto seguía su juego de los suspiros en los que ponía una imprecisa pero sostenida esperanza.

El sábado en la tarde cerró Temístocles su taller a la hora de las cuatro. Con su paso lento, pacífico, llegó a la tienda de la Niña Manuela. Allí encontró a Valerio y a Matías que comenzaron a beber más temprano.

-Salud a todos, Niña Manuela, butifarras y una media.

Primero comió, despacio. El pellejo de los embutidos los rompía con las uñas. Cuando acabó con una ristra de treinta se limpió los labios con las mangas, primero la del brazo derecho, después la de la izquierda. Las manos se las restregó en los pantalones, sobre los muslos.

Luego se sirvió medio vaso, se lo echó de un golpe en la boca y aprovechó el ron como enjuague antes de tragarlo.

Matías y Valerio se habían quedado allí a la espera de Temístocles, pues sabían que a esa tienda iría. Se tenían bebida ya la poca plata de que dispusieron y agotaron además el crédito, limitado a un peso cada uno, que la Niña Manuela les concedía. Pero era gente de recursos y no le iban a faltar para seguir bebiendo. Allí tenían a Temístocles, al otro extremo del mostrador.

Valerio inició la improvisada artimaña. Se aclaró el pecho y con misterioso aire se fue acercando a Temístocles. Matías lo siguió con la vista; ignoraba como iba a actuar Valerio, pero su malicia era clarividente.

-Temístocles -dijo Valerio-, No es el momento, pero se dice por ahí que tratas mal a tu mujer.

-Ella no es mi mujer. A ella no le falta nada.

-Pero le pegas.

-No le pego. Hay cosas de tragos nada más.

-A un hombre no le has pegado, Temístocles.

Temístocles levantó el brazo derecho, abrió la ancha mano con los dedos de rudas yemas muy estirados, y luego cerró el gran puño y estuvo contemplándole un momento.

-No querría tener que pegarle a nadie.

-Temístocles, yo te hablo como un amigo.

-Eso me gusta, Valerio.

Matías se acercó y habló:

-Valerio es tu amigo. Yo también soy tu amigo. Uno se interesa, comprendes, cuando la gente habla, si es de un amigo. Y uno es uno, y un hombre como tú es un amigo. Si la gente quiere hablar que hable. Aquí estamos tres amigos.

Eso es así -confirmó Valerio-. Y nosotros no es solo consideración; es que tenemos por ti veneración como hombre superior que nos enseñas. Si vamos a la gramática, ahí estás tú. Si es de aritmética, ahí estas tú. Cualquier conocimiento ahí estas tú.

Y qué es mejor, Temístocles: ¿la aritmética o la gramática?

La gramática, porque lo tiene todo. La gramática es primero que todo. La palabra con que Dios creó el mundo, es gramática.

¿Y cuánto tiempo hace que Dios creó el mundo?

-Esa cuenta no es para que el hombre la lleve. Y si uno saca hoy esa cuenta, mañana se la lleva el viento.

Ajá, ¿y por qué sopla el viento?

-El viento no sopla. A él lo soplan unas bocas que están puestas donde deben estar, unas grandes, otras medianas y otras pequeñas para que haya vientos de todas clases.

La Niña Manuela sonreía y servía más y más tragos que Temístocles pagaba; pero al fin avisó que iba cerrar, y los tres salieron.

Acordaron ir a la cumbiamba y allá fueron. Miraron un rato. Luego llegaron a un claro de la multitud donde parada y sola vieron a una muchacha que llevaba los cabellos sueltos y constelados de jazmines.

-Dejaste sin flores la mata -le dijo Valerio-. Y siguió con Matías. Temístocles se quedó.

-Esas flores -le dijo a la muchacha- no son puestas. Tú eres la mata misma que las cría.

Así la tanteaba. El madrigal era de su cabeza por dentro; y su cabeza por dentro lo presentaba como una

segura promesa. Ella sonrió, bajó los ojos.

- ¿Cuál es su gracia, niña?

-Micaela

-Yo me llamo Temístocles.

Se le acercó más y dijo en voz baja:

-Temístocles y Micaela.

-Bueno -accedió la muchacha.

Él le ofreció el brazo y juntos se fueron.

Cerca de las cuatro de la mañana, Temístocles, completamente borracho, andaba camino de la casa. Siempre tenía pies para llegar allá, cualquiera fuera el grado de su embriaguez. Cuando el alcohol le borraba los sentidos y trababa su conciencia, un oculto mecanismo surgía en él, tomaba el mando y lo conducía y lo escuchaba. Ya en la casa y al acostarse, el misterioso conductor y vigilante lo soltaba, y Temístocles caía desbaratado.

Así llegó, pues; pasó el portillo, cruzó el patio hasta la mediagua; se quitó la ropa y se metió en la hamaca, cayendo inmediatamente en un pesado sueño.

Aquel día Matea se había levantado más temprano que de costumbre. Antes del regreso de Temístocles, tenía ya puesta sobre la leña encendida, en el patio, calentando agua, el cubo que usualmente utilizaba para hervir la ropa sucia.

Cuando llegó Temístocles, Matea, ocultándose, esperó a

que se acostara y se durmiera. Luego se le acercó y estuvo observándolo un largo rato. Después entró a la casa y reapareció llevando en la mano la aguja de enfardelar enhebrada con un largo y fuerte cordel; y se puso a coser los bordes de la hamaca uno con otro, sin juntarlos. Los cosió desde arriba de la cabeza de Temístocles hasta más abajo de sus pies. Colocó cerca de la hamaca una banqueta; y empleando trapos para protegerse subió a ella el cubo donde el agua hervía a borbotones. Descansó un poco. Luego, poniendo en la operación que ejecutaba toda su atención, alzó el cubo y derramó el agua hirviendo sobre Temístocles, primero en el rostro. No perdió una gota.

En la hamaca no se oyó un grito, ni un gemido; apenas tal vez- un sordo y lejano rumor como si proviniera de alguna distante profundidad. Las piernas de Temístocles se agitaron un poco, independientes, como si hubieran intentado emprender su propia fuga.

Y Matea tiró el cubo vacío. Exhausta, anhelante, se sentó en la banqueta. Insensiblemente se fue inclinando hacia delante. Y no cayó, porque su cabeza desvanecida encontró apoyo en el destrozado pecho de Temístocles.

Tomado del libro Con el doctor afuera (Cuentos.

Instituto Colombiano de Cultura. Bogotá, 1973).

Biografía

José Félix Fuenmayor nació y murió en Barranquilla (1885-1966). Poeta, novelista, cuentista y periodista. Junto a Ramón Vinyes, fue uno los guías naturales del llamado Grupo de Barranquilla, del que hicieron parte en sus años juveniles los escritores Gabriel García Márquez y Álvaro Cepeda Samudio. En sus cuentos encontramos siempre al hombre común y corriente, hombres de provincia, cuyo universo cultural se expresa a través de la cotidianidad de sus vidas, pero no lejanas de los grandes dramas, creencias y supersticiones del hombre.

En la hamaca las faltas continuas del personaje hacia una mujer, culminan en una tragedia.

OBRA: Musas del trópico (Poesía, 1910); Cosme (Novela, 1927); Una triste aventura de catorce sabios (Relato, 1928); La muerte en la calle (Cuentos, 1966. Este libro fue publicado posteriormente con el título de Con el doctor afuera, 1973).

En la hamaca • José Félix Fuenmayor

Glosario

A

ACTITUD f. fig. Disposición de Animo.

ACCEDIÓ Del v. Acceder. Consentir, aceptar.

ABATIDO adj. Sin ánimo, decaído, despreciable.

ABNEGACIÓN f. Sacrificio, renunciación.

AFRENTABAN Del v. Afrentar.

Ofender. Causar vergüenza y deshonor.

AGAZAPARSE Del v. Agazapar. Esconder, ocultar.

ANHELANTE adj. respirando con dificultad.

ANIMOSAMENTE adv. m.

Con valor, energía.

APACIBLE adj. Agradable, tranquilo, sosegado.

APACIGUAR v. Calma, serenidad.

APOSENTO m. Dormitorio, alcoba, cuarto.

ARTIMAÑA f. Trampa, astucia.

AURA f. Hálito, aliento.

Col. Aire de serenidad.

AUTOMÁTA m. Mecánica, instintivamente.

AVERSIÓN f. Odio.

B

BANQUETA f. Col. Asiento muy bajo de madera, sin espaldar.

BANQUILLO m. Armazón de madera de cuatro patas sobre el cual se coloca la batea y otros objetos.

BATEA f. Vasija utilizada para lavar.

BENÉVOLO adj. Sin obligación, bueno.

BEODEZ f. Borrachera, embriaguez.

BOLLO m. Col. Masa de maíz cocido en forma cilíndrica y envuelto en hojas secas de mazorca.

BOTINES m. Calzado, zapatos. BUTIFARRAS f. Producto de salchichería criolla, especie de longaniza.

C

CAÑAMO m. Col. Cordel, bramante.

CAPITAL adj. Esencial, fundamental.

CASUCHA f. Casa pequeña y mal construida.

CLARIVIDENTE adj Con sutiliza, agudeza, sagacidad.

CONSIDERACION f. Estimación, importancia.

CORDEL m. Cuerda, lazo.

CORTÉS adj. Atento, afable, agradable.

CONSTELADOS adj. fig.

Llenos, cubiertos.

CUBO m. Col. Recipiente, tina, balde.

CUMBIAMBA f. Col. Parranda. Fiesta o reunión festiva de origen popular en la cual se escuchan y se bailan diversos ritmos de la música costeña. En dichas fiestas se bebe ron o cerveza y al final se remata con un sancocho.

D

DEFICIENCIA f. Falta.

DESALADOS adj. Apresurados, ansiosos.

DESVANECIDA Del v. Desvanecer. Perder el conocimiento, turbarse los sentidos.

DILIGENCIA f. Esmero, cuidado.

DÓCIL adj. Obediente, fácil.

E

EMBOTADA Del v. Embotar.

Col. Entorpecida, debilitada.

EMBRIAGUEZ f. Borrachera.

EMBUTIDOS m. Especie de

chorizo o salchicha.

ENFARDELAR v. Empaquetar mercaderías.

ENIMÁGTICA adj. Misteriosa, obscura.

ESMIRRIADA adj. Flaca, consumida.

ESPECTRALES adj. fig. Fantasmales.

ESPINAZO m. Columna vertebral.

EXHAUSTA adj. Agotada, cansada.

F

FONDA f. Restaurante, comedero. 2. Lugar donde se venden artículos de primera necesidad y bebidas alcohólicas.

G

GRACIA f. Atractivo independiente de la hermosura de las facciones, que se advierte en la fisonomía de algunas personas. 2. Nombre de pila.

GUACHARACA f. Col. Instrumento musical que tiene ranuritas horizontales, sobre las cuales se frota un utensilio llamado trinche.

GUINEO s. Plátano pequeño.

H

HORCONES m. Columnas de madera o pilares que sirven para sostener vigas de construcciones rústicas.

HOYITA f. Col. Hoyo en la

parte inferior de la garganta,

donde comienza el pecho, fig.

Referencia a la vagina.

I

IMPASIBLE adj. Insensible, fría.

INCIDENTALMENTE adv. Por accidente, por casualidad. Fortuito

INCULTO adj. Descuidado.

INDOLENCIA f. Que no duele, apatía.

INTERVALOS m. De tiempo

en tiempo.

J

JAZMINES m. Col. Planta

ornamental de hermosas flores blancas, rosáceas y delicado perfume.

L

LEZNA f. Instrumento de zapatería usado par agujerear, coser y pespuntar.

LISA f. Col. Pez de cuerpo plateado, de agua salada, abundante en la Ciénaga Grande de Santa Marta.

M

MADRIGAL m. Poema corto.
MANIFIESTAMENTE adv Palpable, evidentemente.
MAÑAS f. Astucia, destreza.
MÁRTIR adj. Víctima, perseguida.

MEDIAGUA f. Col. Techo cuya superficie tiene una sola inclinación para la caída de las aguas. Colgadizo, tejadillo.

MEDIASUELA s. Suela nueva que se coloca a un zapato en mal estado, desde la punta del mismo hasta donde comienza el tacón.

MEDRA f. Col. Engordar una bestia con facilidad o dificultad. Ser una persona de buen o mal aspecto.

MENOSPRECIO m. Desprecio, desdén.

METÓDICA adj. Que tiene orden.

N

NIÑA s. Col. Título de dignidad. Es costumbre

costeña llamar Niña a cualquier mujer, aunque sea de edad avanzada (CA).

Ñ

ÑAME m. Col. Tubérculo muy apetecido en la costa del Caribe colombiano que se consume como «bastimento» dentro del sancocho, o con el cual se pre-para una especie de crema llamada mote de queso.

O

OBSTRUIDO m. Tapado, lleno.

P

PESAROSO adj. Arrepentido, con pesadumbre.

PLEGARIA f. Súplica. Oración. PORTILLO m. Puerta pequeña.

PRESTIDIGITADOR m. Ilusionista.

Q

QUEHACERES m. pl. Ocupaciones, trabajo.

R

REFOCILÁNDOSE Del v. Refocilar. Alegrar. Dícese propiamente de las cosas que calientan y dan vigor, fig. Comiendo con entusiasmo.

REFRACTARIA fig. Que resiste todo. Col. fig. Frígida.

REPUGNANCIA f. Asco, repulsión.

REVELABA Del v. Revelar. Descubrir, mostrar.

RISTRA f. fig. Conjunto de cosas en fila. Hilera.

ROBUSTO adj. Vigoroso,

fuerte.

RUDAS adj. Toscas, duras, ásperas.

RUMIABA Del v. Rumiar. Col. Considerar despacio y pensar con madurez una cosa.

RUTINA f. Costumbre.

S

SIGILOSA adj. Con prudencia, discreción.

SOLIDEZ f. Robusto, vigoroso.

SONAMBÚLICA f. Col. Automática.

SOPOR m. Adormecimiento, modorra.

SOSTÉN m. Apoyo, soporte.

T

TINAJA f. Vasija grande de barro para guardar agua, aceite u otros líquidos.

TOLERABA Del v. Tolerar. Soportar.

TRAZÓ Del v. Trazar. Señalar, delinear.

U

USADO Del v. Usar. fig. Col. Usar sexualmente a alguien, con consentimiento o engaño.

V

VAGUEDAD f. Indeterminado, vaporoso.

VIGILIA f. Despierto, en vela.

VIRTUAL adj. Implícita, sobreentendida.

Z

ZARAGOZAS f. Col. Sopa

de fríjoles.

La cabra de Nubia

Jesús Zarate Moreno

-Le doy diez pesos.

Vale quince. Ni un centavo menos.

Diez pesos.

-Quince.

Podríamos partir la diferencia: doce y medio.

-No; quince. Es el único precio.

El joven miró la cabra. Era un precioso animal. A pesar de su cornamenta, tenía un aspecto inofensivo y unos ojos melancólicos, que daban lástima.

-Doce y medio -volvió a decir, dando una vuelta en lomo de la cabra.

Consideraba que valía quince pesos, pero pensaba insistir en doce y medio hasta el último momento. Era una cabra magnífica. La piel brillante, las ubres opulentas, todo denunciaba en ella la selección de la especie.

-Doce cincuenta -dijo por tercera vez.

-Vale quince -repitió el otro, un hombre tuerto, de largos bigotes-. Ni un centavo menos. ¿Dónde consigue usted una cabra de Nubia por ese precio? Si la vendo en eso, es porque necesito el dinero. Mi mujer va a tener un hijo... ¿Entiende? Necesito el dinero.

Al hablar así, el tuerto apuraba un vaso de aguamiel Era forastero, según había dicho; de todos modos, era la primera vez que se le veía por aquellos contornos. Había llegado un

momento antes, tirando de la cabra, orgulloso de ser su dueño, exhibiéndola a los ojos de todos como un ejemplar nunca visto. Después de beber, dejó el vaso sobre el mostrador, sacó del bolsillo una moneda de cinco centavos, y pagó. El tendero se movía con languidez entre las sombras de la fonda. Recibió la moneda, dando las gracias y se retiró al fondo del establecimiento, de donde había salido, a un sitio donde nadie lo veía y desde donde él observaba muy bien a todos los clientes.

-No hay quién le dé más de lo que yo le ofrezco -insistió el joven.

-Es una cabra de Nubia.

-Podía ser una cabra del cielo. No vale más. ¡Doce cincuenta!

-Bien... Es suya. Me ha convencido. Necesito el dinero, y no hay remedio. Puede llevársela.

El tuerto contó el dinero. Doce billetes de un peso, y cinco monedas de diez centavos. Revisó los billetes minuciosamente uno a uno, mojándose los dedos con saliva al repasar su valor y comprobar su autenticidad. Después los levantaba a la altura de los ojos y los examinaba al trasluz, sosteniéndolos en el aire, con cómica desconfianza.

-Son legítimos -dijo el comprador.

-No lo dudo -replicó el tuerto-, Pero es mejor estar seguros. Hay muchos falsificadores.

- ¿Podría hacerme un favor?

-Con mucho gusto, si Dios quiere -dijo el tuerto.

No puedo llevarme la cabra ahora. Vendré mañana n buscarla, en un camión. Dejo su valor y mañana a las tres vendré a llevarla. ¿En dónde vive usted?

Aquí me encontrará.

Inmediatamente se despidieron. El joven echó una ojeada a la cabra. Estaba orgulloso con la adquisición. Le parecía que había engañado al vendedor. La cabra, sin duda, valía mucho más del precio que había pagado por ella. “Mañana, a las tres”, volvió a decir al salir. Un momento después, en la carretera, se sintió la marcha del motor del automóvil en que viajaba. El auto dejó al pasar una nube de polvo, cuyas briznas invadieron la tienda, haciendo estornudar a la cabra.

-Otro vaso de aguamiel -ordenó el tuerto cuando estuvo solo.

El propietario emergió de la sombra, detrás del

mostrador. Buscó un vaso y lo enjuagó en una olla. Luego tomó un cucharón y lo hundió en el barril burbujeante y llenó el vaso con el líquido fermentado. Después de dejarlo sobre el mostrador volvió a perderse en la sombra.

- ¿Quién es el que me ha comprado la cabra? -preguntó el tuerto.

Nadie contestó.

- ¿Quién es? -insistió-. Estaba aquí, conversando con usted, cuando yo llegué. Supongo que lo conocerá.

El ventero volvió a aparecer. Mordía un terrón de azúcar. Al hablar, las palabras chirriaban en su boca, cuando los dientes chocaban contra partículas de azúcar retrasadas en la salivación calmosa.

-Es un loco -dijo.

- ¿Cómo?

-Un loco.

-No lo parece. Es muy joven...

- ¿Los jóvenes no pueden ser locos? ¡Qué criterio!

-No me dejó terminar. Iba a decir que es una desgracia que sea loco, siendo tan joven. Pero... ¿De dónde saca usted

que sea loco?

-Su padre era muy rico. El hombre más rico de la provincia. Al morir le dejó todos sus bienes. Ahí donde usted lo ve ahora, bien vestido, con camisas de seda, con automóvil y todo, no tiene dónde caerse muerto...

En ese momento se sintieron pasos en la carretera. Era ya un poco tarde, y el sol se alejaba de la fonda rural, rodando por el campo, como una bola de fuego. En el río, bajo el puente, cerca de la fonda, se bañaban varios chiquillos. Gritaban con vivo entusiasmo, pero el viento cálido se llevaba sus palabras muy lejos; y hasta allí sólo llegaba el ceceo apagado de las voces. Los pájaros regresaban a los aleros de la casa y penetraban en sus nidos, con precisión y seguridad de flechas aladas.

Tres hombres entraron en la tienda y pidieron cerveza. Uno de ellos ocupó una silla y se dedicó a afinar la bandola que llevaba. Sus dedos acariciaban las cuerdas de la bandola y de las tripas de cobre del instrumento surgían diversos sonidos, destemplados unos, armoniosos otros, todos torpes e imprecisos.

- ¡Hermoso animal! -dijo uno de los recién llegados, mirando la cabra.

Los otros la contemplaron y alabaron la elástica finura

de sus miembros. El tuerto levantó la soga con que la tenía atada, tratando de atraerla. Pero la cabra se resistió y dio muestras de mal humor al verse arrastrada a la fuerza.

¿La vende? -preguntó el hombre que había hablado untes.

¡Veinte pesos! -respondió el tuerto.

-Quince.

- ¿Quince pesos, una cabra de Nubia? Ni pensarlo.

- ¿Quién dijo que ese animalejo era de Nubia?

-Se la compré al gobierno. Es de las que importó el gobierno para mejorar las razas criollas. Vale cuatro veces más, pero yo la vendo porque necesito el dinero. Mi mujer va a dar a luz... ¿Entiende? Vale veinte pesos.

-Quince.

-Bueno. Ya que insiste, se la dejaré en quince. Es suya.

El ventero lo miró, asombrado de su audacia. Luego se hundió en la penumbra porque no le gustaba ser testigo de los negocios que se ventilaban en la tienda. Le bastaba vender, sin oír ni ser oído, ni meterse en los asuntos y discusiones de los campesinos y tratantes. Nunca salía del fondo del establecimiento, ni siquiera para comer; su mujer decía que

estaba abotagado por falta de sol y ejercicio y que un día iba a reventar como una vejiga. El de la cabra contó los billetes, esta vez sin dificultad, porque se trataba de tres billetes nuevos de cinco pesos.

-No puedo llevar hoy la cabra -dijo el nuevo comprador-. Tendré que venir mañana por ella. Es muy tarde para llevármela, y no tendría dónde dejarla esta noche. ¿Vive usted aquí?

-No: al otro lado del río. Pero no importa. Vendré mañana a las tres.

-Para seguridad de todos -propuso el hombre de la bandola- podría dejarla aquí mismo, en los corrales de la casa.

- ¡De ninguna manera! -gritó el ventero desde la sombra-, Los corrales de la casa están llenos, y a mi mujer no le gusta que guarden animales en ellos, sin su consentimiento...

-Mañana a las tres estaré presente -dijo el comprador-. Ha hecho usted un buen negocio: lo felicito. Quince pesos son una buena suma. ¿Cómo se llama?

-Francisco Quintana, servidor.

-Gracias. ¡Mañana, a las tres!

Los hombres se pusieron en marcha. El tuerto sacó un

cigarrillo, lo partió en dos, y guardó uno de los cabos, encendiendo el otro. El ventero volvió a salir. Movía su gordura con perezosa fatiga y respiraba con dificultad, mordiendo un terroncito de azúcar.

- ¿Qué ha hecho usted? -dijo el tendero.

-Me hace daño fumar mucho -replicó el tuerto-. Partiendo los cigarrillos, fumo menos.

-No me refería a eso. Le preguntaba por qué ha vendido la cabra dos veces, en mis propios ojos. Es una porquería lo que usted ha hecho.

- ¿Le parece? -alegó el tuerto con cinismo.

-No quiero saber lo que va a pasar. ¿Qué piensa hacer?

-Nada.

- ¿Cómo, nada? ¿Qué es eso de nada? No me gusta meterme en lo que no me importa, pero el negocio se ha hecho en mi casa. Si los gendarmes me preguntan, se los diré todo.

El tuerto tomó el vaso de aguamiel y lo agotó de un sorbo. Se limpió los labios con un pañuelo rojo y chupó el cabo del cigarrillo.

-Ya es de noche -dijo.

- ¡Qué noche ni qué diablos! -gruñó el ventero de mal humor-. Estoy hablando de otro problema. ¿Qué va a hacer mañana cuando lleguen los compradores?

-No estaré aquí. Es todo lo que digo.

- ¿De dónde sacó la cabra? Porque a mí no me viene a decir que se la compró al gobierno. Diga: ¿de dónde la sacó?

-Ya lo ha oído: la compré en la granja del gobierno.

-Se la robó. Nadie me quita de la cabeza que se la robó. Desde que lo vi aparecer me di cuenta de que era usted un cuatrero. Y ahora la vende dos veces. ¿Qué va a hacer?

-Podría arreglarlo todo muy bien, trayendo mañana otra cabra igual a ésta. Pero los compradores me han tomado por un cretino, y se han ido convencidos de que me han estafado. Mañana, a las tres, les van a crecer las narices... No les quedará más recurso que contarse sus penas.

El ventero no sabía qué pensar. Había conocido muchos pillos y vagabundos, pero aquel se presentaba ante sus ojos como un completo bribón. Y no obstante su recelo, se sentía atraído por la simpatía y el descaro del cuatrero.

- ¿En dónde encontró la cabra? -preguntó el ventero.

-Al otro lado del río.

- ¿Entonces, reconoce que se la robó?

-No tanto. Yo venía hacia este lugar, y ella estaba en la carretera, y balaba tristemente, muerta de hambre. Me sentí conmovido y la recogí. No la he robado.

-Eso está bien dicho. Pero no veo cómo va a salir usted del trance.

-Todo resultará bien. Tengo buena suerte. ¿No le gustaría quedarse con la cabra? Se la vendo. Muy barata.

-No compro bienes robados.

-Diez pesos. Es una ganga.

- ¿Qué haría yo con ella? Mi mujer tiene muchas cabras en el corral. No necesitamos más de las que tenemos.

-Cómprela. Diez pesos: una ganga.

-Y mañana, ¿qué diría, cuando vengan los otros?

-A usted no le importa. Usted no ha negociado con ellos, y es un hombre honrado, a quien todo el mundo conoce.

- ¿Diez pesos? -preguntó el ventero, tentado por la oportunidad.

-Eso. No hago rebaja.

-Mi mujer tendrá un disgusto, por hacer negocios en su ausencia. Está en el pueblo, y no tardará en llegar. Es de muy mal genio, ¿sabe?

-No pasará nada. Ella estará contenta de haber comprado una cabra en tan buenas condiciones.

Lo convenció al fin. El ventero le indicó el sitio en donde debía dejar la cabra, al otro lado de la carretera, en el corral, a cien metros de la casa. El tuerto penetró allí y amarró la cabra en una estaca, detrás de unos montones de paja. Luego, muy contento, regresó a la tienda, recibió el dinero y encendió el cabo de cigarrillo que le quedaba. Por fin se despidieron, haciendo al propietario muchas reverencias.

Avanzó silbando, por la carretera, muy despacio, como si no tuviese prisa en llegar al sitio a donde se dirigía. En el puente se detuvo y escupió sobre el río. El ventero lo veía, en el claroscuro de la noche incipiente, reclinado sobre la baranda del puente, fumando la colilla con tranquilidad meditativa.

Después lo perdió de vista. Veinte minutos después llegó el bus, y se detuvo un momento frente a la casa. Principiaba a llover. La esposa del propietario, una gorda tan perezosa y grasienta como él, se bajó del bus; y como al bajarse, antes de asentarse en la tierra, aquél siguió la marcha, la gorda rodó, por la carretera, gimiendo. De la mochila que

llevaba rodaron al caer botellas de ron, paquetes de velas y barras de jabón. La mujer recogió las compras, en la oscuridad, y se dirigió a la tienda, vociferando contra el conductor del bus.

-He comprado una cabra -informó el marido con notoria timidez.

- ¿Dónde está?

-En el corral.

-Voy a verla. ¿Cuánto costó?

-Diez pesos.

- ¿Diez pesos? ¿Una cabra?

-Es de Nubia.

- ¿De qué?

-De Nubia.

- ¿Qué es eso?

-Así decía el que la vendió. Debe ser la raza...

-Voy a verla.

Encendió una vela, se echó sobre la cabeza un papel encerado, y se dirigió al corral, cruzando la carretera.

Un momento después estalló en el corral una algarabía

de dicterios y lamentaciones. El ventero sudaba sin moverse, y sin comprender lo que pasaba. Veía la luz de la vela que se agitaba en el aprisco, en una y otra dirección, y observaba cómo el viento arrastraba la llama, dándole la transparencia azulosa de un fuego fatuo.

- ¿Qué ha pasado? -preguntó, cuando la mujer estuvo de regreso.

- ¡Imbécil! -gritó la mujer.

- ¿Quién?

- ¿Quién ha de ser? ¡Tú, imbécil!

-No entiendo.

-Ya comprenderás... ¡Imbécil! Has comprado una cabra que te pertenecía. Y después de que la has comprado, te la han vuelto a robar. En el corral falta una cabra. ¡La mejor que tenía!

-No buscarías bien. Voy yo mismo...

- ¿Tú, barrigón inútil, que ni siquiera sabes lo que tienes y lo que compras? Yo lo había sospechado cuando me hablaste del asunto. ¡Imbécil! ¿A quién se le ocurre comprar lo propio?

El principiaba a comprender. No dijo una palabra más. Se sentía abatido, doblemente engañado por el desconocido. Y no se atrevía a contar a su mujer que aparte de lo que ella había

descubierto, la cabra había sido vendida dos veces en su presencia.

Esa noche, en el lecho, el ventero pensaba en los caprichos de la vida. Reconciliado con su esposa, a quien había logrado explicar su inocencia y su buena fe, sentía muy cerca la respiración de la mujer, y el copioso volumen de su opulencia carnal.

Oye -le dijo-. Hemos debido perseguir al ladrón. No debía estar muy lejos cuando tú llegaste...

Con esta noche no salen al campo ni los perros.

¿Tú crees que la cabra fuera de Nubia?

Fuera lo que fuera, ya no la tenemos. Y además, tú has dado diez pesos al que se la robó. Es triste ser la mujer de un hombre como tú. Trabaja uno todo el año, de día y de noche, para que venga un ladrón y se robe las cabras en las propias narices del dueño. Habrá que avisar mañana a la policía. ¿Cómo era el ladrón?

-Era tuerto, vestía de dril blanco, y llevaba bigotes largos, casposos.

- ¿Tuerto dices?

-Sí; ¿por qué?

-En el bus iba un hombre tal como lo describes, y llevaba una cabra. Pero no era tuerto. Debió fingir que le faltaba un ojo para que no lo reconocieran después... Subió a un kilómetro de aquí, y pagó doble pasaje, por él y por la cabra; y como no había sitio, la puso sobre las rodillas como a una criatura...

- ¿Y tú, desgraciada, te encuentras con tu propia cabra y no le echas mano al ladrón? ¿Cómo explicas eso?

-Yo no sabía que era mi cabra. ¿Cómo iba a saberlo? Ni siquiera miré al animal. Estoy ahíta de lidiar cabras. Y, sobre todo, no me hables así. El responsable de lo que ha pasado eres tú. Ni siquiera te diste cuenta de que el cuatrero no era tuerto... ¡Qué inteligencia!

El la oía murmurar, y las palabras de su esposa le daban una sensación de doliente inutilidad. Afuera llovía con extraña intensidad, y el agua de las acequias caía desde el barranco, sobre el río, con inquietante violencia.

El ventero trató de buscar un recurso para atraer el sueño, y al encontrarlo, no pudo dejar de sonreír en la oscuridad. Un monótono rebaño de cabras holló los senderos aletargados de su mente, y contándolas, una a una, logró quedarse dormido, molido el cuerpo por la fatiga, limpia el alma de todo rencor.

Tomado del libro Los mejores cuentos colombianos, Tomo II, 2o Festival del Libro Colombiano. Biblioteca Básica de Cultura Colombiana, Bogotá. Sin fecha de publicación. (Posible año de publicación: 1959).

Biografía

Jesús Zárate Moreno nació en Málaga (Santander) en 1915 y murió en Bogotá en 1967. Fue periodista, escritor y diplomático. Con sus cuentos de estilo sencillo y limpio logró mostrar la sicología, las formas de vida y el temperamento del hombre de la provincia colombiana, planteando problemas reales, sin fantasías ni truculencias. Sus cuentos, escritos con humor e ironía, dejan en el lector la sensación emotiva de una comedia.

La cabra de Nubia recrea, precisamente, lo anterior.

OBRA: No todo es así (Cuentos, 1948); Un zapato en el jardín (Cuentos, 1948); El día de mi muerte (Cuentos, 1955); El viento en el rostro (Crónicas periodísticas, 1953); La cárcel

(Novela póstuma, 1972); El cartero (Novela póstuma, 1973).

La cabra de Nubia • Jesús Zárate Moreno

Glosario

ABOTAGADO Del v.r. Abortarse. Hincharse del cuerpo.

ACIQUIAS f. Zanjas por donde van las aguas. Arroyos.

AGUAMIEL f. Guarapo o aguardiente de caña.

A11ITA adj. fig. Cansado, harto de una persona o cosa.

ALETARGADOS Del v. Aletargar. Adormecido.

ALGARABIA f. fig. Alboroto, gritería confusa.

APRISCO m. Establo.

BALABA Del v. Balar. Dar balidos. Voz de la cabra.

BRIBON adj. Haragán,

pícaro, pillo.

CASPOSOS adj. Llenos de caspa.

CECEO Del v. Cecear. Pronunciar la s como c. fig. Col. Rumor, murmullo.

CINISMO m. Sin vergüenza, con descaro.

CLAROSCURO m. Mezcla de sombra y de luz.

CONTORNOS m. Alrededores.
CORNAMENTA f. Cuernos de algunos cuadrúpedos.

CRETINO adj. Necio, estúpido. CUATRERO adj. Ladrón de ganado.

DICTERIOS m. Insultos, injurias.

FATUO adj. fig. Fuego fatuo. Llama ligera y fugitiva.

FONDA f. Cafetería, bar. fig. Tienda.

FORASTERO adj. Que viene de fuera, fig. Extraño, extranjero.

GENDARMES m. Guardias o agentes de policía.

HOLLÓ Del v. Hollar. Entrar, pisar, fig. Abatir, humillar.

INCIPIENTE adj. Que empieza.

IRONÍA f. Burla, sarcasmo.

LANGUIDEZ f. Apatía, pereza. MELANCÓLICOS adj. Tristes, nostálgicos.

POSTUMA adj. Publicado después de la muerte del autor.

RECELO Del v. Recelar. Sospechar, temer.

RURAL adj. Relativo al campo. TRANCE m. Apuro, aprieto, conflicto.

TRASLUZ m. Transparencia. TRATANTES s. Negociantes. UBRES f. Nombre de las tetas de los mamíferos.

VENTERO m. El que cuida de la venta, fig. Tendero.

La venganza

Manuel Mejía Vallejo

A veces trataba de olvidar que buscaba a un hombre para matarlo. Sin embargo seguía de pueblo en pueblo, de hacienda en hacienda, con un odio que ya me cansaba los ojos.

-Se necesita querer a una persona para buscarla tanto opinó alguien.

-Tal vez odiarla mucho -dudó otro. Y a mi pregunta respondían:

- ¿Un gallero de cuarenta y cinco años? Hay tantos galleros de cuarenta y cinco años.

Miraban mi alta estatura, se miraban ellos.

-En algún cruce tropezará con él.

Por eso continuaba trillando caminos de pueblo en pueblo, de finca en finca. Tal vez esos caminos me han dañado, en ellos recogí emociones que me hicieron más hombre. O menos hombre, según se mire. Algunas se pegaban dentro, sin maltratar; otras me incomodaban, se hacían cuerpos extraños, pero de nadie más, como remordimientos.

-A las Ferias de Tambo irán los mejores galleros -dijo alguien. Y cuando tuve la seguridad de que allí encontraría al que debía morir, con la yema de un pulgar

probé largo rato la punta de mi cuchillo.

- "...Los mejores galleros". Desde pequeño me despertaban los cantos de los gallos, entre ellos crecí, ellos me fueron enseñando el camino del hombre. Mi madre les echaba maíz como si alimentara recuerdos.

Días. Meses. Años.

-Deberías venderlos -le dije por decir. Terca en la fidelidad a su pobre historia, respondió:

-Él vendrá por sus gallos cualquier día, Aguilán sigue cantando.

Toda ella parecía irse al mirar por la ventana.

- “Mañana volveré, no hay uno igual” -le dijo el desconocido años atrás. A veces yo hablaba a solas para adivinar aquella voz, apretaba los ojos para adivinar los pasos del regreso. Pero nunca regresó por su gallo. Nunca regresó por ella.

Y se arrastró el tiempo, y Aguilán no atacó más su sombra, y se mellaron las espuelas, y perdió las plumas negras de su cola roja, y una mañana el pico amaneció clavado en el polvo. Mi madre lloró, cortó las espuelas y las clavó en la pared junto a las del desconocido. Pero otros hijos de Aguilán cantaron en los corrales y mi madre los crio empecinada.

-Algún día vendrá por ellos.

-No vendrá.

- ¿Crees que iba a dejar olvidado su mejor animal de pelea?

-Madre, ya murió, Aguilán está muerto.

-Qué sabe uno...

Ese hombre le había dañado su destino, había dañado el mío. Desde que oí por primera vez el canto de los gallos, desde que una voz empezó a contestar dentro como si aquel canto me perteneciera. Tardes y tardes pasé en los corrales espantando la voz, pero el camino estaba marcado: también yo sería gallero.

De ahí en adelante la vida fue espuelas, crestas, picos, plumas. Plumas de rojo quemado, plumas jaspeadas, plumas saraviadas, plumas de gallo peleador. Y seleccionaba los que a picotazos destruían su imagen en los charcos, los que atacaban su sombra y curvaban cuatro plumas negras en su cola roja. Al verme adiestrándolos, mi madre pronunciaba un "Igual al otro" con vaivén de cabeza. Ignoré si se refería a mí o al gallo de turno.

Por instinto sabía volverlos más combativos. Al enterarse de que era el ganador en el vecindario, ella decía palabras que formaban parte de su mismo silencio: - "Tenía que ser así". Porque yo estaba marcado. Como los gallos que nacen para matar o para morir peleando. Y no reclamaba. Sabía que alguien torció muestro camino, que nosotros torceríamos el de alguien, con o sin culpa.

Aunque la vida era amable al tender la soga a las reses en estampida, al oír el viento en la crin de los caballos, al sentir el olor de la madera, no dejaba de transferir mi odio; por eso al lidiar toros y muletos duplicaba mi fuerza imaginando que dominaba al desconocido. Hasta los picotazos de mis gallos me vengaban, era él quien los sufría. - “El día señalado nos veremos frente a frente, y morirá” -juré, niño todavía. Y amolaba despaciosamente espolones y cuchillos mientras miraba a cualquier punto.

Días. Meses. Años.

Aún creo recordar el brillante sonar de las espuelas de mi padre sin figura, las de los vaqueros, las corvas espuelas de Aguilán. Cuando en las noches me tendía sobre la hierba, fijaba en dos estrellas los ojos porque las estrellas se me hacían rodajas metálicas. Entonces rayaba la hierba con los talones, vengativo. Sin embargo, en ocasiones luchaba por resignarme a oír a mi madre hablar de cuando el forastero le entregó el gallo y le dijo - “Es de la mejor cuerda, volveré”.

Pero detrás mi sombra decía: - “Hay que encontrarlo". Porque al formarme en el odio tuve que aceptar el engranaje, vivir en mí como en casa ajena. Por lo menos esto había llegado a comprender: debía recorrer mi pesadilla, hundirme en cada hora como en el barro, llenar este espacio para el grito.

lo llené con odio desde que oí cantar los gallos, desde que vi a mi madre echarles maíz como si se desgranara, desde que me hice vaquero. Por eso cuando dijeron: - “Irán los grandes apostadores a las Ferias de Tambo”, con una alegría cansada agarré camino, el gallo bajo mi poncho veranero, entre el cinturón y mi piel el cuchillo para el que un día prometió mentirosamente: “Dejo el Cuatroplumas en prueba de que volveré”. Porque desde esa promesa mi madre no tuvo otra vida que la de Aguilán. Meses, años de diálogo sin objeto:

- “¿No oyes zumbar la candela?”

- “Sí, madre, zumban los leños en el fogón.”

- “¿No te lo dije? Es señal de que vendrá” -y descolgaba las espuelas del desconocido.

- “Nadie llegará, madre, estamos solos. ¡Solos!” -alzaba yo la voz al verla tan ingenua.

Y nadie llegaría. Comíamos pan duro, comíamos silencios duros con la sopa sobre un mantel de cuadros amarillos y rojos, remendado una y cien veces junto a la ventana. Nunca la ausencia de aquel hombre dejó de llenar el rancho, nunca una alegría sin mancha llegó a nuestra mesa gris.

Y cuando las afueras del pueblo se hicieron pequeñas, salí lejos a ganar dinero con qué apostar a mi gallo. Amansaba

potros y muletos, arreaba ganado, organizaba tundas de cartas y dados, no perdía carnavales ni ferias, pin a decir cuando encontrara el desconocido:

Lo juego todo a mi gallo.

En Aguilán habría de jugarme esa cosa amarga que era mi vida.

Y ahora el día estaba conmigo, con las primeras casuchas de Tambo, a medio destruir. En las arenas del cauce saqué el gallo para darle aire, para que se desentumeciera y mandara un canto al rescoldo del mediodía.

Sobre un filón de lava una iguana se secaba al sol, tostado ya su color verde. Cuando le arrojé un pedrusco, se escabulló por el cauce. También en el pueblo estarían durmiendo como iguanas la siesta, sobresaltada por los cohetes. Cualquiera hora sería de siesta en la modorra de Tambo.

-Aguilán -dije levantándome-, se acerca la hora.

Del pueblo rodaba una rara canción. “La cantará uno que no quiere llorar, ni morirse”, reflexioné avanzando por sobre troncos de lava. “Milagro que viva el pueblo tan cerca de un volcán.” Alguien aporreaba con un palo dos cueros que servían de acompañamiento a la canción. Más adelante avanzaba un hombre de una sola mano -sería sepulturero- con

la pica al hombro, el muñón en la frente, para enjugarse. La sombra de In pica culebreaba en el suelo.

El camino de lava se volvió calle, en la calle había sol y frases de personas invisibles: - “¿Lloverá está semana?”. - “¡Qué va a llover!”. - “Tal vez ceniza del volcán". - “Tal vez candela”.

A la sombra se despaturraban dos gallinas, un ala desplegada, la otra barriendo el polvo. Tres hombres en actitud descuidada hacían sombra contra una pared revestida de cal sólo a parches. Sobre sus cabezas un letrero en madera: Tienda y Cantina. Más adelante, la fonda de los galleros, así lo supuse por el aviso: El Gallo Rojo. Al llegar al portón, mi sombra se recostó en el suelo como un largo cansancio.

Sólo una muchacha aguardaba detrás de los estantes.

- ¿Qué se le ofrece? -preguntó con dejo de quien no está acostumbrado a ser amable por obligación. Un tablón chirrió con mi peso, con mi peso traqueteó un taburete. Las piernas se estiraron, sobresalieron las botas con polvo y barro seco, resollé.

- ¿Qué desea?

Las cosas circundantes significaban más que la muchacha, eran mi prolongación.

-... El día señalado... -repetí para mi venganza.

Estalló un cohete de feria, aspiré un olor a pólvora, a piña agriada, a cerveza, a mangos maduros.

- ¿Cómo dice? -volvió a preguntar. Los cascos de un potro manchado repicaron en la calle. Una de las gallinas salió corriendo, la otra apenas se rebulló.

- ¿Aquí se reúnen los galleros? -pregunté a la muchacha en lugar de responderle.

Es ya que llenan esto -informó sin largar un trapo con que aparentaba desempolvar los taburetes y calculando mi estatura. Era denso el olor de ceniza. Volvió a retumbar el volcán.

Feo ese animalón bramando cada cinco minutos dije Ella sopló un cadejo que se le venía a la cara y miró el cielo visible por un ángulo del techo.

Dicen que el sol quema pájaros en pleno vuelo, caen del suelo chamuscados.

Con las manos remedó alas que se quiebran. En su presencia disminuía el calor.

Deme algo de beber, y de comer, he caminado mucho.

Ahora la observaba. Ella disimuló restregando el estante. Me pareció blanda la tarde: era como si tocara sus senos a la orilla de un río. Mientras servía, y para espantar mi fijeza, preguntó refiriéndose al bulto de mi poncho:

- ¿También es gallero?

En su tono había esperanza de que lo negara, por eso dio la espalda cuando asentí, sin hablar. Algo mío, sin embargo, descansaba en la muchacha.

-Los martes de feria atiendo esta fonda -dijo abanicándose-, porque papá sale a reunir galleros.

Galleros, cohetes, la cercana muerte... Los minutos empezaron a alargarse como si los estiraran de las puntas, como en las grandes esperas. En la trastienda hervía agua en una olla de barro. "Allí sancocharán los gallos que resultan muertos", imaginé con fastidio. Un vaho extraño flotaba en derredor. No sé de dónde venía al pueblo tanto humo. "Candelas de verano", pensé, aunque podía ser una sensación de olor.

- ¡Helados! -pregonaron en una esquina-. ¡Helados! La voz soplaba como viento. Por la calle pasaban bultos blancos, negroides, mestizos. Ninguno de ellos reflejó a mi madre, a su silencio junto a la ventana, a mí mismo

-Pueblo raro -comenté por no callarme. Alguien, lejos, tocaba un tambor. Recordé los cueros de res en las afueras, la barriga de iguanas y caimanes, un perro con el buche inflado de muerte.

-Es un pueblo con maldición -dijo retorciendo el trapo-. Él manda en este infierno. Él y el Sargento, y esta sofocación... ¡uff!

El reverberar seguía llegando con el humo. Venía del almendro, del volcán, de los cohetes, de las piedras con matas de humo. Humo de verano. Candelas en las nubes tostadas.

- ¿Quién es Él?

Templó sus labios para endurecer las palabras:

-El Cojo. Hace lo que le da la gana en la fonda, en la gallera, en las ferias, en todas partes. Ya lo conocerá.

Personas invisibles hablaban de ganado, de riñas, de asesinatos, de la sequía. Por una tapia asomaban dos muñones de cacto. El reflejo del sol hería en los techos de zinc, en los casquetes de botellas, en la pica del enterrador. La otra gallina se desperezó antes de escurrirse por un portillo.

- ¡Helados! -volvieron a gritar más cerca, pensé que con mi propia voz. La lengua de la muchacha recorrió los labios.

-Eran famosas las Ferias de Tambo. La gente no volvió por miedo del Cojo. Esto se llena sólo de tahúres y galleros y matones.

La sentía cansada de sus horas, del calor, del oficio de tanta gente. Se suavizó al oír el canto.

-Siempre la misma canción. Está loco, el pobre.

- ¿De qué enloqueció?

-De miedo, dicen. Tocaba en la Banda Municipal, ahora no hay banda.

Dos cohetes estallaron en el cielo amarillo.

- ¿Miedo de qué?

Subió los hombros y mordió un mango que arrojó a un balde. Seguimos en el aire la trayectoria de la fruta.

-De Tambo, del volcán, del Cojo. Matan, hacen pesada la vida.

Cuando el mango dio contra el asiento del balde, aplaudió con un asombro infantil que borró al ver asomar una iguana por la puerta del fondo.

- ¡Fuera sapo estirao! -exclamó aventándole el trapo, sonreí a su reniego-. De todas partes salen iguanas, qué

pesadilla.

-En el río tiré cascajos a una, salió dándose qué aires.

-Se creería un caimán.

Imaginaba que debajo de cada piedra y cada raíz se encontraría un alacrán, que arañas y ciempiés se turnarían los chinchorros de los niños, que el tiempo se medía a retumbos de volcán. Las noches de Tambo deberían jadear como perros con fiebre, como yo estaba por hacerlo cuando advertí que la muchacha me observaba. Hice buches de aire.

-Tambo, los otros, da lo mismo. Hombres, pueblos, gallos...

Miró como si abriera una puerta. Quizá le interesó este actuar y vivir alejado de mi vida, este aspecto de que todo viene señalado.

La muchacha caminó con paso lento, largo, de jaguar

al mediodía. Fue sensual su mirada, su desperezamiento, el ceñirse de la falda contra los muslos. Y su aire inexperto.

- ¿Ha viajado mucho?

-Desde los doce años.

- ¡Doce años! Ni gitano que fuera.

-Busco a un hombre. -Apreté el cuchillo-. Lo voy a matar.

No le sonó esto. Harto de odios vivía Tambo para hablar de nuevos odios. Volví atrás un minuto. Cien caminos recorrí, cien más en busca del desconocido Llanos, colinas, cerros. Desde cada cerro veía más lomos cordilleranos. Y cada lomo cordillerano era como un inmenso vuelo de montes.

- ¿Ha estado en los páramos? -preguntó.

-He vivido en páramos.

-Deben ser buenas las tierras altas. Suena sabroso la palabra páramo, es fría. -Tiró al balde otro mango-. Esto hago, pues.

Distendió el labio inferior, los dientes brillaron:

-Cuando hay nubes me entretengo en dibujar con ellas a los tipos de Tambo. -Trató de buscar una nube para demostrar su juego. También yo había hecho lo mismo a campo raso, pero las nubes sólo dibujaban gallos, un mantel, puños cerrados, el fantasma del desconocido.

-No hay nubes en este verano -dijo-. Sería bueno formar animales con ellas. -Elevó una mano al cuello, los dedos

recorrieron sus venas-, ¿Conoce bisontes? Cuando hay tempestad formo bisontes y anacondas y dantas. No los he visto pero me gustan sus nombres. Cuando hay relámpagos, en las nubes salen muertos.

Quitó del cuello la mano bruscamente, recordó algo, los dedos regresaron al cuello, apacibles. Echó al aire una pelusa, la sopló como besando el aire. Viéndola sentí el sabor de la música en las tierras altas, parecida a viento y a lluvia entre los árboles.

Al servirme, le noté en brazos y manos las señales del trajín casero: uñas gastadas, pequeñas cicatrices de quemaduras de la plancha, dedos fuertes de escurrir ropa, barrer y fregar. Me trajo la sensación de esa vida común en que el día es trabajo y descanso la noche, en que cada hora tiene su sabor y su oficio incambiable. Lo que esas manos tocaran se convertiría en hogar.

-Esta tienda es de mi papá -dijo-. Mi papá fue el mejor gallero.

Algo se sacudió violentamente en mí. También Aguilán se conmovió a la presión de mi mano. Y al oír que algunas personas se acercaban, mi cuerpo se enfrentó a la puerta, menos los ojos que buscaban signos familiares en la joven. Únicamente cuando el ruido estuvo a pocos metros retiré de la

muchacha la vista. La suya me seguía, en guardia. Escuchábamos el brillo de las espuelas en la piedra, el cambio de los pasos: sobre el cascajo, sobre el chasquido de los cuescos de coco, sobre la acera. Pasos pesados contra el maderamen, a la sombra.

Bajo los sombreros diez rostros fueron llenando el establecimiento. Parecían empotrados en el sonar de los tacones. La sensación de humo aumentó con sus cigarros, con las rodajas de sus espuelas que sacarían chispas si chocaran en unos ijares. Iban acomodándose con lentitud sin perderme de vista, aunque dieran la espalda. - "Les habló el enterrador", pensé al verle el muñón en el filo de la pica. Entre el quejido del tambor los ruidos fueron trasparentes: vasos contra vasos, vasos contra el cuello de la botella, el gorgoreo, un cañón de revólver contra un vaso.

-Ya está, muchacha -le dijo un cincuentón indicándole que podía salir, y se situó detrás del estante para servir aguardiente a los recién llegados. El sudor resbalaba en pequeños arroyos.

Llevé el pañuelo a mi frente, aliviado porque no podía ser éste el tipo a quien buscaba. Cuando la muchacha retiró mis trastos, susurró:

-Quiero que gane su gallo.

Bajo mi poncho apreté una mano que no existía.

- ¿Hablaremos después? -le pregunté señalando vagamente el cañaduzal. Ella ladeó las pestañas, creo que ofendida, y salió a la calle. Cerré los ojos para oír mejor sus pisadas. Mi mano pasó del cuchillo a las plumas de Aguilán, sobre ellas aprendían a perdonar viejas historias.

- ¿Qué trae escondido, forastero? -dijo insolentemente alguien, alto, pálido, de grandes bigotes que parecían artificiales: su rostro intranquilo revelaba un invisible rebullirse a pesar de su quietud aparente, como si la muerte le caminara en el estómago.

-Un gallo de pelea -contesté con ganas de levantarme para seguir a la joven. Ellos removieron sus taburetes. El tablón chirrió con mi peso.

- ¡Helados! -gritó un negro que arrastraba su carretilla blanca y sucia, pero continuó su camino al ver a los buscapleitos. No pensé: - "Va un negro vendiendo helados" sino: - "Lo chamuscó el sol". Únicamente al lato volvió a oírse el pregón como una tinaja de agua sobre carbones al rojo. Y con el pregón el golpe de un palo contra seis cueros.

-Dice que trajo un gallo de pelea -embromó el de bigotes ahumados rayando los corvejones con sus espuelas.

Los otros que aflojaron el barboquejo, empujaron atrás los sombreros y dejaron las manos cerca de cualquier empuñadura. El trato con gallos de riña me enseñó a manejar el cuchillo y a conocer a los hombres: aquellos tenían ganas de matar. Yo quería seguir a la muchacha, mi pelea no debía ser con ellos. Por eso dije al pisar el escalón de salida y quebrar con la suela un cuesco de algarroba:

-Nos veremos en la gallera.

Y abandoné el Gallo Rojo, la cara hacia los pedregales del volcán donde crecían para las nubes unas matas de humo. Cuando me perdí con la muchacha en el cañaduzal, el sol tumbaba el humo, tumbaba las sombras contra el suelo rajado. Lejos cantaban la extraña canción.

Al contacto de mi mano, las plumas de Aguilán tenían la aspereza de las hojas de la caña, la suavidad que tenía la piel de la muchacha, al sol de Tambo.

Desde hacía rato me había apostado en la última grada de la gallera. Observaba la gente, las telarañas, las grietas murales de los terremotos. En los muros agrietados del pueblo se retorcían millares de alacranes, de arañas, de lagartijas. Observaba las tapias desconchadas, sus costillares de guadua y cañabrava, una tira de papel inmóvil en una alta viga; si se hubiera movido, me habría refrescado. Pero en Tambo no

entraba la brisa, entraban el humo, el chillar de los grillos de verano, el golpe del tambor.

Desde mi sitio distinguiría al desconocido, entre mil pasos los pasos suyos, el color de las botas, el sonar de sus espuelas. Siempre las soñé. - “Madre, quiero medírmelas”. - “Cuando crezcas, hijo”. Tal vez ella pensara que eran espuelas para andanzas sin retorno. Únicamente pude calzarlas cuando el tiempo de la venganza se hizo caminos. “¿No oyes, hijo, no oyes?” - preguntaba incorporándose, con ese dolor noble que tienen los ojos de los perros heridos. - “¿Qué cosa?” “¿No oyes pisadas de caballo junto a la puerta?” - “Ningún caballo pisa el patio” - “¿No oíste ruido de las espuelas en el corredor?” - “No, madre.” - “Pero, ¿pusiste cuidado? Asómate.” - “Es el viento”. Viento, lluvia, duendes caseros, relámpagos en noche de tempestad. Nunca el desconocido. Ni él ni su mirada.

- ¡Vivan las Ferias! -gritó un borrachín-, ¡Vivan las grandes riñas!

Cuatro bancas abajo, el grupo de la fonda echaba pullas que yo desoía, y que se interrumpieron al entrar un hombre alto y cojo.

Algo cojeó en mí al comprender que ése era el desconocido a quien busqué durante quince años, a quien atisbo mi madre desde una ventana al camino sin pasos de

regreso.

Mis manos se volvían puños bajo el poncho, todo en mí era venganza en acecho. Un sentimiento de odio total me sofocaba: odiaba al hombre, odiaba su voz, sus ademanes, su cojera, el zurriago nudoso, la atmósfera de que se rodeaba; odié las botas, el paso trunco, el pueblo que lo veía día y noche. Me odié a mí mismo por odiarlo, odié a mi madre por haber sido su víctima, porque nunca dejó de esperarlo. Cojo y alto. Para encontrarlo, una vida entera. Al verlo no me dije: "Tiene una pierna más corta que la otra" sino: "Tiene una pierna más larga". Largas, gruesas, musculosas, aun la encogida, rematada en bota de triple tacón. La cojera hacía parte de su mismo vigor, le infundía una insolente superioridad física.

Los otros le fueron abriendo paso porque veían un jefe en la presencia golpeante, en sus manazas terminadas en zurriago de arriero.

-Dice que trajo un gallo -señaló el de bigotes. El Cojo se quedó mirándome. Algo cojeó con vigor en su mirada, parecía descubrir un recuerdo.

-Le podríamos casar pelea con mi gallina -invitó el de bigotes con flexión presuntuosa de cuello, en voz alta porque la bulla impedía escuchar. Lo miré sin mover los párpados, hasta que metió sus manos entre los botones de la camisa para

ventear el sudor pegajoso. Algo volvió a cojear en el recién llegado. No dejaba de fijarme en su chaqueta, en sus mandíbulas, en sus dedos fuertes. Lo veía, veía las espuelas en la noche, veía a mi madre, veía el apego a su pobre historia, su dolor remendado una y cien veces en la mesa gris. - "Hijo, ¿no oyes zumbar la candela?".

-El joven no nos quita la vista -dijo el Cojo silabeadamente, interesado en mi postura. Porque siempre fui de ojos y labios tranquilos, nunca las manos tuvieron afán, las piernas no lo tuvieron.

-Si nos mostrara el pollo, hasta le permitiríamos sacarlo al redondel -agregó, queriendo decir que había esperado mucho. Trazó una raya con el herrón del zurriago y se dirigió guasonamente al de bigotes ahumados:

- ¿Qué edad tiene tu gallina?

El otro se pavoneó porque el jefe lo determinaba en público.

-Pues ya están canosas las plumas.

-Entonces puede que le aguante el pajarraco del amigo.

Las risas ocultaron otra expresión. Sonreí con la boca únicamente, como si mirara un recuerdo. Mi seguridad los hacía replegarse dentro de sí mismos, agazaparse para el salto

que nunca se da. Tal vez este aire de hombre libre contribuyó a contenerlos.

Después de desatar un nudo, el Cojo se puso a desenrollar el rejo que cubría el zurriago. Su lentitud amenazadora al desenvolverlo anunciaba castigo. Con la punta ya libre latigueó sus pantalones.

- ¡Eh, usted, forastero! -gritó dando un bastonazo a la valla del redondel. Seguramente para hacerse notar había herrado los tacones de sus botas y el extremo de su bastón. Los ojos giraron contra mí. Varios se carcajearon, para descansar, por cualquier exclamación chabacana. El Cojo dirigió las risas de sus secuaces. Por un momento, la gallera se carcajeó a una orden no impartida. Sonreí antes de remedar el vozarrón del hombre todavía de espaldas:

- ¡Eh, usted, Cojo!

Se le vio el aturdimiento. De un golpe se cerraron las bocas, menos la mía. Tal vez porque yo podía tener oculto en mi poncho un puñal o una hachuela o un revólver con el gatillo a punto, su reacción se redujo a tres palabras:

- ¡Aquí lo espero!

- ¿Por qué no sube usted? -rechacé burlón-. Tantos berridos asustarán a los gallos.

Afirmó en la mano el zurriago y saltó ágilmente la primera grada. Al entrar en un parche de sol, el polvo se convirtió en mil insectos espantados por la luz. Nunca como entonces apreté en mi mano un cuchillo. Nunca se me hizo tan presente el pasado de mi madre. - “Hijo, ya no zumban.” - “¿Qué cosa?” - “Los leños en el fogón. Ya no zumban.” - “Algunas tardes chisporrotean” decía yo, sombrío, con ganas de ser leño. Ella escarbaba con un tizón las cenizas. Después apenas las miraba, porque dentro de ella todo se iba haciendo cenizas. Una araña tejió su tela entre la espuela plateada del hombre y las espuelas del primer Aguilán.

Todos pendían del gamonal, pendían de mí.

- ¿Quiere verme cojear, forastero?

-No -contesté-. Ya lo vi cojeando, y lo hace muy bien.

Advirtió que echaba al suelo no su cojera sino su manera de explotarla, su agresividad respaldada en ella. Sus gestos calculados demostraban que le afectaba mi actitud. El público estrechaba más, arreciaba el calor, arreciaban los golpes contra los cueros de res, arreciaba el bramido del volcán.

- “Le salió respondón el muchacho” -comentaron. Ante la merma de su autoridad, el Cojo se plantó, agresivo el tono

por mi impasibilidad.

-Forastero, ¿va a sacar el gallo?

-No -respondí secamente-. No quiero mostrarle el gallo.

El silencio fue como si un gran peso estuviera por caer encima.

- ¡Helados! -volvió el pregón del negro, calle arriba La rueda metálica de su carretilla debía sacar chispas al cascajo. Quietas seguían las alas de los pájaros y la cinta de papel. El humo de verano seguía quieto. El Cojo saboreaba la prolongación de la escena, jugaba con los nudos del zurriago asegurado a su muñeca por una trenza de cuero.

- ¿Qué opinan? -se dirigió a los suyos preparando un salto grande-. No lo muestra.

-Deberíamos averiguar por qué -intervino el de bigotes, provocador en el arrastrar de las letras y en el sobar las cananas contra la palma de sus manos. Como si rastrillara un fósforo en un reguero de pólvora, el Cojo hizo la pregunta:

-Y... ¿nos diría siquiera el nombre, para empezar?

Enrollaba el rejo en sus manos, lo volvía a desenrollar. El de bigotes me revisó desde la cabeza al suelo, descargó en una pierna su cuerpo, aseguró los pulgares en la canana y

tamborileó con sus ocho dedos libres.

-Se las quiere dar de hombre -dijo. El Cojo aventó la cabeza con otra risotada, un rayo de sol chisporroteó en su muela de oro. La risa fue acabándose a bocanadas hasta convertirse en el ceño bronco y en la presión de las sílabas.

-Pero esto de ser hombre no es cosa de niños.

Celebré con golpe de tos, él machacó de nuevo.

El nombre suyo, el del gallo...

Sonreí como si golpeara. Mis ojos rozaron aquel rostro, como espuelas. De un manotazo sacudió el raspón brincando otra grada con ayuda del zurriago.

Es una historia fea -empecé con desaliento. Un cohete dibujó en el aire una alta palmera de humo. Si hubiera estallado el volcán, me habría importado poco. El Cojo avanzó desenrollando el rejo. Era inaguantable la tensión. Yo calculaba el estilo de su ramalazo, la manera de esquivarlo y asegurar efectividad al cuchillo.

- ¡Déjenlos solos! -reclamaron voces dispersas cuando intentaron atacarme. Los secuaces advirtieron un atrevimiento no acostumbrado en la actitud y se aquietaron después de consultarse. El Cojo entendió que la hora había llegado.

—¡Eh! -le habló al de bigotes ahumados en tono falsamente suave-, contémosle cómo nos abandonó El Bruto.

Con un índice, el otro fue echando más atrás el sombrero hasta despejar la frente; el índice imitó un cañón de revólver.

-Pues cuando se dio cuenta de que no obedecía, él mismo se lo disparó.

-Pero -volvió el Cojo, marrullero-, ¿por qué se lo dispararía?

El de bigotes alzó un hombro, con la navaja rebanó un trozo de caña.

-Ya estaba en edad de morirse-. Fingió expresiones de lástima cuando remató: -Feo se le veía el hueco en la frente.

Esperaron que surtiera efecto la amenaza. Pero

siempre hay palabras para detener puñaladas o disparos. Yo tenía las mías.

-Aguilán se llama el gallo...

El asombro del Cojo empujó mi voz lenta como su paso, ahora condescendiente:

-Yo quería ponerlo Gavilán, mi madre quería ponerlo

Águila. Al fin lo pusimos Aguilán, un viejo nombre, mezcla de gavilán y águila.

Se detuvo, y con él sus matones. Envejeció dos años. O veinticuatro. Toda mi edad lo derrumbó. Mi edad más nueve meses. Por un momento creí sorprenderle una buena mirada. Tal vez fuera posible... Los otros se extrañaron de la impasibilidad mía, del repentino balbuceo del Cojo. Y de su grito:

- ¡Tengo que ver ese gallo!

Había convertido en látigo el rejo para castigar su pasajero temblor. Me lo disparó desde los cuatro metros. No fue difícil evitar la marca en el rostro y dar con el rejo una vuelta en mi mano contraída dejando libre el pulgar. Así tumbaba potros y toros en mi trabajo de vaquero y amansador. Lo mismo pasó con el Cojo: de un formidable jalón le hice saltar la grada restante. Los del grupo se movían como si tascaran frenos.

- ¡No saldrá vivo, forastero! -exclamó hecho un nudo de músculos rabiosos y se irguió con agilidad de puma. "No saldrá vivo..." Podía ser. Vivo, muerto. Alguna tumba debería estar cavando el sepulturero.

- ¡Tengo que ver ese gallo! -repitió. Pero al querer rasgar el poncho, con la hoja de mi puñal le hice un chisguete

en el cinturón. Paró en seco, arqueando el vientre para evitar que le hundiera el cuchillo.

-Así son las espuelas de Aguilán -dije sereno, pendiente de su bastón y señalando con la barba el cuchillo.

-...Aceros afilados... -pareció recordar, esquivándolo. Dos o tres clientes sacaron sus armas, pero el Cojo movió sus dedos para que de nuevo llenaran sus estuches. No era con ellos la pelea.

El público dejó de vociferar, apretujado contra nosotros. Algunos cargaban todavía sus gallos. Gotas de sudor salpicaban la frente del Cojo y la mía.

-Está jugando con ventaja, forastero-dijo. Solamente él y yo sabíamos lo que quería decir: al insinuarle que él era mi padre, neutralizaba su poder, lo ponía en ridículo delante de un pueblo sometido a su crueldad.

- ¿Quién no ha jugado con ventaja? -señalé a los matones-. ¿Usted?

Le inquietaba mi mano serena, su limitación para arrastrarme, estas burlas temerosamente echadas de contrabando.

- “Perdió los estribos el Gran Cojo.” - “El forastero no soltó el gallo.” - “Se le cuajó la sangre al viejo guapetón.”

Comprendí hasta qué punto lo odiaban, pero aquella solidaridad conmigo me pareció cobarde. El Cojo viró con desprecio en redondo, volvió a enfrentárseme y ordenó para dejar la decisión a los gallos.

-Traigan a Buenavida.

Dos hombres salieron por una puerta falsa. Con mi cuchillo corté el rejo tenso entre mi puño y su muñeca. Mi vida se había hecho para este momento.

Uno de los incondicionales le trajo una jarra con agua. Al beber regó parte del líquido. Con el dorso de un brazo restregó la barba mojada y vació el resto en la cara y en la muñeca sangrante.

- ¿Cómo quiere la apuesta? -preguntó resollando- Por algo trajo su gallo tapado.

-Para destaparlo al mejor apostador y al mejor gallo

Al levantarme palmoteé mis pantalones. El polvo se regó como al golpe de los aletazos en el ruedo a medida que bajábamos grada por grada, frente a frente, dueño cada cual de los movimientos acompasados del otro, de sus intenciones más ocultas.

El descenso fue un espectáculo para los galleros que hacían comentarios exagerados, casaban apuestas, abrían

camino para que el Cojo y yo entráramos en el ruedo. Su gallo vino en manos de dos hombres, lo recibió sin acreditarlo, sin apartar de mí su atención. Podría jurar que no me veía a mí sino todo lo que detrás de mí pudiera referirse a él. Tal vez una escena de muchos años atrás, cuando entregó un gallo a una mujer y le dijo: - "Es de la mejor cuerda, volveré por él". Gallos, pueblos, mujeres. Un rancho en las afueras, un par de espuelas plateadas, vagabundeos sin regreso. Yo saqué lo que llevaba para apostarlo. Muchos ojos brotaron, se acabaron los silencios que aún quedaban.

- ¡Es un dineral! -exclamaron al ver en el suelo el producto de mis años de preparación. - "Nunca vimos una apuesta igual por estos rumbos." - "Ni la volveremos a ver." - "Ahora, que se acabe Tambo." Crecían las exageraciones sobre mi procedencia: - "Al diablo se le parece." Y refiriéndose al Cojo: - "¿Qué le pasará?" Él clavó a un lado el zurriago y habló sin importarle el dinero:

Destápelo, joven.

Otro brinco lo colocó en mejor posición. Tres cohetes reventaron simultáneamente en la plaza.

-...Le enseñaré de gallos y de hombres.

Nada le respondí, pero sus palabras me hicieron sacar el gallo.

- ¡Aguilán! -exclamó al verlo, y desde ese momento no dejó de mirarme. Era como si ante un espejo empañado tratara de reconocer un rostro que pudo ser el suyo. Sus movimientos empezaron a ser mecánicos, tenían un extraño agotamiento. Recordé los gallos perdidos, recordé un viejo gavilán que de pronto cayó muerto, de sus alas a unas pencas de cabuya.

- ¡Igual a Buenavida! -cuchichearon intrigados. - "¿No era única la cría del Cojo?" - "Fíjense en las espuelas del forastero." - "Iguales a las de él, ¿no eran únicas sus espuelas?"

El hombrón también se oía desconcertado:

-...Cola roja, cuatro plumas negras -recité masajeando los muslos del animal, fija la mirada en el Cojo-. Corto el pico, larga las espuelas... Hay que saber de gallos y de hombres.

Nuevas cabezas asomaban por entre otros espectadores, más voces acabaron de embrutecer la gallera. El volcán, los cueros de res, la absurda canción... El Cojo y yo callábamos frente a frente, separadas las piernas, arqueados hacia adelante, en las manos los gallos listos para el careo.

- ¡Doble contra sencillo a Buenavida \ -borbotó el de bigotes. Quería en realidad apostar a su dueño. La gente volvió a pensar en desafíos.

- ¡Cinco a uno mando yo!

- ¿También le llegaría la hora?

El Cojo les lanzó la mirada con el grito:

- ¡Aparo todas las apuestas!

El amo de Tambo recuperaba energías, levantaba su vigorosa cojera. Porque era digno de un odio grande reforcé la justificación de mi venganza: levanté la cabeza para ver en el lejano rancho las espuelas del hombre y las del gallo, que mi madre clavara en el muro; pensé en sus ojos fatigados, en sus sienes, en su frente de una edad sin medida. La veía en las tareas humildes: cuando echaba maíz a los gallos, como si se desgranara; cuando amasaba puños de cacao; cuando asaba tortillas al zumbar de la leña verde. Y un pañuelo doblado nerviosamente, y tres fotografías borrosas, y un olor de cebolla y humo, y una funda gris, y un mantel a cuadros, y otros olores inocentes, con bondad temerosa. Por eso mi cuchillo buscaba dirección. Al frente estaba el culpable. ¿Culpable de qué? -llegué a preguntarme-. ¿De ser hombre?

La agresividad de Aguilán también fue rápida. Apenas si nos dimos cuenta de cuando los gallos levantaron los humazos de polvo y se arrancaron plumas en los revuelos iniciales. Sin embargo yo sentía en mí los picotazos de Buenavida, en el Cojo los espolones de Aguilán. Sólo una vez el hombre se fijó en mi cuchillo, sólo una vez observé cómo los

dedos se blanquearon en el zurriago. Continuaba llegándonos el barullo que nos rodeaba, los tropezones de los gallos sobre la arena chisgueteada de sangre.

Los picos entreabiertos decían la fatiga en la pelea. A cada segundo las espuelas eran más lentas en el ataque, más, apretados el bastón y el cuchillo. Los ojos saltaban de la nena a nosotros, de nosotros a las espuelas. Puñal, zurriago, picos. Yo miraba a los gallos, veía al Cojo. En un minuto debería tomar la decisión más importante de mi vida. Pero es difícil volcarse en un acto, así sea el m is importante. Y no podía retardar la decisión, aunque forzarla sería desmentirla.

Todas las mañanas ella le echaba maíz -dije con voz que apenas se oía, ronca.

- ¿Quién es ella?

Le contestó mi silencio, le contestó el suyo. Nos llegaban, lejos, los aletazos en el aire. Con el puño de una mano restregó la palma de la otra.

-Ella esperaba. Ella rezaba.

- ¿Rezaba?

-Era su manera de no gritar.

Hizo amargos signos de aceptación.

-...Desde cuando yo estaba niño ella me decía: - “Algún día volverá”. Pero él nos torció el camino, el rancho estuvo sin hombre. Hasta que juré vengarme.

-El odio nos vuelve hombres -dijo sin convicción. La punta del zurriago trazó rayas en la arena. No quise decirle que ella había muerto. De todas maneras para él nunca existió. Excepto ahora, cuando la vida la había matado.

-Los caminos nos pierden -añadió. Su voz se diluía entre los últimos aletazos. La punta de su lengua asomó entre los dientes, allí se quedó esperando las palabras, que salieron al fin, solas, duras:

-Son torcidos los caminos que andamos.

No sé qué quiso decir. Era como si le clavaran cien espuelas. El bordón se aflojó en sus manos, el cuchillo se desgonzó en las mías. Sus párpados se despabilaron con miedo de que le cayera encima la tristeza. Yo también tenía miedo al imaginar que dentro de segundos él yacería entre los brincos finales de los gallos, que mi mano limpiaría la sangre del cuchillo en las plumas rojas de Aguilán, en sus cuatro plumas negras.

Pero de pronto en el Cojo no vi más que un hombre, sólo un hombre, también desamparado, sin más camino que la

muerte. Cuando muriera le quebrarían la pierna mala a la altura de la rodilla para acomodarla en el ataúd. No sé porque me detuve en su camiseta sudada, en las tres arrugas del cuello, en la derrota que la vida le asestaba contra la voluntad de la carne. Por eso me dolieron sus canas, su pierna contraída, sus arrugas, el zurriago nudoso, la bota de cuero crudo. Lo supuse cercano a mí, con sus angustias. También él vivió trago a trago la vida, resistió el contragolpe de las propias acciones, el sabor a ceniza de cada jornada. También a él le gustaría el olor de la madera, el canto de los sinsontes, los campos sembrados después de la lluvia...

Y también él tendría que morir. ¿Debería yo matarlo? Sé que mis manos están contentas cuando se hunden en los arroyos, cuando soban la piel de los caballos. Me estragaba tanta crueldad. Revólveres, puñales, espuelas... ¡Maldita la gracia de vivir! Pensé que para no tener piedad hay que ver de lejos al hombre, verlo en la masa. Por eso sentí una rabiosa compasión por los seres caídos. Y el Cojo era uno de ellos.

- ¡Lo mató, lo mató! -gritaron en la gallera cuando Aguilán se empinaba sobre Buenavida y cantaba despiadadamente.

Me levanté, cogí mi animal que me dejó en las palmas de las manos sangre a medio coagular, y al salir clavé en el

polvo mi cuchillo. El Cojo se quedó inmóvil, mirando, sin ver, la hoja que brillaba junto a las espuelas de su gallo muerto.

Cuando salí a la calle, el sol comenzaba a clavarse tras la cordillera. Unos gallinazos que planeaban sobre ella parecían pavesas de incendio. Dentro de la gallera se quemaban los últimos gritos, se quemaban los últimos silencios.

Algo de mi padre se estremeció en mí cuando vi a la muchacha a la entrada del cañaduzal. Me quedé mirándola con tristeza, con la vieja tristeza de mi madre. Únicamente dije:

-Estoy cansado.

Creo que le dolió mi fatiga. Arriba, en la plaza, estallaron más cohetes, parecían estallar en mi cabeza.

-Aquí dejo este gallo en prueba de que volveré. Es de la mejor raza.

Y salí pisando la sombra por el camino seco y solo. Me parece que iba llorando.

Tomado del libro Cuentos de zona tórrida (Edición de la Biblioteca Pública Piloto. Medellín, 2000. La primera edición data de 1967).

Biografía

Manuel Mejía Vallejo nació en Jericó (Antioquia) en 1923 y murió en Medellín en 1997. Poeta, novelista, cuentista, periodista. Sus cuentos se mueven entre el realismo y lo fantástico con personajes que son llevados a situaciones extremas, expulsados de su entorno, enfrentados a situaciones nuevas. Seres que viven y observan mundos que se están rompiendo, valores caducos, la fatalidad irreversible de nuestra historia, y, se empeñan, con obstinación y coraje, en sueños y quimeras que los destruyen o les permiten nuevas esperanzas.

En su cuento La venganza el narrador busca, sin saberlo, su propia identidad.

OBRA: Algunos de sus libros son: La tierra éramos nosotros (Novela, 1945); Tiempo de sequía (Cuentos, 1957); Al pie de la ciudad (Novela, 1958); Cielo cerrado (Cuentos, 1963); El día señalado (Novela, 1963); Cuentos de Zona Tórrida (1967); Aire de tango (Novela, 1973); Las noches de la vigilia (Cuentos, 1975); Las muertes ajenas (Novela, 1979); Tarde de verano (Novela, 1981); Y el mundo sigue andando (Novela, 1984); La sombra de tu paso (Novela, 1987); La casa de las dos palmas (Novela, 1988); Otras historias de Balandú (Cuentos, 1990); Sombras contra el muro (Cuentos, 1993); Los invocados (Novela, 1997).

Glosario

A

ALGARROBA f. Fruto para alimentar al ganado.

AMOLABA Del v. Amolar. Afilar, aguzar.

ANACONDA f. Especie de boa. APARO Del v. Aparar, fig. Recibir.

ARRIERO m. Col. Comerciante paisa cuyo

oficio era llevar los productos a los centros mineros. El que conduce las bestias de carga de un lugar a otro.

ASPEREZA f. De superficie desigual o rugosa.

ATISBO Del v. Atisbar. Mirar, acechar.

B

BARBOQUEJO m. Cinta para sujetar en el cuello el sombrero. BARULLO m. Desorden, alboroto.

BISONTE m. Rumiante salvaje, peludo, parecido al toro.

BORBOTÓ Del v. Borbotar, fig. Hablar atropelladamente.

BORDÓN m. Bastón. 2. Zurriago.

BRAMANDO Del v. Bramar. Hacer gran ruido.

BRONCO adj. Tosco, áspero.

C

CADEJO m. Mechón de cabello.

CANANAS f. Cinto para llevar los cartuchos de las armas.

CAÑADUZAL m. Sembrado de caña de azúcar.

CAREO m. Del v. Carear Col. Poner los gallos frente a frente. CASABAN Del v. Casar. Col. Pactar, convenir, concertar. Celebrar apuestas.

CASCAJOS m. Piedra pequeña.

CEÑO m. Demostración de disgusto que se hace en la

frente.

CIRCUNDANTES adj. Que lo rodeaban.

CONDESCENDIENTE adj. Con complacencia, fig. Tranquilamente.

CORDILLERANOS adj. Relativo a las cordilleras.

CORVAS adj. Arqueadas, combadas.

CRESTA f. Copete, moño de las aves.

CUERDA f. fig. De raza, de fama.

CUESCO m. Hueso de la fruta.

CH

CHABACANA adj. Sin gusto. fig. Sin gracia.

CHINCHORROS m. Hamaca de red.

CHISGUETEADA m. Del v Chisguetear. Col. Salpicar.

D

DANTA f. Animal mamífero,

llamado también Tapir.

DESGONZÓ Del v. Desgonzar.

fig. Desencajar, aflojar.

DESPABILARON Del v. Despabilar. fig. Abrieron.

DILUÍA Del v. Diluir, fig. Desdibujar, perder.

E

EMPECINADA Del v. Empecinar. Obstinarse, aferrarse.

EMPUÑADURA f. Puño de la espada, revólver, puñal,

etc.

ENGRANAJE m. fig. Circunstancias.

ESPOLONES m. Protuberancia ósea que tienen los gallos en los tarsos.

ESPUELAS f. Espiga metálica

que se usa en el calzado para

picar a la cabalgadura. Col. Garrón o espolón de las aves.

ESTRAGABA Del v. Estragar. Deteriorar.

ESTRIBOS m. fig. Perder la

serenidad, el control.

F

FIDELIDAD f Lealtad.

FLEXIÓN f. Acción de doblar.

G

GAMONAL m. Col. Cacique, mandón del pueblo, por lo general ordinario y grosero.

GORGOREO m. Ruido que se hace al beber.

GUASONAMENTE adj. Con burla, con grosería.

I

IJARES m. Cavidades situadas entre las costillas falsas y las caderas.

INSOLENTE adj. Grosero, arrogante, orgulloso.

J

JASPEADAS adj. Que tiene vetas coloreadas.

M

MADERAMEN m. fig. Piso

de madera.

MELLARON Del v. Mellar. Romper, tener hendiduras.

MODORRA f. Sueño pesado. Pereza.

MUÑON m. Parte del miembro cortado que permanece adherida al cuerpo.

P

PARAMO m. fig. Lugar muy frío y desamparado.

PAVESAS f. Chispas.

PELUSA f. Vello muy fino que sale de las plantas.

PENCAS f. Hoja carnosa de la mata de cabuya.

PENDÍAN Del v. Pender. Estar pendiente de un pleito.

PONCHO m. Col. Prenda blanca con abertura en el centro para pasar la cabeza.

PORTILLO m. Puerta chica.

Abertura en una pared.

POSTURA f. Figura, actitud.

PREGÓN m. Anuncio a voces de una mercancía que se quiere vender.

PULLAS f. Expresiones groseras. Sátiras.

R

RAMALAZO m. Golpe.

RASPÓN m. Col. Sombrero de paja.

REBULLO Del v. Rebullir. Mover, agitar.

REDONDEL m. Círculo donde se efectúa la pelea de gallos.

RESCOLDO m. fig.

Recalentamiento y calor del mediodía. RESOLLANDO Del v. Resollar. Respirar con ruido. Aspirar.

RETUMBOS m. Resonar con estruendo. Ruido.

REVERBERAR v. fig. Reflejo de luz.

REVUELO m. Golpe con el espolón que da el gallo de pelea.

S

SARAVIADAS adj. Col. Pintadas, manchadas.

SÁTIRA f. Burla.

SECUACES s. Que siguen las indicaciones de otro.

SINSONTES m. Ave. Mirla común, de canto armonioso.

T

TAHÚRES m. Jugadores.

TRASTIENDA f. Cuarto situado detrás de la tienda.

TRILLANDO Del v. Trillar, fig. Caminar mucho, andar.

V

VAHO m. Vapor.

VALLA f. Col. Pared, barrera que cerca el círculo donde pelean los gallos.

Z

ZUMBAR v. Roncar, ronronear. ZURRIAGO m. Látigo, azote.

Ana Joaquina Torrentes

Gustavo Álvarez Gardeazábal

Y fue en Ceilán. Eran las seis de la tarde del 26 de octubre. Todavía olía a cebolla de la que se habían llevado, como todas las tardes, en el camión de Michelín. No habían rezado el rosario en la iglesia del padre Obando, no había salido la Ana Joaquina Torrentes a esperar a su marido en la esquina del parquecito que le servía de atrio a la iglesia. No eran las seis exactamente y ya se veía venir el polvero de tantos de a caballo y tantos de a pie que muchos creyeron que no eran los jinetes de la chusma de Chucho, el de La Marina, sino los mismos del Apocalipsis y que era el fin del mundo y no de ciento cuarenta y tres liberales lo que les tocó presenciar. Vinieron por arriba desde San Rafael y por abajo desde Galicia y en la tienda de Pedro Nel Jaramillo se tomaron seis cajas de cerveza y le pagaron con tres tiros en la cabeza, y en la de Domitila Aguado, la moza de don Leonardo Santacoloma, pararon siete, solamente siete, pero se metieron en las entrañas de las dos sirvientas de Domitila y en las nalgas de los tres pelados de don Leonardo y cuando ya acabaron, y pasaron los de la tienda de Jaramillo, los sacaron desnudos a la calle -no tenían más de quince años, blancos de cabeza grande y pelo rubio-, con sus traseros sangrantes, sus ojos llorosos, sus pies

pisoteados y más de diez dispararon muy hondo en el corazón de Domitila Aguado cuando los tres pelados, Leonardo, Pedro José y Jhon Jairo cayeron acribillados por las balas que hicieron eco en unas risotadas. Entraron al granero de don Leónidas Suárez y se metieron en los aposentos y de su mujer dejaron un pedazo de carne sanguinolenta que buscaba inútilmente sus partes púdicas hinchadas de tanto hombre que quiso medirle sus entrañas, y como él no estaba, se llevaron lo que encontraron y como no era mucho, les pareció mejor echar candela y decir después que entre las cenizas de Ceilán, María Sofía Restrepo de Suárez había muerto carbonizada, pero eso sí, nada de mujeres muertas a balazos, los godos no mataban sino hombres y para hombres verracos ellos, los que se entraron a la casa de Nepomuceno Angarita y le sacaron de las greñas del zarzo de su cocina y le pusieron en la puerta de su casa y le amarraron de los pies al bobo de La Pelusa, que seguía meneando su banderita liberal, y le dieron sal para que supiera a tierra, le pegaron tres machetazos en el vientre, y si no hubiese sido porque Lamparilla pasó en su mula rucia y se desesperó de oír los quejidos metiéndole tres tiros en la nuca, allí estaría todavía el bobo viendo cómo se moría don Nepomuceno. Y en la cantina de Ludmila, la que decían era medio mujer del negro Cruz, el liberal de Galicia, se cansaron de tocar la puerta y la tumbaron a empellones y la buscaron debajo del mostrador, se le bebieron tres botellas de

aguardiente y cinco de ron, se metieron en la pieza, la encontraron con el hijo de don Augusto Roa y lo sacaron en bola con ella al lado, oliendo a sexo, a mujer y a muerte. Lo hicieron arrodillar, le cortaron la cabeza de un tajo y la Ludmila se desmayó para que veinte le cayeran encima y se olvidaran a qué habían venido. Y donde Clotilde Andrade, la de las empanadas de los sábados, encontraron a los tres Montalvos, y a los tres los llenaron de huequitos sin que alcanzaran a quejarse, fue la muerte más bondadosa. Y le prendieron candela a la casa de los Cipagautas donde se había bajado treinta y dos años antes, cuando el pueblito apenas si existía, el doctor Heraclio Uribe Uribe, y se quemó la que seguía y la otra que seguía y así todo el costado derecho del pueblo que era una calle larga, y la candela que los hacía salir y la bala que los hacía morir y así quedaron sesenta y cuatro, o al menos los contó el cabo Rojas cuando lo mandaron desde Tuluá para que viera con tres hombres más qué era lo que había pasado en Ceilán. Y cuando el padre Obando salió con el cristo y les puso la custodia en la cara y se metió en las ñatas de los caballos que les llevaban calle arriba sembrando la muerte, las colas le pegaron a la custodia pero de la plaza no pasaron, y Ana Joaquina Torrentes no tuvo necesidad de esperar a su marido porque los pájaros esos se devolvieron y como él venía con la leña para la comida loma arriba, le prendieron tanto machetazo que cuando lo recogieron esa noche, creyeron que era un

pedazo del puerco que le habían robado a Pretoria Candil y que se había llevado en su alocada carrera los cercos del rancho que aún ardía. Y de ahí para abajo acabaron con el resto. Se llevaron cuanta vaca vieron y quemaron cuanto rancho encontraron y si alguno salía a decir que era godo, le cogían de la camisa o le agarraban del cinturón y le montaban en la primera muía libre para que se uniera al carro de la victoria y siguieran regando sangre, como la que le hicieron regar gota a gota al tío de Martín Mejía en la orilla del zanjón de Piedras, arribita de Pardo, cuando le cogieron de una pierna, le arrastraron tres cuadras, le rompieron la ropa, le prendieron candela a la barba larga que le llegaba al pecho y le cortaron la cabeza abriéndole después un huequito en la espalda para meterle la lengua, pero como no se la pudieron sacar, le cortaron la punta noble que le había dado seis hijos y se la metieron en la boca para que después no dijeran que no le habían ofrecido tabaco. Y cuando la noche se volvió candela y de Ceilán no quedaba sino cenizas humeantes, el padre Obando, Ana Joaquina Torrentes y treinta y siete viudas, ochenta y nueve huérfanos y un olor a sangre y un olor a muerto y una bandera roja en las manos del bobo de La Pelusa, la chusma, los pájaros, dejaron de ser hombres para volverse sombras con las luces de la mañana.

Tomado del libro Cuentos del parque Boyacá (Cuentos, Editorial Plaza y Janés. Bogotá, 1978).

Biografía

Gustavo Álvarez Gardeazábal nació en Tuluá (Valle) en 1945. Novelista, cuentista, periodista. Es el más claro representante en Colombia de lo que algunos denominan "género de la violencia". La primera parte de su obra y todos sus cuentos están dedicados al período histórico que asoló a Colombia de 1948 a 1958, y que dejó un saldo de más de trescientos mil muertos. Posteriormente su quehacer literario se enriqueció con las novelas El titiritero, Los míos, Pepe Botellas y El divino, donde aparece el Valle del Cauca urbano, con típicos personajes de ciudades pueblerinas, en el que se manejan temas como el movimiento estudiantil universitario, la familia, la nueva clase emergente, los caciques políticos. Su literatura, siempre polémica y realista, se ha alimentado de nuestra historia, señalando con acierto, y desde sus vigorosos personajes, los grandes conflictos de nuestra sociedad.

En su cuento Ana Joaquina Torrentes la violencia partidista devasta una aterrorizada población valle- caucana.

OBRA: Cóndores no entierran todos los días (Novela, 1972); La tara del papa (Novela, 1972); Dabeiba (Novela, 1971); La boba y el buda (Novela, 1972); EZ bazar de los

idiotas (Novela, 1974); El último gamonal (Novela, 1987); Los sordos ya no hablan (Novela, 1991); Comandante Paraíso (Novela, 2002).

Glosario

APOSENTOS m. Cuartos, piezas.

ASOLÓ Del v. Asolar. Destruir, arrasar.

ATRIO m. Andén o pórtico delante de algunos templos. BOLA f. fig. Desnudo.

CHUSMA f. Col. "Durante el llamado período de la Violencia en Colombia, de mediados del siglo XX, se le dio este nombre al grupo de bandoleros que iban por los campos sembrando la muerte y la desolación". (EJA)

CUSTODIA f. Pieza en la que se expone el Santísimo Sacramento.

DEVASTA Del v. Devastar. Destruir, asolar.

EMPELLONES m. Con brusquedad, a empujones.

ENTRAÑAS f. Col. Referencia a las partes íntimas.

GODOS m. Col. Nombre dado a los miembros del partido conservador

colombiano.

HUÉRFANOS s. Que perdieron al padre, la madre o a ambos.

MOZA s. Col. Amante. Concubina.

PÁJAROS m. Col. "Denominación que surgió durante la Violencia para designar con ella a los asesinos conservadores. Más tarde cuando aparecieron los matadores liberales, a estos se les denominó chusmeros." (EJA)

PELADOS s. Col. Muchachos, adolescentes.

PÚDICAS adj. fig. Partes nobles, íntimas.

RUCIA adj. De color gris, pardo claro.

SANGUINOLENTA adj. Sangrienta.

TAJO m. Corte.

ZANJÓN m. Zanja grande utilizada como desagüe o para conducir aguas.

ZARZO m. Col. Especie de segundo piso, en madera rústica, que hacen especialmente en las casas campesinas. Se utiliza para dormir o como despensa.

Maternidad

Andrés Caicedo

A las vacaciones de Quinto de bachillerato salimos con un saldo de muertos. “Es una verdadera tragedia terminar un año marcado por el triunfo -la construcción de un nuevo pabellón deportivo, por ejemplo- con la desaparición de seis jóvenes que apenas despuntaban la que sería una brillante carrera”, se lamentó el padre Rector, en el discurso de clausura. Pepito Torres hizo un viaje repentino a Bogotá (faltó a un examen final) y dicen que se vino a pie, devorando cuanto hongo mágico encontró a la vera del camino, y al llegar a Cali comenzó a dar escándalo público por la Sexta, lo agarraron dos

policías sin avisar a sus papás, lo metieron en la radio- patrulla en donde murió como un perro, dándose contra las rejas, exhalando por boca y narices un polvito negro. Manolín Camacho y Alfredo Campos, los inseparables, se volaron del colegio y fueron a pasar un viernes de tarde deportiva en el Río Pance, hubo crecida, y a los dos días encontraron sus cuerpos "entrelazados", pero el periódico no explicaba cómo. Tiempo después un campesino encontraría, entre las raíces de un carbonero a la orilla del Río, una botella con un manuscrito de Alfredo, redactado compulsivamente: "Vemos cómo crece el Río. Es increíble. Es como si viniera a cobrar venganza por el pasado esplendoroso que le quitaron las modernas urbanizaciones. Pero ruge, recobra su poder. La idea se nos ha ocurrido a ambos. No seremos víctimas en vano. Mejorarán los tiempos. Cogidos de la mano caminamos hacia el Río". Yo nunca pensé que las cosas mejorarían así nomás. Un mes antes de exámenes finales Diego A. Castro (Castrico) salió con su hermano mayor, Julián, a La Bocana del Océano Pacífico. Les encantaba ese mar de agua, arena, cielo, selva y gentes negras. Ambos habían ganado medallas en inter-colegiados, departamentales y nacionales de natación. No fueron a ninguna competencia internacional por el uso de las pepas. Así, podían nadar hasta la línea del horizonte, de allí alcanzar la línea que uno podría divisar si llegara al horizonte, y aún la otra. Pero no esa vez. A las pocas brazadas, Julián le resopló que se sentía

muy mal, que se devolvía. Castrico, abstraído en sus movimientos parejos sobre las cresticas de cada ola, le dijo que bueno, y siguió nadando. Al regresar, feliz de su inmensa travesía, lo encontró en la playa, muerto, con el pescuezo inflado. Nadie sabe cómo regresó Castrico a Cali, pero ya se le había atravesado la existencia. Comenzó a buscarle pelea a todo el mundo, en especial a los más amigos de su hermano. Cargó puñal. Viajaba al campo y allá peleaba con machete y ruana envuelta. Lo encerraron en el manicomio y se voló del manicomio reclamando la presencia de su madre. No era más que ella le tuviera al lado su frasco de pepas y Castrico se quedaba calmado, acariciando las flores, jugando con los gatos. Salía a la Sexta una vez cada dos meses, y yo lo veía parado solo, hablando incoherencias sobre todas las mujeres, sonriendo. En la última pepera salió despavorido a buscar pelea, pero murió antes de que se la dieran: quedó como clavado en el suelo, gritó que se le abría el suelo y cayó, muerto. Y van cinco. El sexto, Manolín Camacho, es el que más me duele. Mi compañero de pupitre. Solíamos caminar distraídos en los recreos, hablando de paisajes que nos imaginábamos en tres dimensiones de sólo mirar mapas. Nunca había probado ninguna droga, ni en las fiestas bebía. Sólo un sábado. Vaya a saber uno con quién se metió, quién lo invitó, por qué lo vieron recorriendo calles a la velocidad que iba, con la mirada desencajada, buscando qué, con la piel llena de

huecos, insultando ancianas, pateando carros. Murió solo, en un baño cualquiera, esforzándose por vomitar lo que seguro se había tragado inocentemente y ahora le cercenaba el cóccix, la próstata, el cerebelo. Le dieron una mezcla de analgésico para caballos y líquido de freno para aviones. “Es una lástima, una serie así de muertes sin ningún, sin ningún sentido”, decía el padre Rector. Y yo, agarrado a mi asiento, con una rabia inmensa, sabía que sentido había. Nos habían escogido como primeras víctimas de la decadencia de todo, pero yo no iba a llevar del bulto. “Haré mi afirmación de vida”, pensaba, y no sonreí ni una sola de las seis veces que me llamaron para recibir diplomas de Matemáticas, Historia, Religión, inglés, Geografía y Excelencia. Miraba a ese público compuesto por curas, alumnos y padres de familia, y recibía los aplausos con apretón de dientes. “Haré mi afirmación de vida”.

“¿Qué te pasaba?”, me decían los compañeros, luego.

“Como si no te gustara el éxito”, y yo, a todos, silencio. Y me negué a ir a la fiesta de fin de curso que organizaba Mauricio Gamboa. A mi casa llegué en el carro de mis padres, entre sus cuerpos blandos. Ya me habían felicitado por tanto triunfo, y no se habló de más en el camino. Yo no me aburrí, pues llovió y me distraje imaginando que las gotas en el parabrisas eran gente, personitas con hombros y cabezas bien formadas, y venían las plumillas y ¡chas!, las barrían dejando

minúsculas porciones de la primera gota, irrecuperable para siempre.

Esa noche soñé con un viaje en tren por entre campos de mangos y trigo, y una muchacha rubia se me acercaba y nos volvíamos uno solo en la alborozada contemplación de esa feliz naturaleza. Luego el tren se metió en un túnel muy negro y desperté, demorándome en identificar como miedo o gozo el sentimiento con que empezaba ese nuevo día.

Antes de almuerzo me llamó el mismo Mauricio a comunicarme que en la fiesta de anoche una pelada, Patricia Simón, se había pegado la gran desilusionada ante mi ausencia, que era la mejor alumna de Quinto del Sagrado Corazón y que quería, que se moría por conocerme. Yo le pregunté qué entonces cómo. El me indicó que en otra fiesta, esa misma noche. Yo accedí.

Al llegar no vi más que caras pálidas, poca amistosidad, puertas cerradas, prevención, horrible humo. Muy poca gente bailaba la música Rock que yo jamás aprendí y que hace medio año ponía frenético a todo el mundo. Me alegró ver que los invitados se recostaban en las paredes y nada más oían, con el ánimo ido. Yo me paré en toda la mitad de la pista para no dar aires de vencido, hasta que del fondo, de bien al fondo de esa casa vino a mí una muchacha vestida de rosado y rubia, y

haciendo mágico todo el trayecto hacia mí mientras sonreía. Se presentó: “Patricia Simón”, muy tímida me dio la mano, yo se la apreté exageradamente para intimidarla aún más. “Eres muy inteligente”, fue lo primero que me dijo cuándo la conduje al patio, puesto que con el volumen de la música no podía oír sus lánguidas palabras de alabanza y devoción por mis conocimientos del Imperio Romano, de la Cordillera Occidental Colombiana, del Misterio de la Transubstanciación. Se respiraba mejor en ese patio acosado por el color azul de la noche que perdía a cuántos jóvenes más allá de nosotros, acorralando -lo supe- a los que buscaban refugio en esa casa. Yo me sentí libre de la noche, de su muerte, superior a su extravío. Con mucha cautela le comenté a Patricia mis temores sobre la feroz época, y ella, como si fuera su forma peculiar de explicarme que los compartía, me relató un sueño. Soñó que alguien muy amado le regalaba un pastel de fresas -su bocado predilecto- y al irlo a morder no había fresas sino gillettes, alfileres, etc., que se le incrustaron en las encías y le reemplazaron los dientes, de tal manera que quedó con alfileres en lugar de dientes. “Extraño”, pensé, mirándola, pues sus dientes eran grandes, muy sanos, de encías duras. Ella alzaba la cabeza para mirar a mí o al cielo. Era pequeña, pero fuerte, de buenas espaldas y caderas, ojos azules y largas cejas. “Buena raza”, pensé, y luego: “Edelrasse”, observando que tendría mínimo cuatro dedos de frente, rosada de piel. Resolví: “Le

haré un hijo a esta mujer".

El tiempo pasó en el sentido que quiso nuestro amor.

De esa fiesta salimos cogidos de la mano, y empezamos. a vernos todos los días, y yo le fui llenando la cabeza de cucarachas como Nietzsche y Rousseau, y por miles de argumentos la fui llevando a una conclusión sencilla que la única manera de salvarnos sería trascendiendo en algo. Un día me salió con que le provocaría escribir versos, pero yo le espanté la idea como si fuese un enjambre de moscas: "La poesía es una profesión decadente", y ella me creyó. Y le ponía cara de moribundo siempre que la miraba a los ojos, y ella apuesto que pensaba: "¡Lo que haría para hacerte feliz!", y en los cines me le pegaba mucho o suspiraba cada vez que había un pasaje de maternidad, y ella salía conmovida toda, aún sin decirme nada pero ya pensando en la idea de que la única manera de trascender sería quedando preñada y pariendo un hijo.

Lo que la decidió fue precisamente la muerte de Ignacio Moreira, que tuvo una discusión con sus papás, subió corriendo las escaleras y se dio un tiro en la cabeza. Ella vivía al frente, conocía a Ignacio desde chiquito, oyó el disparo, el chapoteo: estuve, pues, de buenas.

Conseguí que me prestaran la finca de la Carretera al

Mar, lugar que yo había escogido para que se diera la concepción. Con nosotros subieron varios amigos, pero casi nunca nos mezclábamos. Los días amanecían oscuros y la niebla bajaba temprano y ella se llenaba de añoranzas y de melancolías, lo que, curiosamente, no le producía impavidez sino movimiento. Caminábamos horas, acercándonos cada vez más al filo de las montañas. Ella resistía el empinadísimo camino sin una queja.

Mi día vino claro, de visibilidad profunda. Nos li ventamos con el sol y empezamos a subir, dispuestos ii llegar esta vez hasta la cumbre. Los guayabos y los lecheros viraban en múltiples tonos verdes a cada paso que ganábamos, y los pájaros cantaban "pichajué- pichajué", y todo eso me llegaba como puro presagio y signo de fertilidad. Hacia las dos de la tarde salvamos la última pendiente de piedras blancas y tuvimos, repentinisimamente, una enloquecedora visión del mar, a miles V miles de kilómetros. El frío de la montaña y el ardor que se contemplaba allá en el mar la llevó a abrazarme, y yo le respondí mejor que nunca. Descubrí sus senos con valentía, chupé su pelo, rasgué con su sangre el pasto yaraguá, pude sentir cómo sus complicadas entrañas se abrían para darle paso, cabida y fermento a mi espermatozoide sano y cabezón que daría, con los años, testigo de mi existencia. No creo que ella gozó.

Nos casamos al escondido, toque muy aristocrático para familias como la suya y la mía. Fuimos el matrimonio más joven de la sociedad caleña y salimos mucho en el periódico y la gente nos miraba y nos hicieron muchas fiestas y nosotros respondíamos a todas con actitud calladita y mayor, reflexionando siempre. Con alegría entramos a Sexto de bachillerato, comparando y acariciando nuestros libros de texto. A los pocos meses engordó muchísimo y le vinieron los vómitos, así que no pudo volver al colegio y perdió Sexto. Yo solamente falté a clase un día: el día en que después de cuatro horas de terquedad y mucho sufrimiento, dejó salir a mi hijo. Nació en un día lluvioso. No nos pusimos de acuerdo con el nombre, pero prevaleció mi opinión: lo llamé Augusto, que hace pensar en porte distinguido y en conciencia de victoria, siempre. Fui toda una celebridad en el colegio, padre a los 16 años. Ella no quiso hacer gimnasia y le quedó una barriga arrugada muy fea, y los senos se le hincharon como brevas y después se le cayeron. Recuerdo madrugadas en las que yo abría el ojo sólo para hallarme en la física gloria, despertado por el llanto de Augusto, y volteaba a mirarla a ella, despierta desde hace muchas horas con la mirada perdida en el cielo raso, negándose siempre a contestarme en qué era que pensaba. Yo no insistí. Yo había previsto eso. No cuidó bien a nuestro hijo. No quiso tampoco volver al colegio. Le perdió interés a

todo, se pasaba los días sin asearse ni asear la casa, mal sentada en una silla, presa de un vacío que supongo debe ser normal después de que uno ha estado lleno y redondo como una naranja ombligona. Yo no la toqué más. Ella tampoco se hubiera dejado. Al fin, un día salió de la casa, y se demoró en regresar. Hizo amistades nuevas, jóvenes más viejos que ella, y seguía saliendo. Pero falta no me hacía. Yo cumplía puntualmente con mis deberes escolares. Me levantaba temprano, le daba el tetero al niño, cambiaba pañales, barría, trapeaba. Al volver del colegio me la pasaba horas dejando que Augusto me apretara el dedo índice y contemplándole su pipí, lo único que sacó igualito a mí, porque todo lo demás, ojos y pelo y frente eran de ella.

Cuando regresaba, nunca conversábamos. Se tiraba por ahí, sin dormir, o a oír música. Supe que estaba metiendo droga. Me importó un comino. Conseguí una hipodérmica desechable, con mi amigo Gómez un gramo de la mejor cocaína y una noche la esperé. Llegó muy tarde, cayéndose de la borrachera, bajando de todas las trabas. Yo la recibí, le sobé su cabecita hasta que se quedó dormida en mi pecho. Preparé la cocaína, tomé uno de sus brazos, cuando lo estiré y palpé sus buenas venas abrió los ojos y me miró, perpleja. Yo le sonreí. Creo que le inyecté medio gramo, en empujaditas leves. Ella hizo caras y risitas y yo sentí celos: nunca se portó así con mis

orgasmos. Luego se levantó y comenzó a saltar por toda la casa, puso el estéreo a todo volumen y a mí no me importó que despertara a Augusto. Yo reí con ella.

Hace días que no la veo. Se fue a paseo creo que a San Agustín, con una manada de gringos. Espero que no vuelva, que se muera o que reciba allá su merecido. Yo he terminado sexto con todos los honores, leo Cómics y espero con mi hijo una mejor época.

Tomado del libro El atravesado (Editorial Norma. Febrero del 2002).

Biografía

Andrés Caicedo nació en Cali (V) en 1951 y murió en la misma ciudad en 1977. Novelista, cuentista, crítico de cine. Sus relatos, escritos compulsiva y automáticamente, plantean un lenguaje y un derrotero que la literatura colombiana apenas se había atrevido a tocar: la marginalidad juvenil de la clase media de los años setenta y ochenta frente a instituciones caducas como la familia, el colegio, la sociedad misma.

En su cuento Maternidad el joven narrador busca salvarse de un mundo decrépito y decadente.

OBRA: El atravesado (Novela corta, 1975); ¡Qué viva

la música! (Novela,1977); Angelitos empantanados o historias para jovencitos (Cuentos, 1977); Destinitos fatales (Recopilación póstuma de cuentos y una novela inconclusa titulada Noche sin fortuna, 1984).

Glosario

ABSTRAÍDO adj. Distraído, ensimismado.

ALBOROZADA fig. Alegre, placentera, regocijada.

ALABANZA f. Elogio.

ANALGÉSICO s. Medicamento para evitar el dolor.

AÑORANZAS f. Nostalgia, melancolía.

ARISTOCRÁTICO adj. Fino, distinguido.

CADUCAS adj. Viejas, atrasadas.

CARBONERO m. Col. Nombre dado a ciertas acacias o árboles de la familia de las leguminosas.

CEREBELO m. Centro nervioso del encéfalo, fig. Cerebro.

CÓCCIX m. Ultimo hueso de la columna vertebral.

COMICS m. Historieta ilustrada. Muñequitos.

COMPULSIVAMENTE adj.

Con prisa, con fuerza.

DECADENTE adj. Que degrada, rebaja, deteriora. En ruina. DECRÉPITO adj. Viejo.

DERROTERO m. Rumbo,

camino.

DESPUNTABAN Del v. Despuntar. fig. Descollar, sobresalir.

EDELRASSE Vocablo de origen alemán. Viene de Edel (noble, generoso) y Rasse (raza, casta). Noble raza, noble casta.

EXHALANDO Del v. Exhalar. Arrojar, fig. Lanzar.

FEROZ adj. Cruel, fig. Terrible. FRENÉTICO adj. Con delirio, con entusiasmo.

GILLETES s. Nombre propio de una cuchilla de afeitar.

IMPAVIDEZ f. Frescura, fig. Quietud.

INCOHERENCIAS f. Frases sueltas que no tienen conexión. INTIMIDARLA Asustarla, fig. Impresionarla.

LANGUIDAS fig. Débiles, insignificantes.

LECHEROS adj. Arboles cuya hoja produce leche. Sus ramas se utilizan para cercas contiguas en tierra fría.

MANUSCRITO adj. Escrito a mano.

MARGINALIDAD fig. Por fuera, al margen.

MELANCOLÍA f. Tristeza, depresión.

NIETZCHE, Friedrich. Filósofo alemán (1844-1900).

PECULIAR adj. Propia, peculiar.

PEPAS fig. Pastillas alucinógenas.

POSTUMA adj. Publicado

después de la muerte del autor.

PRESAGIO m. Augurio, vaticinio.

RASGUÉ Del v. Rasgar, fig. Marcar, dejar señal.

ROSSEAU, Juan Jacobo. Filósofo nacido en Ginebra (1712-1778).

SAN AGUSTÍN Ciudad de Huila (Colombia). Cerca hay un parque con ruinas precolombinas.

TESTIMONIO m. Prueba, testificación.

TRANSUBSTANCIACIÓN f. Convertir una sustancia en otra, el pan y el vino en el cuerpo y sangre de Cristo.

TRASCENDIENDO fig. Llegar a construir algo importante.

VERA f. Orilla.

Tenaz, hermano

Gabriel Jaime Álzate

-Gente común y corriente -dijo sentado al borde de la carretera mientras los veían pasar.

Eran mujeres y hombres, niños y ancianos que llevaban a cuestas cajas de cartón, asientos viejos, gallinas, ollas, colchones y atados de ropa.

El mismo que había hablado, añadió para sí: parece que se hubieran montado en una serpiente que bordea la carretera. El que se hallaba a su lado, junto al carro, abrió otra cerveza, bebió y preguntó:

- ¿Nosotros somos gente común y corriente, o gente normal?

-Gente normal. Tenemos padres, casa, hermanos. Comemos tres veces al día. A nosotros, dice mi abuela, nos

bautizaron con agua bendita.

-Yo no recuerdo que me hubieran bautizado con agua bendita, de la llave, o del río. No sé qué tenga que ver eso con nosotros.

-No, no es eso. Mi abuela, cuando sabía de alguien que no había sido bautizado, se apresuraba a olerlo en la cabeza, y ¿sabes qué decía?

- ¿Cómo voy a saberlo? Tu abuela debió morir hace tiempo. Si sé de ella es por tus historias, de lo contrario, pensaría que ni abuela habías tenido. Nosotros ya no somos de esa gente que conoció a los viejos, parece que hubiéramos llegado cuando no había nadie que diera cuenta de lo que pasó ayer, o hace años. A veces, ni reconozco a mi mamá. Veo a una señora que jode todo el tiempo, pero nadie me garantiza que esa señora me haya parido. De mi papá siempre supe muy poco, se fue a los Estados Unidos con su secretaria. Desde allá escribe todos los días por el correo electrónico. Y manda billete. Al hombre le va bien.

- ¿Quieres que te cuente, o no?

-Sí, cuenta, cuenta.

-Mi abuela decía que los niños que no habían sido bautizados olían a azufre.

- ¿Azufre? ¿Por qué?

-Será porque el azufre huele a mierda.

-Ah, ya.

-Entonces esta gente... -hizo un gesto con la cabeza, botó la lata de cerveza y alcanzó otra. La gente seguía pasando sin mirarlos, o mirándolos sin verlos.

-Parece que vienen de lejos, de todas partes. Son tantos que no va a haber sitio para todos en esta ciudad. No vamos a caber y quién sabe si después nosotros tengamos que largarnos para otro lado. Es mucha gente, los he visto en la esquina de mi casa, los veo por todas partes: limpian los vidrios de los carros, hacen piruetas, bailan y cantan como esa gente que aparece en las películas gringas. Gente llena de violencia, aburridos con la vida que matan por una moneda, por cualquier cosa.

- ¿Esa gente de las películas es igual en todas partes?

-Creo que sí. Se visten igual: ropa costosa y de marca con letreros grandes en colores fuertes. Si son pobres, no me explico de dónde sacan el dinero para conseguirla. Miran por encima del hombro. Respiran como si gruñeran. Les encanta jugar dominó. Se amanecen jugando, y golpean las fichas contra la mesa como si con eso quisieran acabar con el mundo.

- ¿Quién habrá inventado el dominó?

-No sé, algún matemático, supongo.

- ¿Por qué un matemático? ¿Por qué no un desocupado?

-Es lo mismo. Esa gente siempre está contándolo todo, haciendo cálculos pendejos: cuántos ladrillos, cuántos faroles; miden la velocidad de todo, es como una maldita manía; qué pasa si A se mueve hasta C y luego se resbala hasta el punto X; cuánta distancia hay de aquí hasta allí y en fin. Ese juego de punticos del uno al seis tan pendejo.

-Los matemáticos son gente aburrida, muy aburrida. - ¿Conoces a alguno?

-No. Pero si todo lo miden, lo suman, lo cuentan, lo calculan, imagínate cómo será de aburrida una conversación con ellos. Deben contarle a uno hasta los parpadeos, los gestos, los eructos.

-Yo creo que son diferentes. Hmm, esa gente siempre vive corriendo.

- ¿Los matemáticos?

-No, hombre, los tipos esos de las de las películas. Siempre viven corriendo. ¿Te has dado cuenta que cuando una película empieza con gente como ésa siempre van en carros a

toda velocidad?

-No sé, hace rato que no voy a cine. A la mona ya no le gusta ir a cine.

-Las monas son simples como besos de bobas.

- ¿Alguna vez has besado a una boba?

-No. Es una manera de hacer comparaciones. En mi unidad residencial vivía una boba. El papá la violaba Hasta que la mamá se dio cuenta.

-Ehh... ¿cómo lo supiste?

-No lo supe yo. Todo el mundo lo supo. Es que la boba era muy bonita.

-Entonces no era boba. Bobas bonitas no puede haber.

-También era muda.

-Estás inventando: boba, bonita y muda, y que el papá la viole, eso no lo cree nadie.

-Palabra que sí. Una noche, el tipo llegó borracho y armó una pelea tremenda con la esposa. Gritaron tantas cosas que todo el vecindario se enteró de lo que pasaba. Después que dejaron de discutir, apagaron la luz y nunca más los volvimos a ver.

- ¿Desaparecieron?

-Se fueron a vivir a otra unidad residencial.

-Todavía debe violarla. ¿Y, esta gente, qué?

-No sé. Mi papá dice que vivían en otra parte, que tuvieron que irse de sus tierras, abandonar todo. También dice que es por la guerra.

- ¿Qué más dice tu papá?

-Que ahora qué vamos a hacer, que esta gente como no tienen nada, les importa un culo cualquier cosa, que les da lo mismo diez que ochenta. Cada vez que mi papá habla de eso putea y putea a todo el mundo. Después se queda callado.

-Tu papá parece matemático. Es bien divertido eso de que diez y ochenta dan lo mismo. Pero ¿por qué se queda callado cuando hay tanto de que hablar?

-Creo que es por la guerra.

-Tenaz la guerra, hermano. Ehh, pero uno tiene que hablar mientras esté vivo.

-Allí donde yo vivo hay un tipo paralítico. Bueno, no era paralítico, no nació así, pero quedó así por la guerra.

-No me vas a decir que allí también hay guerra y se

disparan y todo eso. Hasta violadores de bobas habrá, pero guerra, ehhh... Ni que vivieras en un televisor.

-No. El tipo tiene camiones de esos que cargan contenedores llenos de mercancías que traen desde los puertos. Y un día, el tipo iba en uno de esos camiones... ¿sabes lo que es tener camiones, no es cierto?

-Sí. Es como tener mucha, pero mucha plata.

-Venía por la carretera que pasa por el Lago Calima, y le salieron unos tipos armados y lo intimidaron...

-Te lo dije: pareces un noticiero. Esas palabras sólo las dicen los presentadores de noticias.

- ¿Vas a dejar contar, o no?

-Pero no hay necesidad de emputarse, hermano.

-Es que no dejas contar. Siempre estás interrumpiendo.

-Mejor me callo.

-El hombre no quiso parar y les tiró el camión encima y lo encendieron a plomo y el tipo, como pudo siguió y siguió hasta que no aguantó más, pero le habían dado.

-Claro, lo mataron.

-No lo mataron, apenas le dieron unos tiros. ¿No te dije

que estaba paralítico?

-Ah, sí. Es que como estamos hablando de tanta gente uno se confunde: bobas, violadores, paralíticos, la guerra.

Tenaz eso, hermano. Un paralítico.

-Y no duerme. Y tampoco deja que apaguen los bombillos de su apartamento ni de día ni de noche se queja y grita todo el día y toda la noche. Como si estuvieran matándolo a pedacitos. Jura que los va a buscar hasta dónde sea y que si los encuentra se hace matar del todo, porque, así como está no sirve para nada.

-Mejor gritar que estar muerto. Ese hombre debe estar loco.

-Mi papá dice que eso se llama...

-Tu papá como que sabe muchas cosas, ¿no?

-Pobrecito mi papá.

- ¿Cómo puede uno hablar así de un papá tan inteligente como el tuyo? Pobrecito el mío que se enredó con el espantajo de su secretaria y se tuvo que ir del país porque los hermanos de esa vieja lo amenazaron.

-Tan pendejos, si se la llevó a vivir a los Estados Unidos, debían estar agradecidos.

-La gente es así, hermano. ¿Cómo dice tu papá que se llama esa enfermedad?

-No recuerdo. Como me interrumpiste, se me fue la paloma. Pero si es una enfermedad que tiene que ver con la guerra, ha de ser una enfermedad muy tenaz.

-Pero ¿por qué dijiste que pobrecito tu papá?

-La otra noche le oí decir que se sentía como un gato enjaulado.

-Cuando la gente empieza a decir esas cosas, por algo será. Está bien que tuviera una secretaria bien puta, o que lo hubieran dejado paralítico a tiros y ya no pudiera manejar sus camiones.

-No hay derecho.

- ¿Nos vamos?

-Sí. Mejor nos vamos. Se está haciendo tarde.

El carro levantó una polvareda cuando retrocedió, evitó la cuneta, y se metió en la carretera a toda velocidad.

El que conducía vio por el espejo retrovisor cómo la serpiente negreaba al borde de la carretera: niños, hombres, mujeres y ancianos con sus atados al hombro, algún perro

amarrado del cuello por un cordel, gallinas y muebles viejos. Pulsó el botón de encendido del radio y le dio el máximo volumen.

-Se acabaron las cervezas -dijo, pero su compañero no lo escuchó porque estaba dormido.

Tomado del libro Los muchachos son ustedes (Cuentos. Inédito. De próxima publicación por la Universidad de Antioquia).

Biografía

Gabriel Jaime Álzate nació en Medellín (A) en 1951. Novelista, cuentista. Sus relatos nos hablan de hombres que sueñan con inventarse destinos felices, seres que luchan con el hastío y que aceptan los celos y la traición como parte sustancial del amor. Su cuentística se acerca también a los conflictos personales en donde la familia, las parejas y los adolescentes expresan el amor y el desamor, el terror y la locura, la apatía e intolerancia como un reflejo de la Colombia actual. Gabriel Jaime Álzate vive en Cali desde hace treinta años.

En su cuento Tenaz, hermano los desplazados campesinos de Colombia se constituyen en una amenaza que

enturbia el aparente orden de la ciudad.

OBRA: Baile de máscaras (Premio Nacional de Novela Ciudad de Pereira, 1985. Inédita); La hora del lobo (Cuentos, 1996).

Cabeza de ángel

José Ignacio Izquierdo

Lo que cae desde el aire y toca tierra como saben las

aves, está muerto.

Gabriel Celaya

Madre ha dicho que esta Navidad no podrá venir a verme. De cuando en cuando, con sus visitas, ella rompe este ritmo de monotonía al que he sido sometido. Nunca hablamos, aunque fuera mejor decir que nunca hablo, ya que ella por su parte se pasa horas enteras contándome todo lo que pasa allá afuera. La escucho sin atención y me limito a responder con monosílabos. A intervalos me interesa su charla cuando habla de los muchachos, aunque sucede que al cabo de un rato ya no le escucho, me meto en mis propios recuerdos que es lo único que cuenta. Después de un rato no tiene sentido seguir escuchando algo que ha perdido todo su encanto, ellos ya no me interesan, están demasiado lejos de mí y creo que si tuvieran una nueva oportunidad también me juzgarían. De cualquier manera ya nada volverá a ser como antes, pues todos aquellos que fueron importantes en mi vida se han ido de este mundo.

Es como si el recuerdo se encargara de estancar el tiempo en el juego de unos chicos para quienes ya no tiene sentido su transcurrir. Así, mientras madre habla, mi pensamiento transita por una región creada exclusivamente por

nosotros, un espacio vetado para quienes la vida no ha sido un juego, para quienes cuentan el tiempo con instrumentos de medida. Y allí, en ese pedazo de realidad, están los muchachos que día tras día venían a nuestra calle a jugar. Venían a preparar batallas que muchas veces se prolongaban hasta el anochecer, cuando madre salía a buscarnos dando gritos por todos los rincones, hasta que al fin nos encontraba en algún solar enmalezado, echándonos tiros con pistolas de fulminantes o cruzando, como pequeños mosqueteros, nuestras espadas de madera o de plástico.

Madre ha hablado de un viaje. Piensa ausentarse por un tiempo no muy largo, dijo, como si en realidad pretendiera excusarse por su futura ausencia. En verdad no me importa si no vuelve a visitarme, fue ella quien me internó aquí, desembarazándose con ello de ese pequeño demonio que le ha causado tantos dolores. Me tratan como a un ser infernal y madre ha contribuido a ello, pensando que con bendiciones y rezos podrá rehacer lo que no tiene más remedio que olvidar. A veces pienso que su actitud es sincera, que el dolor que demuestra sentir por no volver a verme es auténtico, pero también no deja de ser un alivio no verla más. No volveré a ver, al menos por un tiempo, esa expresión de infinito pesar que ella esgrime cada vez que viene, procurando hacerme sentir culpable de su desgracia.

Ha dicho que se marcha, la visita terminó, es hora de regresar a casa y me alegra que me deje de nuevo solo, ahora sí por mucho tiempo. Quiero que se marche para poder recuperar mi región perdida, aquélla donde aún se encuentran Daniel y Álvarez, Clemencia y Rolando, quiénes nunca podrán venir a verme, tampoco podrán salir de esa región creada especialmente para ellos, en donde no existen limitaciones impuestas ni ataduras. En donde ya no tiene sentido ir a ver películas de vaqueros o de guerra, como antes cuando íbamos todos los domingos y aún en semana. Películas que luego poníamos en práctica, como el día en que intentamos representar a Roco y sus hermanos-, Daniel y Rolando terminaron con la nariz reventada, los ojos morados, hubo que llevarlos a la farmacia para que los curaran y luego perdernos, no volver a salir en toda una semana, pues tan pronto como se enteró, el hermano mayor de Daniel nos sentenció una paliza.

Nunca habíamos visto películas sobre Vietnam. Siempre veíamos películas en donde morían muchos alemanes malos y los otros, los de uniformes verdes o caqui siempre salían triunfantes, conquistaban países y en todas partes eran bien recibidos. Me impresionaron aquellas películas sobre esa nueva guerra, de la que nunca habíamos oído hablar. Vimos la de los hombres que viven tranquilos en un pueblo frío en donde aún se podía cazar ciervos. Los hombres van a la guerra y caen

prisioneros de otros hombres que se divierten jugando a la ruleta rusa con ellos. Ellos vuelven, pero quedan mal, todos salen mal, nadie queda bien librado. No entendía por qué esos chinos jugaban a la ruleta rusa con los prisioneros y los creía tan malos como los alemanes de las películas que habíamos visto. Después, padre me contó que a ellos la guerra los obligó a sufrir cosas peores; entonces me di cuenta del estado en que quedaban todos. Comprendí que eran películas en donde nadie ganaba, en donde todos eran perdedores. Padre dijo que sí, que así había sido esa guerra. Luego vimos la otra y ya no pudimos volver nunca más al cine. Sí, vimos aquella en la que al soldado lo pillan en un hotel, lo mandan a buscar a otro hombre que se les ha salido de las manos, le dan una lancha con otros hombres que lo acompañan y emprenden un viaje a través de un río largo, interminable.

Me gustó mucho la película, en mis sueños volvía a aparecer el río, también los aviones y los helicópteros que colgaban en los enormes árboles de la ribera, y recuerdo que le pedí a padre que me hablara de ella. Él lo hizo durante varios días y así tuve para rato con los muchachos. Fue entonces cuando encontré el revólver de padre guardado en un armario.

Ya nos era imposible representar una guerra en donde todos eran perdedores, en donde no había diferencia entre los héroes y los villanos, y ante la cual, los anteriores juegos no

eran más que cuentos de hadas.

Madre se ha marchado y su imagen desaparece de mi mente a medida que sus pasos resuenan en el pasillo. No sabe cuánto tardará en volver, pero hará todo lo posible para que no sea demasiado tiempo, ha dicho antes de salir. Sólo he atinado aceptar con la cabeza mientras la veo echarme bendiciones desde la puerta. Sus pasos resuenan en el pasillo, igual que muchas veces resuenan en mi cabeza los estampidos de los disparos, confundidos con las risas de los muchachos, que no querían creer, que nunca tuvieron oportunidad de creer, que ya no se trataba de un juego y no era cosa de combates entre héroes y bandidos.

Mañana vendrá seguramente este hombre que una o dos veces por semana llega y se acomoda frente a mí en un asiento, pretendiendo que le cuente todo lo que ha pasado. Por mi parte me resistiré a hablar, como siempre lo he hecho, como lo seguiré haciendo, porque no tiene sentido contarle algo que, sé muy bien, no podrá entender. Como nunca le hablo de lo que pretende, se empecina en que le cuente otras cosas, en especial sobre mi familia, cómo me trataban en casa, todo.

Mañana vendrá pero no voy a contarle nada porque aunque quisiera tampoco podría. Seguiría oyendo sus estrepitosas risas en medio de los disparos y el resonar de las

carreras de Daniel y de Álvarez tratando de esconderse entre los matorrales o tras los muros de los antejardines. Todos corrían a esconderse mientras los cazaba y aun cuando caían no acataban a entender la dimensión de su realidad. Vendrá este hombre que a veces se pone bata blanca a preguntarme por cada uno de los cinco. Será en ese momento cuando le aclare que eran solamente cuatro, porque padre es caso aparte, él estaba excluido del juego y se convirtió en el punto final de las películas que no terminan bien. Salió dando gritos al descubrir a Rolando y a Clemencia tirados en la calle y corrió detrás de mí tratando de quitarme el revólver de las manos. De eso tan sólo queda una oscura confusión de sonidos, que mezclan el grito de padre cayendo de espaldas y el retumbar del revólver que aún permanecía en mi mano.

El hombre vendrá y se irá tal como se ha marchado madre. Mientras tanto permaneceré sin decir una sola palabra más de las que he dicho.

Madre ha dicho que esta Navidad no vendrá a verme No importa.

Tomado del libro Ese dulce sabor del olvido (Cuentos. Colección de Autores Vallecaucanos. Cali, 1994).

Biografía

José Ignacio Izquierdo nació en Bugalagrande (Valle) en 1953. Cuentista, novelista, poeta. Sus personajes son una serie de voces impedidas de dialogar, de expresarse. Voces que ocultan realidades propias cercanas al terror, a la misoginia, la crueldad infantil, la inocencia y la perversión. Personajes que quieren saltar apabullantes sobre el lector para mostrarle mundos interiores complejos, extraños y solitarios.

En su cuento Cabeza de ángel una confusión infantil origina una tragedia.

OBRA: Mejor cambiar de careta (Poesía, 1986); Es mejor cometer faltas nuevas (Cuentos, 1999); Con el circo llegaban las moscas (Novela, 1999).

Glosario

ACATABAN Del v. Acatar, fig. Lograr.

ACTITUD f. fig. Disposición de Ánimo.

APABULLANTES Del v. Apabullar. fig. Reducir al silencio, dejar confuso.

CAZABA Del v. Cazar. Perseguir.

CIERVOS m. Género de mamíferos rumiantes.

COMPLEJOS adj. Compuesto de elementos diversos. Complicados.

CONFUSIÓN f. Desconcierto, desorden.

DESEMBARAZÁNDOSE Del v. Desembarazar. Quitar, apartar.

EMPECINA Del v. Empecinar. Obstinar, empeñar.

ESTREPITOSAS adj. Ruido, alboroto.

EXCLUIDO Del v. Excluir. Por fuera.

HÉROE m. Personaje principal de una aventura.

INTERVALOS m. A ratos, por momentos.

JUZGARÍAN Del v. Juzgar fig. Fallar en contra de uno.

MISOGINIA f. fig. Seducir para luego destruir.

MONOSÍLABOS adj y s. Palabras de una sola sílaba.

MONOTONÍA f. Falta de variedad en una cosa.

MOSQUETEROS m. Soldados armados.

PALIZA f. Zurra de golpes.

PERVERSIÓN f. Cambio del bien en mal.

REHACER f Reparar, reponer. RIBERA f. Orilla del mar o de un río.

TRAGEDIA f. Drama, fig. Acontecimiento funesto.

TRASCURRIR v. Pasar el tiempo.

VETADO Del v. Vetar. Prohibir. VIETNAM, República Democrática del. Estado situado al S.E. de Asia.

VILLANOS s. Ruines, despreciables.

El sexto mandamiento

Juan Fernando Merino

EL dolor y al automóvil los conocí el mismo día. Un automóvil por dentro, quiero decir, y un dolor por todas partes. Y menos mal que la tía Guillermina no se ha dudo dienta. Porque muy advertida me tiene. Todas las mañanas, mientras preparo los cuadernos y los lápices, dice: niña, mucho cuidado con los hombres porque todos son iguales. Lo único que quieren es desgraciarte v apenas encuentran lo que buscan te abandonan como un trapo viejo y se van a conseguir otra tonta. Sí, tía Guillermina, contesto, y me voy a la escuela con los ojos esquivos para no dar ocasión a que me desnuden con la mirada. Eso dice la Madre Superiora: que el Diablo ha puesto lamparitas en los ojos de los hombres para desnudar con la vista a las mujeres y ablandar su castidad cristiana.

Mi Diablo había estado escondido, pero a principios de

este año escolar empezó a perseguirme los ocho minutos de recorrido entre la casa y la escuela y sobre todo los ocho entre la escuela y la casa. A esa hora hay más lámparas caminando por las calles del pueblo o reunidas en las esquinas diciendo groserías y juntando malos pensamientos para ablandarnos de cabeza a pies.

A la tía Guillermina el Diablo ya la dejó descansar, pero sufre en carne propia los dieciséis minutos diarios que estoy en constante peligro... Bueno, quince solamente, porque a pesar de su cojera me aguarda en la esquina todos los días.

Sin falta. Porque ella tiene el cuerpo muy desmejorado, pero la voluntad firme. Muy firme. A pesar de las pruebas tan duras que le ha enviado el Señor.

Lo triste es que con la prueba más dura la perjudicada fui yo. Sí; porque el último día de mis vacaciones a la tía Guillermina se le ocurrió calcular distancias y tiempos. Esa mañana me dijo: niña, tráeme el reloj de la sala porque vamos a dejar establecido a qué horas tienes que estar cruzando esa puerta. Salimos a los atrancones y la tía atravesó el pueblo velozmente, arrastrando sus piernas gordotas como si la estuvieran persiguiendo y sin parar siquiera para secarse el sudor. ¿Resultado? ...Once minutos entre la escuela y la casa y diecinueve entre la iglesia y la casa. Cuando se acabó la

medición la tía hizo cuentas en una libreta, descontó el 30% porque mis piernas no estaban enfermas y se tuvo que ir a recostar porque tenía el cuerpo martirizado.

Lo del descuento me perjudicó mucho. Antes yo me entretenía en el camino, con tantos árboles y pájaros y flores, o me sentaba en el puente a ver pasar pescados en contravía, pero desde ese día el tiempo me ha quedado tan apretado que siempre ando apurada, sin saludar a nadie y a veces hasta tengo que correr las últimas calles.

De la medición no me voy a olvidar nunca. Porque ese día vi por primera vez a Carlos Aníbal, al lado del almacén, con su delantal blanco muy limpio, muy planchado, y porque en el esfuerzo por arrebatarme mi tiempo la tía Guillermina se acabó de torcer los pies y nunca más volvió a caminar derecho.

Carlos Aníbal es aprendiz en el Grano de Oro, que está a diez minutos de la casa, o sea cinco y medio de la iglesia porque es por ese camino. Cuando se dio cuenta que los domingos yo pasaba en frente empezó a esperarme antes y después de misa. A la ida únicamente me saludaba, pero a la vuelta caminaba conmigo hasta que veíamos la sombra oscura de la tía Guillermina en la esquina de la casa. No podía acompañarme a misa porque la señora Hortensia está

encargada de esperarme en el atrio. A la salida la encargada del control es doña Gertrudis. Como vive cerca de la iglesia tengo que pasar por su casa y decirle: Buenos días, doña Gertrudis, ya terminó la misa. Bueno, mija, entonces derechito a casa y mucho cuidado con recibir dulces ni regalos ni nada. Y no se le vaya a ocurrir hablar con ningún hombre. Sí señora, no señora. Pero es que Carlos Aníbal no era un hombre. Era Carlos Aníbal.

Al principio casi ni me miraba porque le daba vergüenza. Después sí. Y me traía dulces, flores del campo y los poemas que me escribía. Había uno que decía: Eres como la brisa del valle sereno. Y en otro renglón: que llena de fragancia la campiña. Ese me gustó mucho y lo metí en el libro de geometría junto con una violeta perfumosa. Otras veces me regalaba chocolatines que sacaba prestados del Grano de Oro. No muchos, Carlos Aníbal, le decía, porque me los tengo que comer por el camino y si no tengo apetito la tía Guillermina va a pensar que he aceptado comidas ajenas.

¿Sermón?, me pregunta ella los domingos apena llego a la esquina. La familia cristiana o los peligro'. de la carne o la construcción de una iglesia más amplia y funcional, contesto yo según sea el caso. Pero en esos días le contestaba medio elevada porque todavía estaba pensando en Carlos Aníbal. Y me angustiaba, me angustiaba muchísimo porque en la escuela

nos hacen repetir los mandamientos todas las mañanas y el primen > es amar a Dios sobre todas las cosas y yo pecaba porque cada rato me acordaba de Carlos Aníbal y en cambio apenas le informaba a la tía se me olvidaban los sermones del padre Acevedo.

Los mandamientos los explicó la Madre Superiora a principios del año escolar. Sobre todo el Sexto, que es el pecado más feo, el más sucio, y también debe ser el más largo porque empieza con un mal pensamiento y termina con la perdición eterna. Y es por culpa del Sexto que ha pasado todo lo que ha pasado. Sí, porque el diecisiete de octubre sor Clemencia, la monja de Costura y Urbanidad, revisó maletines y pupitres y todo lo que no le gustó lo juntó en un montón en el centro del patio y le prendió candela para purificarnos contra los pecados del Sexto.

En la hoguera ardieron todas las novelas de Corín Tellado; ardieron las revistas de moda; ardieron los actores de cine. Y ardieron los poemas que me había escrito Carlos Aníbal y que yo tenía escondidos en una esquina del pupitre en una carterita azul celeste de bordes anaranjados. Pero eso no fue lo peor. Lo peor fue que las monjas mandaron a cada hogar una carta con la lista de objetos pecaminosos que la mencionada alumna ha introducido trasgrediendo las normas disciplinarias establecidas por este plantel docente... ¡Ay, la tía

Guillermina! ¡Qué furia! ¡Qué gritos! Hasta pensé que

Iba a morir de la ira y me tendría que mudar a la casa de la lía Alicia, que como sí tiene las piernas sanas me esperaría a la salida de la escuela, a la salida de la iglesia y hasta a la salida de la tienda de la esquina cuando me mandaran a comprar aspirinas.

No se murió, pero gritó hasta que se quedó ronca, me insultó, me menospreció, me dijo libertina, irresponsable y casquivana y también que había puesto en juego el honor de la familia. Y no hubo manera de explicarle que no era ningún juego, que Carlos Aníbal me quería de verdad, que era la única persona en el mundo que me comprendía y que nos íbamos a casar algún día. Nada. Y me advirtió que si ese muchacho y yo hablábamos una palabra, una sola palabra, ese mismo día me encerraba de novicia en el convento de las franciscanas.

No podíamos hablar, pero los domingos cuando yo pasaba en frente del Grano de Oro, Carlos Aníbal se asomaba desde una ventana del segundo piso, me tiraba besos y me hacía señas de que recogiera las cartas. Las escondía cerca de la esquina, detrás de un árbol de manzana.

En las cartas me contaba muchas cosas: que soñaba conmigo, que estaba aprendiendo contabilidad por correspondencia, que su hermana mayor conocía la capital, que

se casaría conmigo, aunque tuviera que esperar toda una vida y que Javier le estaba enseñando a escondidas a manejar el automóvil del almacén. Ya sé maniobrar el timón, me escribió una semana. Lo enciendo, lo apago y domino los botones, escribió otra Y un domingo me explicó con una letra muy robusta: Solamente me falta la reversa, el automóvil nos sacara de esta cárcel de amor.

Yo le explicaba que estaba loco atornillando y desatornillando mi cabeza. Desde su ventana Carlos Aníbal se reía y movía los brazos rapidísimo, como si estuviera viajando por una carretera con muchas curvas.

La semana antes de lo del tren escribió: el próximo domingo después de misa te espero en el automóvil detrás de la iglesia para dar una vuelta. No te preocupes. Volveremos a la hora de tu tía.

Toda esa semana estuve angustiada e indecisa: que no, que sí, que no, que sí, que no, que sí, que por nada del mundo, que tal vez sí, que me expulsarían de la escuela, que el Ángel de la Guarda se da cuenta de todo, y la tía Guillermina también. No comía, no dormía, no estudiaba, me secaba por dentro. Y el domingo antes de misa no sabía qué hacer. Sólo me decidí después del sermón del padre Acevedo. Porque dijo que teníamos que cumplir con nuestras limosnas y obligaciones a la

Iglesia para estar siempre en gracia de Dios pues la muerte nos podía sorprender en el momento menos pensado. ¡Ay! Yo no quería que la muerte me sorprendiera tan pronto. Sin despedirme de Carlos Aníbal. Sin conocer un automóvil por dentro. Y mucho menos en Desgracia y entonces puse todas mis monedas en el palo con la bolsa negra que pasaba el monaguillo y cuando por fin dijo el padre Acevedo que podíamos ir en paz, salí corriendo de la iglesia, crucé la calle "Hiendo y llegué en un instante a la casa de doña Gertrudis. Se acabó la misa. Bueno, mija, y ahora derechito a casa porque el Demonio anda suelto de día v de noche y no respeta ni los domingos del Señor.

Carlos Aníbal me estaba esperando. Como si hubiera adivinado lo que iba a decir el padre Acevedo. Subí y me acurruqué en el asiento. Avanzábamos a todo galope. Carlos Aníbal brincaba cuando pisábamos una piedra en el camino, respiraba en voz alta y miraba para todos lados: hacia delante, después su reloj, las agujas y los números debajo del timón, mi pelo que estaba muy alborotado, otra vez las agujas, otra vez el camino, otra vez mi pelo... Ya puedes mirar, dijo. Levanté la cabeza, despacito, pero la bajé como un rayo porque la Madre Superiora nos perseguía enfurecida. ¡Uy! grité, y me escondí entre las piernas de Carlos Aníbal. Cuidado, ahí no, ¿qué te pasa?, gritaba él todo nervioso. Es que viene sor Florencia,

decía yo, nerviosísima también. Entonces nos debimos salir de la carretera porque brincábamos como grillos y los intestinos del automóvil hacían mucho estruendo. Paramos. Carlos Aníbal asomó la cabeza por la ventanilla y dijo que no, que no nos perseguía nadie, que yo debía tener fiebre y entonces empezó a buscarme la fiebre por todas partes y como no la encontraba, más se desesperaba y más buscaba. Yo estaba encogida y asustada, pero alcancé a oír el tren de las once y me puse muy contenta... estiré las manos, estiré los brazos... El tren venía de muy lejos, repetía traque traque traque traque traque traque y aullaba para soltar el humo por la chimenea. Estaba más y más cerca, el cielo se ponía rosado, los árboles se movían, la tierra temblaba y yo quería volar para ver mejor al conductor de la gorra verde que conoce todos los sitios y tiene los brazos fornidos de tanto saludar a las niñas y niños que lo esperan a la orilla de la carrilera. Más rápido, señor conductor, más rápido, más rápido, le gritaba... pero en ese momento me di cuenta que no era el conductor sino el padre Acevedo que me señalaba con un dedo gordo como una arracacha para que me viera todo el pueblo. El tren estaba repleto: desde una ventanilla me amenazaba la tía Guillermina con una escoba de chamizos, después la señora Hortensia y doña Gertrudis y sor Teresa y sor Clemencia con una fotografía del Infierno y el monaguillo con el palo largo de la iglesia. Sentí tanto desespero que le iba a pedir a Carlos Aníbal que me ayudara, pero ya no

pude porque el Diablo me había castigado, lo había malogrado todo y había puesto lamparitas en sus ojos y entonces no era Carlos Aníbal porque ahora era un hombre y yo lo arañé, lo golpeé con las manos, los puños y los pies y después me tiré en la mitad de la carrilera y el tren de las once me pasó por encima de los brazos, las piernas, los tobillos, la garganta y el estómago y sentí un dolor horroroso por todas partes. Cerré los ojos con mucha fuerza, hasta que me ardieron, y cuando los volví a abrir el que antes era Carlos Aníbal estaba diciendo que me bajara del automóvil porque estábamos muy cerca. Y que me tranquilizara. Que me quedaba un minuto y medio.

Corrí hasta la esquina y desde allí vi la sombra de la tía Guillermina. Aproveché el minuto que me quedaba para arreglarme el pelo y el vestido. Llegué a la hora exacta. ¿Sermón?, me gritó. Los tres enemigos del hombre, contesté y sobándome el estómago le mentí que tenía que orinar y me adelanté para encerrarme en el baño a llorar.

Tomado del libro Las visitas ajenas (Cuentos. Colección de Autores Vallecaucanos. Cali, 1994).

Biografía

Juan Fernando Merino nació en Cali (V) en 1954. Traductor, cuentista, novelista, periodista, viajero. En sus

cuentos encontramos personajes de clase media que aspiran a ascender en la espiral social, familiares que enloquecen, metamorfosis de mujeres buscando la negación del presente, seres asombrados ante culturas nuevas. Merino ha incursionado con acierto en el cuento policiaco.

En su relato El sexto mandamiento una adolescente vive, a su manera, el despertar al erotismo.

OBRA.: Shikamu (Novela, inédita); Habrá una vez (Antología del cuento joven norteamericano. Selección, traducción y prólogo. Editorial Alfaguara, 2001).

Glosario

ATRANCONES m Col. Atropelladamente.

ATRIO m. Andén o pórtico delante de algunos templos. Zaguán.

CASQUIVANA adj. Alegre, atolondrada, fig. Mujer fácil.

CASTIDAD f. Abstinencia de los deleites carnales. Continencia.

CHAMIZOS m. fig. Ramas secas.

DESGRACIARTE Del v. Desgraciar. Col. Echar a perder. LIBERTINA adj. Vida desordenada de vicios y maldades.

MARTIRIZADO Del v. Martirizar. fig. Col. Adolorido, atormentado.

MENOSPRECIÓ Del v Menos preciar. Despreciar.

MONAGUILLO m. Niño que| ayuda en la misa.

NOVICIA f. Tomar el habito religioso para pasar un tiempo de prueba.

SERMÓN m. Predicación desde el púlpito.

TRANSGREDIENDO Del v

Transgredir. Infringir, violar uní. norma.

URBANIDAD f. Cortesía, buen modo.

VIOLETA s. Flor de color mora do muy perfumada.

Harold Kremer

Escuché los golpes de la pala sobre la tierra y estiré la mano para tocar a Yaira. Luego me levanté sobre los codos y en la oscuridad adiviné el bulto de mamá y Titina en la otra cama. Aún era de noche y en el patio seguían los golpes de la pala sacando la tierra. Corrí un poco la mano de Yaira y volví a acostarme. Por entre la pared de esterilla entraba la luz de la luna formando líneas sobre el piso de tierra y las camas. La pala decía chak, chak, chak. Oía también la respiración del que cavaba. Por el ruido supe que venía del lado del hueco donde Yaira y yo jugábamos a escondernos. Recordé la cajita guardada en la pared.

Me senté en la cama y volví a mirar a mamá. Luego me acerqué y vi que no estaba papá. Entonces me arrastré por el suelo hasta la pared y observé a los del patio: uno fumaba y el otro cavaba. No podía distinguirlos bien, pero al instante supe que eran papá y el Caliche. El Caliche agrandaba el hueco. A esa hora era bien de noche y yo tenía sueño. En la cajita guardábamos la moneda de mil pesos que le quitamos al prisionero. Me dormí y cuando desperté, el cielo empezaba a clarear. Me limpié la cara, escupí el sabor a tierra de la boca y miré por el hueco de la esterilla. Papá acomodaba plásticos, piedras y pedazos de madera sobre el hueco tapado. Caliche le

indicaba con la mano y papá se movía a tapar. Terminaron cuando ya era de día. Caliche se fue por el lado del caño y papá fue a lavarse la cara y las manos. Al desayuno dormía y roncaba en la cama.

Mamá nos decía de papá: «Trabaja hasta tarde». Llegaba borracho y mamá dejaba que se montara encima de ella. Papá respiraba fuerte y la cama parecía caerse. Luego mama se levantaba, le esculcaba los bolsillos del pantalón y escondía el dinero en el hueco del pilar de guadua de la cocina. Cuando no llegaba, mamá no hablaba, ni preparaba la comida, ni atendía a la niña. Se sentaba con los ojos rojos en un rincón de la cocina, con una correa en la mano, y cada vez que nos acercábamos tiraba a pegarnos. A mí me daba pesar con Titina porque la agarraba a correazos. Una vez oí a mamá hablando con doña Carmen. La próxima vez la mataba, le decía, sin importarle que la metieran a la cárcel. Mamá decía que cuando papá no llegaba era porque se quedaba durmiendo allá donde ella. Doña Carmen andaba siempre con los vestidos apretados y la risa en la boca. Mamá decía que así se vestían y se reían las mujeres para provocar a los hombres. Con Yaira nos metíamos por los patios y por los lados del caño para ir a verla. Una vez la vimos sentada en las piernas de papá. Tenía la boca pintada y la blusa entreabierta. Papá metía la cara entre la blusa y doña Carmen se reía. Se reía de las cosquillas que le hacía. Yaira se

abrió la blusa, me mostró las téticas, y dijo:

—Chucuan-chudo chuyo chuse-chua chugran-chude chuvoy chua chuser chucochumo chue-chulla.

A media mañana Yaira y yo fuimos al hueco. Papá y el Caliche lo habían rellenado. Yaira se puso a buscar las muñecas que papá le traía del Basuro y yo me asomé al caño a ver si encontraba la colección de carritos que me regaló la tía Isaura. Cuando nos acordamos del dinero quitamos los plásticos, las piedras y los pedazos de madera y luego cogimos unos pedazos de cerámica y nos pusimos a raspar la tierra. Pero la tierra estaba apretada de lo duro que le habían dado con la pala. Yaira se sentó a llorar porque quería mucho a sus muñecas. De pronto me dijo:

—¿Chuy chuel chupri-chusio-chune-churo?

Le recordé que lo habían reclamado y que a papá le iban a dar su buena recompensa. De lo pura tarada que siempre ha sido no quiso entender y volvió a llorar por las muñecas y los mil pesos.

Papá nos dijo que se encontró al niño en un parque y que como nadie aparecía para reclamarlo lo había traído a casa y lo iba a guardar hasta que aparecieran los papás y le dieran una buena recompensa. Lo que no entendíamos era por qué lo tenía amarrado con una cadena. Era del grande de nosotros y

papá le daba una medicina para la enfermedad que sufría. Así se dormía y no le dolía. Cuando despertaba jugábamos a la guerra y le decíamos que esa era una cárcel y que él era el prisionero de papá.

Al mediodía cuando papá se levantó nos dijo que ya había entregado el prisionero y que le iban a dar una buena recompensa.

Por la noche no apareció. Mamá salió a buscarlo y cuando despertamos al día siguiente estaba sentada con la correa en el asiento de la cocina. A mí me despertó el llanto de Titina. Chucé a Yaira y nos salimos al patio. Titina gateaba detrás de nosotros.

La noche en que papá apareció con el prisionero lo sacó de entre las cajas, periódicos y cartones que siempre traía en la carretilla. Lo llevó al patio, lo metió al hueco y lo amarró. Nos explicó a mamá y a nosotros y dijo que debíamos tener la boca cerrada: si alguien se enteraba iba y contaba del niño y no nos daban la recompensa. También dijo que a Yaira le iba a comprar una muñeca del mismo grande de ella y a mí una colección de carros del tamaño de la carretilla. Luego se fue a fumar el zuquito con mamá.

Cuando Yaira y yo nos asomamos el prisionero dormía. Prendimos una vela y le esculcamos los bolsillos. Los mil

pesos los encontramos cuando le quité los zapatos. La moneda cayó debajo de una tabla. Yaira los levantó, me miró, y dijo:

-Chula chumi-chutad chupa-chura chumí.

En esos momentos el prisionero se movió y yo cogí una tabla y le pegué en la cabeza. Luego corrimos por el borde del caño y nos sentamos a esperar. Me puse los zapatos y caminé para probarlos. Yaira repetía que la mitad era para ella. Yo le dije que la moneda era de los dos y que se iba a la cajita que escondíamos en la pared del hueco.

Al día siguiente el Caliche nos enseñó a taparle la boca. Dijo que nos quedáramos vigilando para que ninguno más viniera con ganas de cobrar la recompensa. Ya por la tarde despertó y le quitamos el trapo para que nos dijera cómo se llamaba, pero se puso a chillar igual a como cuando mata los marranos el Barriga de la carnicería. Yo me puse a darle con el palo y chillaba y chillaba. Entonces vino mamá y le pegó un trancazo en la cabeza y lo obligó a tomarse la medicina. Luego nos agarró a correazos por quitarle el trapo de la boca.

Por la noche papá también nos agarró a correazos y dijo que no volviéramos al hueco. Pero al otro día fuimos y ya no le quitamos el trapo de la boca. Si se despertaba corríamos a contarle a mamá y ella lo obligaba a tomarse la medicina. Papá nos dijo que era mejor que no supiéramos cómo se llamaba

pero como Yaira, de lo pura tarada que es, insistía en preguntarle, papá se quedó como pensando y luego dijo que se llamaba Nadie.

Cuando ya estábamos aburridos de cuidar se nos ocurrió jugar a lo del prisionero. Cogimos unos palos y dijimos que esas eran las metralletas de los guardias y al despertar, antes de que se pusiera a chillar, le decíamos que esa era una cárcel y que él era el prisionero de papá. A veces Yaira se abría la blusa y le frotaba las téticas en la cara para ver si se reía.

Hace dos días se le torcieron los ojos y por un lado del trapo le empezó a salir una baba blanca. Mamá dijo que era por el hambre, que de tanto dormir ni comía: le preparó una sopa y se la dio a sorbos. Pero el prisionero se atragantaba y la sopa se le salía junto con la baba. Luego se puso tieso y luego se puso blando. Mamá dijo que se había dormido y que era mejor dejarlo solo. Cuando llegó papá fueron a verlo con Caliche y al rato dijeron que ya estaba bien y que esa noche iban los papás por él. Nos hicieron acostar y se pusieron a fumar el zuquito.

Esa noche oí los golpes de la pala sobre la tierra. Al día siguiente papá dijo que iba por el dinero, que ojalá se lo pagaran para comprar los regalos tan grandes que nos había prometido.

En la tarde, cuando mamá vio que seguíamos raspando

la tierra dijo que no lo hiciéramos, que ese hueco era peligroso para Titina y que lo mejor era tenerlo tapado. A Yaira le dijo que no llorara, que no fuera tan tarada como siempre había sido y que ya llegarían más muñecas y muchas monedas de mil.

Ahora estamos sentados en el borde del caño. Mamá sigue con los ojos rojos sentada en la cocina. Titina, de tanto llorar, se quedó dormida al lado de una pila de periódicos. Pensaba en los mil pesos ya que por el hambre las tripas empezaron a sonarnos. Pero mejor no le digo nada a Yaira porque hace rato dejó de llorar por las muñecas muertas enterradas. Con los mil pesos compraríamos una coca cola y un pan. Le digo que papá le va a traer una muñeca del grande de ella y ni así me para bolas.

Yaira se levanta y coge dos palitos, los amarra con un pedazo de alambre hasta que queda una cruz y la entierra en la tierra pisada.

Luego nos sentamos a esperar a ver si papá aparece con el dinero y mamá, de la pura alegría, nos manda a comprar la carne donde el Barriga.

Tomado del libro Gelatina (Cuentos, inédito).

Biografía

Harold Kremer Martínez nació en Buga (V) en 1955. Escritor, cuentista. “Kremer aprovecha el género del cuento para golpear con contundencia al lector, para llegar al inevitable corolario de una prosa limpia y sin rodeos”. Así mismo en sus textos “logra crear un mundo propio situado entre la realidad y la fantasía”.

En su cuento El prisionero de papá el secuestro y muerte de un niño se vive, desde los ojos del niño narrador, como un juego del que se espera un final feliz.

OBRA: Además de una Antología del cuento vallecaucano (Centro Editorial Univalle, 1992) y una Antología del cuento corto colombiano (Centro Editorial Univalle, 1994, coautor), ha publicado La noche más larga (Cuentos, 1984) y Rumor de mar (Cuentos, 1989).

Glosario

ANTOLOGÍA f. Colección, selección.

BASURERO m. Sitio donde se amontona la basura, muladar.

BASURO m. Nombre propio

dado en Cali (Colombia) a un basurero.

CAÑO m. Alcantarilla para las aguas sucias de una ciudad.

CARRETILLA f. Carro pequeño, de carga, tirado o empujado por una persona.

CONTUNDENCIA f fig. Que produce impresión.

COROLARIO m. Consecuencia, conclusión.

ESTERILLA f. fig. Guadua abierta, con ranuras, usada como pared.

INÉDITO adj. Que no ha sido publicado.

PILA f. Montón, rimero.

PILAR m. Especie de columna utilizada para sostener el techo. TARADA adj Que tiene defectos, que no entiende.

ZUQUITO Apóc. de Bazuquito, diminutivo de Bazuco, fig. Droga alucinógena que se fuma.

Expresiones

Chula chumi-chutad chupa-chura chumí (la mitad para mí). Juego con el idioma que consiste en colocar la sílaba CHU antes de las sílabas de cada palabra. También se utiliza PE (Pela pemi-petad pepa-pera pemí) y muchas otras de invención propia de niños y adolescentes.

El puñal sevillano

Luis Fernando Macías Zuluaga

Una misma luna plateó las noches en que mi primo Eduardo y yo entramos en la gestación y en la existencia. Habían pasado cinco años cuando a él lo atropelló un carro al tratar de cruzar la calle, frente a la iglesia de Buenos Aires, para huir del vendedor de huevos a quien acababa de robarle.

-Eduardo, el de Joaquín, está en policlínica -dijo mi madre-. Se robó unos huevos y, al correr, se le atravesó a un carro.

En el momento en que ella trajo la noticia, yo estaba quebrando el queso para el pan de la mañana siguiente. Mientras levantaba la almádana, imaginé sus manos furtivas en

la superficie de los huevos, sentí el nervio de su mirada de roedor, el temblor de sus piernas, la carrera y la estampida. Fue así como conocí el pavor y supe que la virtud de mis manos en el trabajo era un refugio contra la seducción de la muerte.

Sobraría decir que Eduardo y yo, ante los demás, crecimos por caminos opuestos. A menudo, mi madre me hacía una lista de sus descalabros para que me sirvieran de escarmiento y así nunca abandonara el camino de lo que ella consideraba el bien. Del mismo modo, a él le ponían como ejemplo mi comportamiento para tratar de encauzarlo, de aliviar el peso que significaba para ellos su educación. No obstante, él y yo sentíamos en secreto que no había gran diferencia entre nosotros. Yo no me comportaba como él porque no lo quisiera, sino porque no era capaz. Todo movimiento que implicara riesgo me causaba horror, así como fastidio a Eduardo toda conducta aprobada. En el fondo crecía la mutua admiración. Teníamos la convicción de que uno haría por el otro lo que no estuviera en su naturaleza.

Era el mediodía de un sábado. Yo bajaba por el parque, frente a la escuela; venía de llevar el pedido de parva donde doña Sofía. El color del día era trasparente gracias a la luz blanca del aire de La Milagrosa, que hacía del tiempo una cuerda suspendida. Traía conmigo la canasta vacía y el dinero. Un muchacho que estaba en la esquina de la funeraria, al verme

venir, me salió al encuentro. Intuí en su mira al asaltante y cambié el rumbo de inmediato. Decidí cruzar la calle hacia la acera de la escuela. Aprovechando la presencia de un carro que venía, corrí para anticiparme a su paso y alejarme. En el momento de ganar la acera vi que Eduardo estaba en la esquina del lado de la iglesia y, en su presencia, me bañó un rayo de confianza. Volví a caminar tranquilo en tanto que de un lado cruzaba el asaltante hacia mí y del otro cruzaba Eduardo hacia él.

- ¿Qué le ibas a hacer? -le preguntó en el momento en que nos encontramos los tres.

- ¡Qué va! Vos por qué venís a defenderlo. ¡No te metas en lo que no te importa! -respondió el otro, que ya había sacado una navaja, mientras cruzaba la calle, y ahora trataba de esconderla entre sus manos y su ropa.

-Él es mi primo y lo que es con él es conmigo -dijo Eduardo.

El otro vio que también venía armado y se abrió hacia la calle en actitud defensiva. Eduardo saltó frente a él e iniciaron ese baile de movimientos y de miradas en el que la finta y el amague le quieren hacer creer al otro que la mano extendida en el cuchillo lleva un rumbo y, quien engaña es quien hiere. Hiende el metal la tela primero y después la carne

templada; brotan al tiempo sangre y quejido, y adquiera la danza una atmósfera oscura porque es la muerte quien la preside ahora, si persiste. Esta vez no persistió. Apenas se vio herido, el asaltante se corrió, se hizo a un lado. Yo me acerqué para mirarlo. Tenía la camisa empapada en sangre en torno al ojal que la navaja había dejado en ella; tenía el rostro lívido, los brazos pálidos; temblaba; había pánico en su mirada que se había vuelto sobre sí, como si el temor de la muerte fuera el único pensamiento. Eduardo en cambio tenía una mirada de éxtasis, como quien conquista una meta después de una ardua concentración y el ego se le hinche de amor propio. Se alejó sin decirme nada, le vi guardar la navaja mientras se iba. Entonces seguí mi camino, dueño de una rara tranquilidad, como si el instinto ahogado en mí hubiera florecido en mi primo, y tanto lo admiré a él como me desprecié a mí. Pero aun así no envidié su suerte, más bien sentí tristeza ante la intuición de que sus años estaban contados: en su mirada confluían el asesino y la víctima.

Por eso cuando mi madre, años después, trajo la noticia: "Eduardo, el de Joaquín, tuvo que huir de la ciudad porque mató a un muchacho en La Toma y lo están buscando a él para matarlo", no me sorprendí como los demás, sino que desde el silencio imaginé que se demoraría unos meses para regresar callado y tomar a su enemigo cuando éste menos lo esperara.

Tal vez fue así y tal vez no. El hecho es que cuando reapareció, su enemigo ya había dejado de existir y su fama de malevo peligroso se había convertido en leyenda.

Habíamos cumplido dieciséis años cuando lo volví a ver. El afán de conocer a una mujer me llevó a su casa. Rodríguez, un compañero de la escuela, regó la noticia entre nosotros de que Dalia Rosa, cuyos ojos pardos iluminaban las colinas de La Milagrosa, se dejaba besar de cualquiera, y yo, que desconocía el sabor del beso y la proximidad del aliento femenino, corrí en su búsqueda. Más por la ansiedad de lo desconocido que por la belleza de Dalia Rosa. La encontré en casa del tío Joaquín. Como era sábado, nos fueron dejando solos. De pronto, nos vimos en la sala, Eduardo, ella y yo. Él tenía esa noche la obsesión de un disco de cuarenta y cinco revoluciones, que repetía una y otra vez en la radiola. A ella le gustaba o lo fingía. Se trataba de El puñal sevillano. Yo lo había oído antes en la cantina de Octavio, pero jamás había reparado en su letra hasta esa noche. El ritmo de paso doble se alargaba hasta que aparecía la voz de Alberto Gómez y se escuchaba la escasa letra: Morena, me hirió de muerte/ con un puñal sevillano. / Escucha no llores/ y júrame por Dios/ que vas a matarlo/ al que me asesinó. / Bendita paloma mía, / es favor que te pido:/ después de mi final/ procura vengarme/ con ese puñal...

Eduardo adivinó mis intenciones y, para que armonizaran con las suyas, le pidió a ella que bailara conmigo. Ella accedió y yo advertí que lo hacía sólo para congraciarse con él.

Si no fuera por los hechos posteriores, que se volvieron sobre ese instante para convertirlo en pregunta, pensaría que aquélla fue una escena ridícula: Eduardo sentado en un rincón, escuchando la canción como si se tratara de la síntesis de su existencia, y Dalia Rosa y yo bailándola por puro pretexto, yo para tratar de acercarme a su cuerpo y a sus labios y ella para satisfacerlo a él. Así entendí que no hay nada más desolador que el abrazo de una mujer que te desprecia. Si amaba a Eduardo, era lógico que me despreciara a mí, porque yo era el otro lado de su ser. En vano luché por alcanzar sus labios o el aliento de su cuerpo, ella trazaba un muro invisible entre los dos que me sumía en la indignidad, pues mi insistencia era humillante. Obviamente no pude soportarlo y salí de allí odiándome, buscando un lugar imposible para esconderme de mí mismo.

Me refugié en la virtud del trabajo y allí rumiaba la pregunta: ¿por qué, si decidí sepultar en la sombra todo lo que Eduardo representa, profeso tanta admiración por él y, en esa medida, odio todo lo que soy, lo que está en mi condición?

No habíamos cumplido dieciocho años todavía cuando:

-Eduardo, el de Joaquín, se enfrentó a una banda de malevos en Gerona y ya ha matado a cuatro de ellos; los otros tres juraron que lo seguirían a donde fuera.

Algo en mi interior se rompió, como si de repente, en mitad de un sueño, lanzaras un pedazo de tu cuerpo al

abismo, mientras el otro te parece despreciable además de ajeno. "Desaparecerá unos meses y los tomará, tras su regreso silencioso", me dije, pero estaba equivocado

-Parece que a Eduardo lo encontraron muerto en Cali Es necesario que alguien acompañe a Sara para reconocerlo y traer el cadáver.

-Yo voy con ella -propuse-, siento que ése es mi deber

Aunque era mi prima, yo había visto muy pocas veces a Sara. Ella era dos años menor que nosotros y había crecido casi al albedrío del azar porque desde muy temprano mostró una especial aversión al estudio y un desconsiderado afán por descubrir las gracias de la noche. Cuando nos encontramos en la terminal de transporte, venía con una mujer de piel canela y ojos pardos, cuya expresión cansada en el rostro, además del aire espeso de su mirada, hablaban de una vida intensa, habituada a vivir amaneceres. Era Dalia Rosa. Por nuestra

conversación durante el viaje de ida, supe que ella y Eduardo habían sido amantes, más por la insistencia de ella que por la voluntad de él, y que alguna vez había estado embarazada.

Llegamos con el alba y comimos empanadas con café en una tienducha frente a la morgue, mientras daban las ocho. Nuestra conversación rondaba todo el tiempo en torno a Eduardo. Mientras Sara se mantenía al borde del llanto, Dalia Rosa apretaba los dientes como quien, mientras piensa, urde terribles planes. Fue así como comprendí que el tamaño de su amor por Eduardo era el mismo que el del odio por sus asesinos.

Entramos en la morgue y, mientras Sara y yo nos ocupábamos del reconocimiento, Dalia Rosa se dedicó a preguntar por los objetos que él llevaba en el momento de su muerte: una tarjeta de identidad, una libreta de teléfonos, un pañuelo y unas monedas. Preguntando, preguntando... logró que le mostraran una bolsa plástica en la que guardaban el puñal que, al matarlo, le habían dejado clavado en el pecho y que, según dijo ella, era del propio Eduardo. Localizado el puñal, pareció tranquilizarse y se hizo a un lado. Mientras nosotros nos ocupábamos en reclamar el cadáver, ella permaneció al margen como si cumpliera una función independiente. Me extrañó que decidiera quedarse allí, en ese frío lugar, en vez de acompañarnos durante los trámites

funerarios.

-Ésta parece que hubiera venido con una idea fija -me dijo Sara cuando escogíamos el ataúd en el que lo íbamos a enviar en avión, en tanto que nosotros regresaríamos en autobús.

- ¿Cómo así?

-Es una mujer de ideas fijas. Cuando se propone algo lo hace porque lo hace. No dice nada. Uno la ve reconcentrada como si algo único ocupara su mente. Ni siquiera descansa hasta no verlo realizado. Es una cananea.

-Bueno, ¿y que podría estar tramando ahora?

-La venganza. Ella debe saber quién lo mató.

No puedo negar que me estremecí al oír la última frase de Sara. Su tono de voz era contundente. Intuí que más que dolor, sentía odio y que la gratificaba la idea de vengarse. En un gesto involuntario, mis ojos recorrieron su cuerpo, algo entrado en carnes a pesar de su juventud, y una ráfaga de calor recorrió el mío ante la reverberación del aire en torno a sus senos y a sus nalgas que templaban el bluyín hacia fuera.

Los hechos sucesivos obedecieron al orden natural, salvo tres detalles dignos de destacarse: uno, en mitad de la noche, cuando el bus en el que veníamos serpenteaba en la

carretera, mientras casi todos los pasajeros dormían, Dalia Rosa me habló en tono familiar, como si, muerto Eduardo, quisiera reconciliarse con el aspecto despreciable de él que ella veía en mí, y me habló para recordar la noche que habíamos sido uno con él al bailar El puñal sevillano, y me repitió las sílabas de la letra como quien eleva una oración; dos, Sara -mi prima- recostó su cabeza en mi hombro durante todo el viaje como quien se abandona a la protección del ser amado y huye del mundo en un sueño plácido mientras éste gira y gira; y tres, al llegar, Dalia Rosa nos mostró el puñal y confesó haberlo robado de la morgue.

En adelante, di la espalda a los hechos porque me sentía incapaz de afrontar el curso que ya imaginaba o conocía. Dalia Rosa entró en la banda de los enemigos de Eduardo. Supimos que se había hecho amante de uno de los cabecillas y que éstos la exhibían como un trofeo.

Habían pasado seis meses después del entierro, cuando recibí una visita de Sara, quien estaba interesada en ponerme al tanto de todo aquello cuanto yo quería ignorar. El placer contenido con que iba tejiendo su relato, me confirmó que todo tenía sentido para ella si lograba ponerlo en mi conocimiento. Me sentí cómplice de una trama que me trascendía y en la que mi papel no podía ser otro que el tránsito de la oscuridad a la luz. Con vergüenza comprendí que no era más que un

instrumento involuntario, un testigo indigno que cifra su mensaje en la apariencia falaz de una ficción. Uno a uno, los asesinos de Eduardo fueron apareciendo apuñalados en el amanecer de un lunes del segundo mes, un martes del cuarto, un miércoles del sexto... Ni los policías ni los miembros de la banda extinta dieron con la sencilla clave que Sara y yo conocíamos.

Tomado del libro Los relatos de La Milagrosa (Cuentos. Fondo Editorial Universidad EAFIT. Medellín, 2000).

Biografía

Luis Fernando Macías Zuluaga nació en Medellín (A) en 1957. Novelista, cuentista, poeta. Desde la ficción, en su libro de cuentos Los relatos de La Milagrosa, Luis Fernando Macías reinventa un mapa de la memoria, un barrio habitado por la infancia, por hombres que aman, odian, viven y mueren. De este pequeño universo salen las historias que, hilvanadas a través de la escritura, logran reconstruir en los relatos un lugar y tiempo concretos donde se mueven seres que lindan en la locura, la soledad, la amistad, la ritualidad y muchos otros.

En su cuento El puñal sevillano el narrador observa el cumplimiento de un pacto implícito.

OBRA: Amada está lavando (Novela, 1979); La flor de lilolá (Cuento infantil, 1986); La rana sin dientes (Cuentos infantiles, 1988); Ganzúa (Novela, 1989); Casa de bifloras (Cuento infantil, 1991); Diario de lectura I: Manuel Mejía Vallejo (1994); Una leve mirada sobre el valle (Poemas, 1994); Diario de lectura II: El pensamiento estético en las obras de Fernando González

(1997); Vecinas (Poemas, 1998); Busca raíz (Ensayos, 1999); Alejandro y María (Cuento infantil, 2000);

Memoria del pez (Poemas reunidos, 2002).

El puñal sevillano • Luis Fernando Macías

Glosario

AFRONTAR v. Enfrentar.
ALBA f. Amanecer, aurora.
ALBEDRÍO m. Actuar por propia voluntad.

ALMÁDANA f. Mazo de hierro para romper, en este caso, bloques de queso.

ÁMAGUE Del v. Amagar. Amenaza.

AVERSIÓN f. Repugnancia. fig. Rechazo.

AZAR m. Casualidad, fig. Sin objetivos.

CANANEA fig. Col. Obsesiva, de ideas fijas.

CONTUNDENTE adj. fig. Fuerte, precisa.

DESCALABROS m. Infortunios. fig. Desaciertos.

DESOLADOR fig. Triste.

ENCAUZARLO Del v. Encauzar. fig. Guiar.

ESCARMIENTO m. Servir de lección, fig. Ejemplo.

EXHIBÍAN Del v. Exhibir. Mostraban, presentaban.

ÉXTASIS m. Placer.

FALAZ adj. Engañosa, fraudulenta.

FICCIÓN f. Relato de hechos imaginarios tomados de la realidad, de la invención personal o de su mezcla.

FINTA f. Ademán con el cuerpo para engañar.

FURTIVAS adj. A escondidas. fig. Rápidas.

GRATIFICABA Del v. Gratificar. Recompensar, complacer. HINCHE Del v. Hinchar. Col. Engreírse, vanagloriarse.

HIENDE Del v. Hendir. Romper.

INTUÍ Del v. Intuir. Percibir, advertir.

MALEVOS s. Pendenciero, peleadores.

MORGUE f. Lugar donde se depositan los cadáveres.

PARVA Col. Pan.

PAVOR m. Temor, miedo.

PLÁCIDO adj. Tranquilo, apacible.

RECONCILIARSE fig. Ser amiga, fig. Unirse.

REVERBERACIÓN f Imagen del aire en movimiento, producto del calor o de la presencia de gases.

SEDUCCIÓN f. Atracción, encanto.

SÍNTESIS f. Compendio, fig. Resumen.

SUMÍA Del v. Sumir, fig. Sumergir, hundir.

TRÁMITES m. Diligencias. Col. Vueltas.

TRASCENDÍA Del v. Trascender. Pasar de un orden a otro, ir más allá.

URDE Del v. Urdir, fig. Tramar, maquinar.

El aprendiz de mago

Evelio Rosero Diago

Sale el mago al escenario y muestra un serrucho plateado; una mujer lo espera, metida en un cajón, acostada. Sólo se ve su rostro esplendente, y sus dos piececitos rosados. El mago serrucha el cajón, con diligencia, y divide a la mujer en cuatro partes; después separa las cuatro partes del cajón; en una parte la cabeza de la mujer se ríe; en otra parte los piececitos se mueven; el mago une los cajones y entonces la mujer se vuelve a reunir; el mago abre la tapa de los cajones y la mujer salta victoriosa: tiene puesto un vestido de lentejuelas; las lentejuelas alumbran, como su cara; la mujer da una pirueta y se despide riendo, con reverencias. Después, el mago cierra los ojos, y del mazo de una baraja mágica elige la misma carta que el público en secreto escogió. El mago muestra su sombrero: no hay nada por dentro. Pero al instante hace brotar

un conejo, un ramillete de rosas, dos palomas y un triciclo. El mago desaparece una moneda y la hace aparecer en la solapa del más desprevenido. Cuenta un cuento de risa, y la gente ríe, a su merced; cuenta uno de tristeza y la gente se echa a llorar; si el mago lo quiere hay calor, y si no, frío. Hace llover plumas de pato dentro del teatro, y las plumas de pato son frías como la nieve. El mago se mira a un espejo y desaparece -dentro del espejo- durante siete segundos. Transforma una flor en colibrí. Hace que una muchacha hermosísima, la más bella muchacha del público, flote. Flote en absoluta quietud. El vestido de la muchacha es una ala maravillosamente larga y azul. La muchacha que flota se duerme y empieza a soñar mariposas que salen de su boca; y después habla en otro idioma: nadie sabe qué dice, pero debe ser una confesión de amor, pues su voz suena dulcísima. El mago entonces la convence de que es una golondrina, le dice: "ahora eres una golondrina", y la muchacha vuela igual que una golondrina y sale golondrineando por la ventana más alta del teatro, a la búsqueda del verano. Pero en eso el mago la llama con un suave movimiento de la mano y la muchacha regresa -suavísima, como el suave movimiento de la mano-, y aterriza suavemente como un copo de algodón entre su silla, en la mitad del público asombrado, y la bellísima muchacha abre los ojos (que son verdísimos) y dice que se llama Beatriz y que no se acuerda de nada, y luego sonríe y una última mariposa desde

sus labios vuela y desaparece convertida en golondrina por la ventana. Los públicos aplauden extasiados. Es el más grande mago del mundo, aunque sea pequeño de estatura y tenga la nariz como una pera morada y una barriga de cincuentón. El mago hace una venia, satisfecho. Gotas de sudor mojan su frente amplia. Los públicos sueñan con él. Sólo yo lo he visto al mago comiendo a medianoche, en el hotel más pobre de este barrio, siempre solo, siempre preocupado, o melancólico (según la noche), y lo he visto pedir una y otra copa de vino hasta caer borracho en la mitad de otra extraña magia... Yo lo ayudo a incorporarse y lo dejo enfrente de su cuarto en el hotel, y me despido:

"Adiós, mago. Cuídese, que mañana tiene función".

"Gracias, joven", dice el mago. Me hace una reverencia con su capa y su sombrero y atraviesa la puerta, así como lo digo: atraviesa la puerta, es decir: entra sin necesidad de abrir la puerta, y una vez adentro me repite:

"Gracias, joven".

Es un tipo raro. Un mago. El mejor. Ninguna magia es desconocida para él.

Con frecuencia nos encontramos a la salida del hotel (yo vivo igualmente en el hotel), pero él no parece recordar que soy yo quien lo ayuda cada noche a subir hasta su cuarto, y que

ya estoy perfectamente acostumbrado a verlo atravesar la puerta. Es posible que finja no reconocerme, quién sabe.

Hace dos semanas, sin embargo, el mago me asombró. Yo estaba en una esquina, preocupado porque iba a llegar tarde a la panadería (soy aprendiz de panadero) y no pasaba ningún autobús. El mago se me acercó por la espalda y me dijo: "tenga, joven. Páguese un taxi, o su patrón no le permitirá entrar". Y me extendía un billete de mil pesos. "Gracias", dije, "llegaré tarde, aunque el taxi vuele". En realidad, no deseaba aprovecharme del mago y recibir su dinero. El mago no era exactamente un millonario, y, además, debía encontrarse más borracho que un carrusel. "¿No le sirve un taxi?" me preguntó, desolado. Y, como si se resignara a tener que hacer lo que hizo, me abrazó, extendió su gran capa negra sobre mis hombros y nos elevamos por sobre todas las calles, en un segundo, y luego descendimos como proyectiles ante la puerta de la panadería. Obviamente, habíamos volado. Entré en la panadería con el mago detrás; todavía me sentía mareado por el vuelo. Mi patrón y los aprendices se ocupaban en un ponqué de tres pisos que debían entregar esa misma tarde para una boda. Y se mostraban bastante afanados, pues el ponqué se empecinaba en no quedarse quieto: parecía de gelatina; de un momento a otro iba a caerse. "¿Por qué llegas tarde?" me preguntó el patrón, de muy pésimo humor. El mago se aproximó a él y respondió:

“Este joven me buscaba a mí, que soy el mejor panadero del mundo”, y, con un gesto de pestañas, hizo que el ponqué de tres pisos se transformara en un ponqué de seis pisos, exquisitamente esculpido y elegante como un árbol, con bordes de chocolate y rosas de menta y una gran corona de crema en donde una pareja de novios de azúcar nos sonreía. “Usted es un mago” le dijo el patrón al mago, y los demás aprendices aplaudieron y arrojaron sus blancos sombreros al techo; se habían ahorrado una tarde de trabajo, y una catástrofe.

Fue después de semejante asombro que hice lo imposible por convertirme en el mejor amigo del mago, y aprender de su magia; pues ya no quería ser aprendiz de panadero, sino aprendiz de mago, y volar y atravesar puertas y transformar una muchacha en golondrina. Seguí muchas veces al mago, a la salida del teatro donde él se presentaba, y fingí encuentros casuales. El mago al principio pareció desconfiar, pero después no dudó en hacerse mi amigo. Y es muy posible que desde tiempo atrás supiera que yo lo admiraba, y que deseaba secretamente aprender de magia y convertirme en mago. Me decía: “Escuche, joven”, y yo respondía: “Lo escucho, maestro”. Me contó su historia, me dijo que aprendió de magia desde muy niño, una tarde, en el patio de la casa de sus abuelos. Hacía sol y llovía. Un arco iris cruzaba los techos y jardines de la ciudad. Él se encontraba sentado a la orilla de

un estanque, mirando volar a los pájaros en el reflejo azul de las aguas, y fue entonces cuando le pareció que para poder volar sólo hacía falta echarse a volar, y de inmediato se echó a volar, sin confusión de los pájaros; los confundidos fueron sus abuelos, que le ordenaron que descendiera rápido porque podía romperse una pierna; y lo castigaron, y le prohibieron volar; entonces él decidió hacer invisible, para que no lo vieran volar. Pero los abuelos lo encerraron en la cocina, para saber siempre -con plena certeza- en qué lugar se encontraba. Y por ese motivo él decidió atravesar la puerta de la cocina para escapar, y así lo hizo. Podía atravesar todas las puertas, y volar, y ser invisible. El único requisito para volar y atravesar paredes y ser invisible era solamente convencerse de volar y atravesar paredes y ser invisible y nada más. "Convénzase y verá", me dijo. Y añadió, como un reto: "ahora, por ejemplo, convénzase de volar, y verá".

Sonreí.

"Un día de éstos me convenzo", dije. Y el mago hizo un gesto de lástima y se despidió.

Muchas noches, a escondidas en el patio del hotel, he procurado convencerme y no he podido. Me ha sido imposible. Quise volar y me arrojé de lo alto de un árbol y caí como un saco de piedras. Deseé atravesar una pared y me fracturé la

nariz. Pensé que lo mejor era atravesar primero una puerta y me partí los labios. Y tampoco he logrado ser invisible: en una ocasión pensé convencido que no me veían y entré en un supermercado con el propósito de hacer la prueba definitiva: me robé una lata de salchichas -creyendo que ya era invisible- y cuando salía muy campante por la puerta me vieron y me detuvieron y debí pagar el precio de las salchichas, sin derecho a llevármelas. Fue triste. Además, yo tenía hambre. Pensé desesperado que a lo mejor no me convencí de mi invisibilidad por completo. De manera que busqué al mago y le dije que no me era posible convencerme. Que qué hacía. Que estaba angustiado. Que la magia se me escabullía. Que por qué él sí y yo no, carajo.

"Convénzase" me dijo tranquilamente.

En ese momento lo odié. Creí que me estaba tomando el pelo.

Pero el mago sonrió comprensivo y me tomó del brazo y me llevó a su cuarto, en el hotel. Vi un montón de libros empolvados, un catre roto, una docena de sombreros de mago, sin aves, y una ventana pintada en la pared. Nada más. Entonces el mago hizo una señal de párpados y el cuarto entero se transformó en la más espléndida sala, decorada con tapices de Persia y alfombrada con pieles de oso polar Parecía que

estuviéramos en el más noble salón de un castillo medieval. Una mesa de roble con manjares y vinos fulgía en el centro del salón. Una lámpara inmensa, de cristal tallado, de por lo menos cien antorchas colgantes, nos iluminaba, tibiamente. Había una chimenea encendida, una ventana de verdad, un gato majestuoso, un loro gordo, de plumaje deslumbrador, y una colección de bastones y sombreros colgados de la pared. “En realidad yo vivo aquí” me dijo el mago. “Vivo solo, pero bien. No me hace falta nada. Puedo ir a donde quiera y mi palacio está ahí, conmigo. Yo me convenzo, ¿entiende? Convénzase usted”.

Y a continuación me ofreció un racimo de uvas y puedo jurar que era un verdadero racimo de uvas. Y luego comimos salmón ahumado, pato al vino y una que otra manzana acaramelada. Nos complacimos oyendo una orquesta de cámara, que tocaba discretamente, en la penumbra. Nos sentamos junto a la chimenea, un buen tiempo, y charlamos de magia y de magos. Después unas sonrientes muchachas vestidas con velillos de algodón azul nos ofrecieron café vienés. Por último nos despedimos brindando con champaña. El mago me acompañó a la puerta, extraordinariamente sereno. Convénzase, fue lo último que me dijo. Pero a la noche siguiente volví a verlo sentado en la mesa más apartada del restaurante del hotel, rodeado de un gato esquelético y un loro

sin plumas y un perro con sarna dormido a sus pies. El mago bebía vino pelión, que es un vino duro, agrio, más barato que el agua. Me reconoció con gran dificultad, después eructó y me saludó. Quiso incorporarse para abrazarme y no pudo: rodó por el piso manchado, entre el espanto del gato y el loro y el perro. Por fin pudo hablar, con media sonrisa colgando de sus labios: "¿Podría ayudarme a caminar?" dijo. Le respondí inmediatamente que sí, y lo tomé por los sobacos y lo ayudé a ponerse de pie. No soy un amigo que abandone a otro amigo en los trances del vino. Y más si ese amigo es un maestro, el mejor mago del mundo. De modo que lo aferré con todas mis fuerzas y empezamos a caminar, en zigzag. Una vez frente a las escaleras del hotel, él pareció recuperar su habitual serenidad. Me dijo que le parecía aburrido tener que subir tantos escalones a tan altas horas de la noche hasta su cuarto. Me dijo que prefería volar. Que no le gustaba interrumpir el sueño de nadie. Y me rodeó con la capa mágica y en un dos por tres salimos disparados como balas de cañón por sobre las escaleras. Sólo que esta vez el mago se equivocó de camino y atravesamos sin pedir permiso una pared ajena: eran los aposentos de una señora gordísima que se metía en la cama y que al vernos dio un grito de horror y cuando recuperó los ánimos nos correteó lanzando zapatos de tacón a diestra y siniestra. El mago volvió a rodearme con la capa y nos arrojamos volando sin brújula por la ventana; así fue como llegamos al otro lado del parque y

caímos en la copa de un sauce llorón. Fue un viaje catastrófico. Al regresar, ya caminando, descubrimos que ambos teníamos fracturado el mismo brazo; la capa del mago estaba hecha jirones; su sombrero había desaparecido, y un chichón con forma de huevo de avestruz decoraba su frente. “Fue un zapatazo de esa mujer” se quejó el mago, con cierto rencor. A la vuelta de una esquina encontramos una tierna pareja de novios paseando bajo la luz de la luna. El mago, entonces, se enterneció. “El amor es la más alta magia”, dijo. Y los saludó con mucha ternura; les dijo que iba a ofrecerles una rosa mágica. Y, en efecto, en su mano apareció algo, mágicamente. Pero no era una rosa, era un ratón blanco, de modo que la novia dio un grito, y salió corriendo desperdigada por la avenida, con el novio detrás, de muy mal humor. El mago encogió los hombros y dejó al ratón en una alcantarilla. Después zigzagueó unos instantes y se desplomó, sentado, en un charco de aguas pútridas; era lamentable mirar al mejor mago del mundo en semejante condición sin condiciones. Había bebido demasiado. Cuando llegamos al hotel hizo una señal de labios y una lora blanquísima apareció en su hombro. “Se la regalo”, me dijo, “usted se ha portado muy bien. Esta lora es mágica y le dirá quién es usted y quién será”. Yo quise sujetar a la lora, pues había desplegado las alas y parecía que iba a escapar. Fue imposible. La lora se puso de lo más colérica y empezó a picotear los botones de mi chaqueta. El mago le hizo una seña,

para que desapareciera, y sin embargo la lora no hizo ningún caso y escapó de nosotros y de seguro acabó con todos los botones de todas las chaquetas que encontró a su paso. “Bueno”, se excusó el mago, “por lo visto mi magia no sirve cuando me emborracho”. Se veía deprimido, cabizbajo. Daba pena. Y añadió: “debo reconocerlo, joven, mi borrachera es triste, pero así es”. Y así debía ser, pues cuando quiso atravesar la puerta de su cuarto se quedó atorado. Una mitad por dentro, y otra mitad por fuera. Tuve que ayudarlo, tirándolo de la capa. El mago se vio en la necesidad, por primera vez en su vida, de usar la llave de la puerta. Qué desprestigio, qué bochorno para un mago como él, con tantos años de trabajo y experiencia. Y aun así, por poco no puede abrir la puerta. Tuve que ayudarlo a encontrar la cerradura. A pesar de todo, conservaba un resto de dignidad: me invitó a pasar y tomar una copita de jerez en su palacio, y después comer una que otra perdiz asada, ¿sí?, no se niegue, joven, se lo ruego, ¿sí? Eso me dijo, y yo dudé, pero, finalmente, asentí, esperanzado en sus magníficas cenas. Lo cierto es que ese día no había almorzado. Entramos en el cuarto y vi al mago hacer todo un montón de pases mágicos, desesperado, como si hubiese olvidado las claves. No sólo usó las pestañas y labios sino que usó la nariz y los codos y rodillas, y de pronto su cuarto de libros empolvados y un catre roto y una ventana pintada fue reemplazado por una mugrienta pocilga de marranos que se lanzaron chillando furiosos a

mordernos. Qué noche de miedo. Qué velada. Los cerdos nos hicieron la vida imposible. El mago -mientras yo me defendía a patadas-, había caído encima del más grande de los chanchos, acabalándolo, de modo que el endiablado animal se lanzó a la estampida, horrorizado, chocando brutalmente contra los otros marranos, con el mago en los lomos, y se estrelló al fin en el más sucio rincón de la pocilga. El mago salió despedido y cayó entre una sopa de porquería y de ahí ya no rechistó, pues empezó a roncar, sin que le importara que los demás cerdos se lo pasaran como pelota por los aires, arrastrándolo de un lado a otro y pisoteándolo al derecho y al revés. El estruendo infernal y el olor que daba náuseas me hicieron arrepentir para siempre de mi aprendizaje de mago. No hubo uvas, ni café, ni muchachas. Me despedí del mago, magullado y sin muchas ganas de volver a su palacio.

Al día siguiente nos vimos, en la puerta del hotel, pero no nos saludamos. Fingimos no conocernos, aunque parecíamos gemelos: ambos llevábamos enyesado el mismo brazo, y teníamos vendadas las cabezas. Estábamos bastante irritados, de modo que insistimos en no conocernos.

Pasaron cuatro semanas y, cuando me quitaron el yeso, pensé que no era muy gentil de mi parte ignorar la amistad del mago. No lo había vuelto a ver en el hotel, ni siquiera en el restaurante. En la administración se me informó que el mago

debía dos meses de alquiler y sesenta y dos almuerzos. Por entonces yo había abandonado mi trabajo en la panadería, y me dedicaba a vender perros calientes en una esquina del Parque Nacional. No me iba muy bien, pero tampoco tenía necesidad de robar latas de salchichas. Decidí visitar al mago en el teatro, y convidarlo a un perro caliente y charlar de nuestras suertes en el mundo. Llegué al teatro con algún retraso, y ya me disponía a pagar la boleta de entrada cuando me detuvo una espantosa gritería. Iba a averiguar lo sucedido, asomándome a la puerta del teatro, y en eso por poco me derriba un enjambre des-pavorido de hombres y mujeres corriendo. Era el público. "Ese mago se ha vuelto loco" decían. Los niños lloraban, las muchachas estaban pálidas, se les habían puesto los pelos de punta, y todos, viejos y hombres y mujeres, huían en tropel por las calles. Pude averiguar sin dificultad lo sucedido. Averigüé que esa noche el mago hizo aparecer ranas y sapos en lugar de mariposas, que de improviso las palomas emergidas de su sombrero se lanzaron furibundas a picotear la mejilla de las mujeres, que la muchacha que empezó a flotar se cayó finalmente desde la altura del techo y se rompió un tobillo, que la mujer dividida había lanzado un doloroso alarido porque el mago estuvo a punto de serruchar de verdad sus costillas, que la lluvia de plumas de pato fue una lluvia de aceite hirviendo, que muchos ancianos sufrieron quemaduras, que las golondrinas se convirtieron en murciélagos, que la baraja se

incendió en los ojos del más desprevenido, que el sombrero del mago pegó una pérfida risotada y luego estalló como un taco de pólvora, en fin, que todo fue un acto de magia nefasta, casi mortal. Averigüé, además, que ya el empresario del teatro había llamado a los bomberos y la policía. El mago debía encontrarse en aprietos.

Cuando entré en el teatro todas las sillas estaban vacías.

Vi bancos enteros despedazados. El piso rajado. Silletas patas-arriba, como después de una batalla.

Al fondo, en la mitad del escenario, rodeado de humeantes escombros de magia (sombreros y naipes achicharrados, cajones carbonizados, sapos y ranas croando, murciélagos estáticos, rosas marchitas y plumas de paloma pisoteadas), el mago estaba sentado, o, mejor, espatarrado, la cabeza en las manos, completamente borracho. Sus ojos, al mirarme, parpadearon. Me reconoció en seguida. Procuró sonreír. Hizo con gran esfuerzo un último gesto de magia y una golondrina iluminada apareció en el aire y quiso volar hacía mí, como un amigable saludo, pero desapareció en la mitad del camino, extenuada. Oí la voz quejumbrosa del mago, tan fatigada como su magia: “Hola, joven”. Y después de tragar aire, añadió: “Esta es una época difícil para los magos geniales”. Casi no lo entendí. Trató de levantarse y no pudo.

Resbaló en el aceite que mojaba las tablas. Yo di un paso adelante, pero me detuve. En ese momento las luces del escenario empezaron a apagarse, paulatinamente; alcancé a ver que aparecía en una esquina la silueta robusta de un hombre encorbatado, seguido de varios bomberos y policías. Era el empresario. "Está usted despedido" gritó, "por poco me incendia el teatro".

Yo no quise ver ni oír más. Al igual que el público eché a correr despavorido. No fui capaz de apoyar a mi amigo, o por lo menos charlar con él y consolarlo o invitarlo a un perro caliente. No fui capaz. No. Y eso es algo que siempre he lamentado: abandonar al mago en apuros.

Después de varios años volví a encontrarme con el mago, en otro país. Lo vi más repuesto, sereno y colorado, se comía un helado con felicidad. Sentí que yo era el más envejecido de los dos. Yo era representante de una cadena de almacenes especializados en la venta de salchichas, y debía viajar eternamente por los diferentes mercados del mundo. Mi vida era una salchicha enlatada, noches y mañanas.

El mago y yo nos reconocimos con alegría, como si nunca nada malo hubiese ocurrido; como dos hermanos. El mago se apresuró a invitarme a una copita de jerez y me informó que estaba de gira: los mejores teatros del mundo se lo

disputaban. Su magia salía en televisión. Venía de El Cairo, iba para México, pasaría por Cuba y finalizaría en el Japón. Pero en definitiva no era ésa su alegría, sino él mismo y su palacio medieval, que lo acompañaba a todas partes.

Yo, por mi parte, mentí: le dije que era feliz vendiendo salchichas. El mago sonrió, y brindamos.

Entonces miré el reloj. Dios mío. Yo debía presidir un encuentro internacional de vendedores de salchichas, y mi discurso era el acto especial. Estaba atrasado. Le dije al mago que debía irme, pues tenía una cita de trabajo: muchos millones estaban en juego; era algo importantísimo. Yo estaba de pie, y no dejaba de sentir el reloj que palpitaba atrozmente.

"Pues vaya en taxi", me dijo el mago con gran tranquilidad, sin levantarse de la silla.

"Espero llegar a tiempo" dije, casi sin escucharlo. Y por dentro pensé: "o pondrán a otro en mi lugar, y perderé la oportunidad de mi discurso".

De pronto quería deshacerme de mi amigo. Olvidarlo. A él y a su magia. Quería ser otra vez un respetable y preocupado vendedor de salchichas. Pero entonces oí:

"Venga, joven. Yo lo ayudo". Y el mago dio un salto y me envolvió en su capa y volamos directo al pabellón

internacional de vendedores de salchichas. El mago me dejó en la puerta y empezó a despedirse...

“Por Dios”, le dije, todavía azorado por el vuelo, “enséñeme a volar: Yo no quiero vender más salchichas”.

Y era que de pronto comprendía que no deseaba ser otra cosa en el mundo que mago, o, por lo menos, aprendiz de mago.

Y no volver a oír hablar jamás del precio de las salchichas.

El mago regresó hasta mí, pensativo. Me estuvo mirando un buen tiempo, de hito en hito.

“Convénzase”, dijo.

Yo abrí la boca, estupefacto.

“Aún no he podido” respondí.

“Convénzase”, repitió.

“Yo...” dije, sin saber qué más añadir.

“Con-vén-za-se” me insistió.

Vi, en el cielo, volar una golondrina. Detrás de mí nadaban millones de latas de salchichas regadas por el mundo, en el mar y en los desiertos, en los montes y los ríos.

“No puedo”, dije, “quiero convencerme, y no. Sólo le ruego que me entregue la palabra mágica”.

El mago resopló, decepcionado. Me dijo después:

“Un mago nunca debería explicar el secreto de su magia. Eso sería ir en contra de sí mismo y de la magia... Pero...”.

“¿Pero?” repetí, esperanzado.

“Voy a darle mi secreto” dijo. Me pidió con un dedo que me acercara. Yo incliné la cabeza y el mago me dijo en secreto su gran secreto para volar:

“Vuele”, me dijo.

todavía añadió:

“Convénzase de volar, pero sin mucho vino, porque se puede caer”.

me dejó.

Tomado del libro El aprendiz de mago y otros cuentos de miedo (Panamericana Editorial Ltda., 2000).

Colección de Cuentos Colombianos

Biografía

Evelio Rosero Diago nació en Bogotá en 1958 Novelista, cuentista, periodista. En sus cuentos, desbordantes de imaginación, Evelio ha logrado reflejar con gran maestría un mundo con una visión muy especial a sus personajes les suceden cosas extraordinarias a partir de hechos cotidianos corrientes; esos destinos inesperados, tan cercanos a la Colombia de hoy, nos asaltan dejándonos la sensación de mundos extraños en los que la naturaleza y la sociedad se confabulan para transformar totalmente nuestras vidas.

En su cuento El aprendiz de mago el personaje, contaminado por una quimera, descubre la trivialidad de su propia vida.

OBRA: Papá es santo y sabio (Novela corta, 1983); Mateo solo (Novela corta, 1984); El incendiado (Novela, 1988); Juliana los mira (Novela, 1986); Pelea en el parque (Novela corta, 1990); Señor que no conoce la luna (Novela corta, 1992); Muertes de fiestas (Novela, 1995); Las esquinas más largas (Novela, 1998); Cuchilla (Novela, 2000); Plutón (Novela, 2000); Los almuerzos (Novela, 2001); La duenda (Novela, 2001); El hombre que quería escribir una carta (Novela corta, 2002)

Glosario

AZORADO Del v. Azorar. Turbar, sobresaltar.

DESOLADO Del v. Desolar. fig. Afligirse, angustiarse con extremo.

ESPATARRADO v. Despatarrado. Caerse al suelo, abierto de piernas.

ESPLENDENTE Del v. Esplender. Resplandecer.

ESTUPEFACTO adj. Atónito, pasmado.

EXTASIADOS De Éxtasis, m. Llenos de admiración y alegría. HITO adj. Mirar de hito en hito. Mirar fijamente.

MEDIEVAL adj. Relativo a la Edad Media.

MELANCÓLICO adj. Nostálgico, taciturno, triste.

PÉRFIDA adj. Desleal. Con traición y mala fe.

RECHISTÓ Del v. Rechistar.

Chistar, hablar, hacer algún ruido.

RESOPLÓ Del v. Resoplar.

Aspirar y respirar.

SOBACOS m. Axilas.

TROPEL m. Sin orden ni concierto. Con prisa.

Minicuentos

colombianos

La mujer más hermosa del mundo

Sucedió que el hombre estaba orgulloso de tener la mujer más hermosa del mundo y terriblemente celoso porque la deseaban todos los hombres del mundo.

como tenía los ojos más hermosos del mundo por los que todos los hombres querían ser mirados, el hombre,

terriblemente celoso, le ausentó el párpado izquierdo. Como los hombres soñaban en recorrer con sus bocas y manos los senos más hermosos del mundo, el hombre le desprendió el seno derecho y, finalmente, le cortó una parte de su pierna derecha para evitar la tentación de los hombres por las piernas más bellas del mundo.

El hombre vendió su mujer al director del circo que pasaba por la ciudad. Este la vistió con una túnica que partía de su ojo izquierdo, pasaba por su seno derecho y le cubría totalmente las piernas.

todos los hombres del mundo iban al circo a ver a la mujer más hermosa del mundo.

Cuento caleño anónimo

Parte de guerra

Hastiado de rascar y rascar sobre el brazo, tomó el hombre una lupa y escudriñó en el punto rojo que se insinuaba en el sitio del escozor.

Al acercar su ojo al cristal y el cristal a la epidermis vio, aterrado, el barco alejarse en el hilillo de sangre que le corría por el antebrazo.

Al intentar detallar más, clavando su mirada, un disparo de cañón estalló contra la lente que, al saltar en mil pedazos, sacó de su órbita el ojo del intruso.

Octavio Javier Bejarano

Juego Genial

Las enciclopedias constatan la inconsistencia de las versiones sobre el origen del ajedrez. Queda claro que tal diversión no tuvo un origen único y que, gracias a un proceso de transformación constante, llegó al estado en que hoy lo conocemos, con sus ingeniosas e infatigables posibilidades.

Parte de dicho proceso es la desaparición de una pieza que antes disfrutaba de funciones específicas. Hoy conocemos parejas de alfiles, caballos y torres, además de peones, rey y dama. Pues bien, antes, entre el alfil y la dama, existía otra pieza: el gato. Uno sólo era suficiente.

El gato no tenía reticencia en orinar el vestido de la dama, desobedecer al rey, hacer mofa de la solemnidad del alfil, empujar a los peones en formación, arañar al caballo y realizar ágiles cacerías de pájaros o baños de sol encima de las torres. Era muy difícil sorprenderlo en la contienda. Debía ser eliminado siete veces. No avisaba jaque. Tomaba piezas en cualquier dirección como resultado de perplejantes saltos acrobáticos. En el gato del otro bando no veía un enemigo, era frecuente encontrarlos en rochela hacia el centro del tablero o remoloneando a la sombra de las piezas vencidas en batalla.

Tan maravillosa pieza del ajedrez se sacrificó, no sin

sonoras quejas —y pese al respeto que culturas orientales brindan al animalito—, a nombre de la seriedad que hoy caracteriza al juego.

Guillermo Bustamante Zamudio

Los ratones morados

Los hombres de aquel país realizaron una campaña tan vasta para exterminar a los ratones que pocos fueron los sobrevivientes. Sólo se salvaron los que lograron abandonar la ciudad y refugiarse cerca de la Gran Planta Nuclear, pero ni

siquiera pudieron entrar porque estaba rodeada de grandes mallas electrizadas y algunos terminaron achicharrados.

Los pocos sobrevivientes, como no podían volver a sus casitas en las alcantarillas, se habituaron a comer el pasto morado que crecía alrededor de la planta. Sus crías fueron de color morado y empezaron a crecer hasta alcanzar tamaños descomunales: se comían una vaca como antes se comían un pedacito de queso. Cuando el pasto ya no fue suficiente, los ratones invadieron la planta, la ciudad, el país y como una gran mancha morada llegaron ese día. Mataban muchos hombres de un solo manotón. Los hombrecitos sobrevivientes vivían en las alcantarillas y como ya era muy difícil atraparlos, los ratones morados decidieron cazarlos con trampas.

Antonio María Cardona

Un origen

Había dos indiecitos, hombre y mujer, que eran muy pobres y le hacían el trabajo a los demás indios. Esos indiecitos

fueron guardando en un calabozo pedacitos de comida, de todo lo que comían los demás hombres. Esa comida se pudrió y de ahí nació una cucaracha. De esa cucaracha nacieron muchas cucarachas más y andaban por todas partes. Había tantas que los indios resolvieron matarlas y mataron todas menos una que se escondió en un agujerito. Entonces vino Mama Seukún y dijo que no la mataran, que esas cucarachas eran muy raras y formó una mujer de la cucaracha que quedaba. Esa mujer tuvo muchos hijos, que son los civilizados, que se regaron por todas partes como las cucarachas.

Cultura Ijca

Recopilado por Álvaro Chávez y Lucía de Francisco

El mundo de arriba y el mundo de abajo

En el cielo, allá arriba, había una selva con árboles, con

animales y con comida. Allá vivían los motilones, cazando y sembrando. Y miraron un día hacia abajo, a la tierra, y vieron que allá también había ríos y bosques con buena caza. Entonces cortaron un bejuco muy grueso y muy largo, para que resistiera el peso de los hombres, y por él se descolgaron todos los motilones, uno detrás de otro. Y llegaron a la tierra y el bejuco quedó colgando y los indios se fueron a cazar animales. Un gallinazo, que pasaba volando, cortó el bejuco y cuando los motilones volvieron de la cacería no pudieron subir, regresar al cielo: se quedaron para siempre en la tierra. El gallinazo, como castigo, tiene que comerse la carne de los muertos para llevarla otra vez al cielo.

Cultura motilona

Recopilado por Álvaro Chávez

El árbol de la vida

El morrocoy era la mujer que escondía el agua de los ríos y las cochas porque un hombre le había mezquinado la comida cuando ella tenía mucha hambre.

Toda la gente se moría de sed, mientras el morrocoy era la única persona que podía bañarse y tomar agua.

Como tampoco había alimentos la gente padecía de hambre y sed. El hombre que mezquinó la comida tenía siembras de maíz y chontaduro, pero no regalaba ni vendía a la gente que le solicitaba. Escondió las chagras para que aquélla no las encontrara. El poseía también el fuego para cocer los alimentos, pero no lo prestaba a las demás personas. Entonces la gente mandó a un lorito pequeño para que fuera y trajera la semilla, para sembrar.

Cuando todos morían de hambre y de sed, miraron a un árbol grande y grueso que llegaba hasta el cielo: éste era un inmenso ceibo donde la mujer morrocoy había escondido el agua.

Entonces toda la gente se reunió y decidieron tumbar el árbol: la gente guacamayo, loro y picudo, afilaron sus hachas y dieron comienzo a la tumba del árbol. Mucho tuvieron que trabajar y cuando ya lo habían cortado, el árbol no cayó porque sus más altas ramas se quedaron enredadas en el firmamento, y así tampoco tuvieron agua. Pero un hombre, la ardita, les dijo:

«Yo subiré y lo desenredaré, pero tendré que quedarme en el firmamento porque no hay por donde bajar».

Subió en presencia de todos y cortó las ramas que lo sostenían. El inmenso árbol cayó y al momento se formó el mar que fue el tronco; sus ramas los diferentes ríos de la tierra, y las hojas, las cochas. Así, la gente tuvo con que saciar la sed.

El morrocoy entonces llevó yerbas a las chagras del hombre mezquino y todos tuvieron alimentos, porque a hurtadillas trajeron todas las semillas que necesitaban. Así fue como la gente tuvo comida para saciar el hambre y agua para apagar la sed.

Cultura Siona

Los niños primero

Oliva estaba casada con Gutiérrez.

Ruiz salía con Oliva.

Oliva quedó embarazada.

Gutiérrez se fue para el extranjero.

Ruiz se fue para el cuartel.

En una carta a Gutiérrez, Oliva le dijo que era padre de una niña.

En una carta a Ruiz, Oliva le dijo que era padre de una niña.

Todos estaban contentos. La niña sonreía.

Gutiérrez y Ruiz fueron espaciando sus cartas y terminaron por no escribir.

La situación a Oliva se le complicó, se volvió coleccionista de los clasificados efectivos del periódico.

Gutiérrez y Ruiz se perdieron en los caminos de la vida. Oliva intentó conseguirse otros hombres y con ellos no levantó un peso. En la tienda dejaron de fiarle, a la papelería no arrimó

más por hojas de vida.

La única que se veía contenta era la niña.

Crecía.

Oliva empezó a maldecir a los hombres y al mundo. Luego se echó la culpa de todas las desgracias y por último miró a la niña, le brindó el pastel de fresas envenenado y descansó.

Alberto Esquivel

Reencuentro

La mujer le dejó saber con la mirada que quería decirle algo. Leoncio accedió, y cuando ella se apeó del bus él hizo lo mismo. La siguió a corta pero discreta distancia, y luego de algunas cuadras la mujer se volvió. Sostenía con mano firme una pistola. Leoncio reconoció entonces a la mujer ultrajada en un sueño y descubrió en sus ojos la venganza.

-Todo fue un sueño -le dijo-. En un sueño nada tiene importancia.

-Depende de quién sueñe -dijo la mujer-. Este también es un sueño.

Luis Payad

Tras la huella

Por la noche, mientras sueño, camino tanto, recorro tantos senderos pedregosos, tantos paisajes desolados de dunas inconstantes y derroteros moldeados por el viento, que a media noche despierto con una sed tremenda. Me levanto débil, la boca pastosa, me envuelvo en la túnica y abandono el refugio en busca de algún pozo olvidado por la arena. Camino a ciegas, fustigado por el viento quejumbroso que va borrando mis huellas. Muy pronto me pierdo y recuerdo la angustia de mis sueños; con ojos entrecerrados percibo los alrededores, adivino las siluetas que forman las rocas salitrosas, los furtivos rastros que persigo mientras duermo. Entonces recuerdo mi desventurado destino de viajero del desierto, poco antes de despertarme consumido por una sed tremenda.

Henry Ficher

La carrera

El hombre empezó a correr por toda la calle y de pronto se detuvo para tratar de recordar hacía dónde corría; así que sin lograrlo siguió corriendo; durante toda su juventud no había dejado de correr; corría cuando salía del baño, corría cuando salía del colegio, corría cuando salía del cine, corría cuando salía del café y corría cuando entraba al baño, corría cuando entraba al colegio, corría cuando entraba al cine, corría cuando entraba al café; pero cuando llegó la hora del matrimonio y se encargó del hogar parecía que iba a dejar de correr; no obstante siguió corriendo; corría como huyendo de algo; de algo que le pisaba los talones; era como su propia sombra; el hombre corría cuando caminaba por la avenida, corría cuando doblaba por la esquina; corría cuando iba a tomar el bus y cuando lo tomaba se bajaba precipitadamente antes de llegar a su destino porque le parecía que corriendo llegaría primero; el hombre corría, corría, corría; llegaba al banco, llegaba al almacén,

llegaba al supermercado, llegaba a la farmacia, llegaba al puesto de periódicos y volvía a correr para llegar a su casa; corría para realizar lo que no había realizado y corría cuando había realizado lo que deseaba realizar; corría con un propósito definido y corría sin un propósito por definir; corría cuando pensaba llegar primero que la mañana, corría cuando pensaba llegar primero que el mediodía, corría cuando pensaba llegar primero que la tarde, corría cuando pensaba llegar primero que la noche y volvía a correr cuando quería alcanzar la noche, la tarde, el mediodía y la mañana; corría a la salida de la casa, en la calle, en la carrera, en el ascensor, en el trabajo y al salir del ascensor, al tomar la carrera, la calle y al entrar a casa; corría para andar más aprisa; corría para llegar a tiempo a la oficina y corría para salir pronto de ella; corría para que el tiempo rindiera y corría para acabar con el tiempo; corría para que dieran las ocho y corría cuando pasaban las ocho; corría para acabar con la soledad y la angustia y corría para que no llegaran la soledad y la angustia; la vida le había alcanzado poco para correr; de manera que cuando presintió la muerte alcanzó rápidamente el ataúd que un día había traído corriendo a su casa previendo que no le alcanzaría el tiempo para esto y se acomodó dentro del cajón y antes de bajar la tapa y de morirse le dijo a sus hijos que lo llevaran corriendo al cementerio; pero cuando salieron corriendo con el cadáver por toda la calle tuvieron que dejarlo a medio camino porque ya se

había podrido.

Andrés Elías Flórez Brum

Colección de conflictos

Justo en esa mañana, como arrastrados por una avalancha cruel e indiferente, se le amontonaron los conflictos. Su esposa, como siempre, le preparó el café, amargo, como le ha gustado toda la vida, que él, desconsiderado, dejó enfriar sin siquiera probarlo, y tampoco sacó la basura como se lo gritara al cerrar la puerta, antes de marcharse; el bus de la fábrica entre pito y grito lo esperó un poco más del tiempo reglamentario en la esquina y terminó por irse con su puesto vacío; las máquinas a su cargo no pudieron echar a andar su diario bullicio de acero molido porque ahí no estuvo él; el patrón se encendió en furia cuando se enteró de su ausencia y amenazó con descontarle del sueldo esas horas, amén de no reconocerle el dominical; quedó mal con la reunión del sindicato al mediodía y fue sancionado

con multa cuando a su nombre nadie respondió. Y seguramente quedó en deuda con muchos otros pequeños asuntos y compromisos que sólo su protagonista podría saber... Pero qué iba a hacer, si justo esa mañana para él no amaneció.

Humberto Jarrín

Un día muy duro

Un hombre busca oficio en la ciudad moderna. Para ello, se arma de valor. Afianza sus hambres, las cuenta con sus dedos y golpea.

- ¡Señor, necesito empleo!

El jefecito lo observa. “Súbase”, le ordena.

Una máquina lo mide, lo pesa y lo sopesa.

- ¿Qué le gusta hacer?

-Lo que a usted le guste, señor.

-Muy bien, empecemos la entrevista: Abra la boca.

—¿Asíií? -pregunta el hombre.

-Sí -el jefecito revisa con el lápiz el fondo de la boca y agrega-: la tiene negra.

-No sé, señor. Si usted lo dice.

El jefecito escribe en el papel con letras grandes y azules: DENTADURA POSTIZA.

-Negra-afirma. Luego le propone-: ¿Quiere probar?

-Si usted quiere...

-Súbase entonces. ¡Tenga fe!

El hombre se encarama sobre una máquina que mide cinco veces más que su cuerpo. Tiene miedo. El jefecito secándose el sudor de las manos en el delantal, le pregunta desde abajo:

- ¿Tiene algo que agregar?

-Nooo... -responde con voz temblorosa. Desde arriba, como en el filo de la muerte, hace su última pregunta-: ¿Qué tengo que hacer, señor?

-Quédese quieto.

El jefecito conecta la máquina al enchufe. Rápidamente hunde seis botones de diferentes colores, sube la palanca

manual y espera con paciencia. El exabrupto mecánico inicia su ciclo. En tres minutos exactos habrá terminado su labor. Luego, el hombre baja borracho; da vueltas. El jefecito le ayuda a ponerse en pie.

- ¿Le gustó?

El hombre no está en condiciones de contestar.

- ¿Le gustó, hombre?

El hombre desgonzado como un muñeco afirma con la cabeza y se va. El jefecito toma una silla y jugando con los residuos que la máquina ha depositado en la canasta metálica, se lamenta:

-Pobre hombre. Tenía muy buena voluntad pero no sirvió.

Luego coge dos o tres dedos sueltos del fondo, destila en un vaso un líquido colorado parecido a la sangre, y le grita compungido:

- ¡Oiga, dejó olvidadas algunas cosas de valor!

Pero el hombre no oye. También las orejas las había dejado olvidadas.

Fabio Martínez

El juego de ser madre

La madre se quitó el ojo derecho y fue a venderlo. Envió el producto de la venta por correo urgente y esperó, ansiosa, las noticias. Tiempo después recibió una carta escueta en la que se pedía más dinero. Vendió su pierna izquierda y todo su cabello castaño desteñido, envió apresuradamente el dinero y esperó.

La respuesta llegó con retraso, aunque en realidad no fue una respuesta sino un nuevo mensaje de clamorosa

necesidad. Salió a la calle inmediatamente, ofreció su pecho escuálido y, como cobró una miseria, vendió también sus antebrazos y algunas de sus gastadas vértebras. El dinero íntegro salió ese mismo día.

Pasaron semanas hasta que llegó un nuevo mensaje desesperado que movilizó a la anciana. Ofreció, entonces, su vientre, su flaca y encorvada espalda, sus clavículas y la frente; quiso vender su ternura y su esperanza, pero no le fueron aceptadas en ninguna tienda. El envío fue hecho de inmediato y, como de costumbre, hubo de esperar meses antes de tener noticias, y, cuando llegaron, fueron las de siempre. Vendió su nariz, sus labios, su cráneo, su viejo e inútil sexo, su mano izquierda y le rechazaron, por falta de atractivos, su memoria.

Estaba segura de que ahora si lo lograría y cuando, tras varios meses de esperar, llegó una nueva carta, supo que las cosas habían mejorado. Pero que aún faltaba mucho camino por recorrer y, como siempre, no le quedaba ni una sola moneda. Se quitó el ojo izquierdo, la pierna derecha, sus caderas desvencijadas, la arqueada columna vertebral, el corazón, el último suspiro y suplicó que enviasen el producto de la venta.

Al día siguiente llegó un alborozado telegrama: Madre, no envíes más dinero, he triunfado.

Carlos Meneses

El sueño

Al advertir el crecimiento inusitado del vientre de su hija, llamó a su mujer para comunicarle la sospecha Esta le dijo que no fuera tan mal pensado que la niña estaba creciendo y por eso engordaba.

Cuando el rumor del vecindario se hizo insoportable resolvieron hablar con su hija en presencia de los vecinos. Ella dijo que por el calor tenía la costumbre de dormir desnuda, que una noche soñó con un hombre que se introdujo por la ventana abierta y la poseyó en lo más profundo del sueño sin que pudiera defenderse. “Yo estaba completamente vencida y algo debió suceder”, dijo.

Desde entonces los padres prohibieron a sus hijas que soñaran.

Roberto Montes Mathieu

La caja de sorpresas

Descubrimos al payaso parado en una de las esquinas del parque. Tenía instalada la caja sobre el carrito de balineras y pulsaba una guitarra de cuerdas incompletas.

- ¿Cuánto vale? -le dijimos, mientras nos arremolinábamos llenos de curiosidad.

-Es gratis para los primeros cinco -sentimos la voz que salía de la caja y no de la boca del payaso.

-Claro -traté de explicarme el motivo del ofrecimiento- hoy es festivo y usted quiere simpatizar con los niños.

El payaso afirmó con una risita de abuelo bonachón y

me señaló la lente. Cerré un ojo y miré con el otro: la caja no tenía fin y cientos de niños diminutos flotaban en el vacío. La visión me produjo miedo y quise apartarme.

Di media vuelta y detecté la mirada de uno de mis amigos, que me observaba desde afuera.

Juan Carlos Moyano Ortiz

Cuento de arena

Un día la ciudad desapareció. De cara al desierto v con los pies hundidos en la arena, todos comprendieron que durante

treinta largos años habían estado viviendo en un espejismo.

Jairo Aníbal Niño

Amenazas

-Te devoraré -dijo la pantera.

-Peor para ti -dijo la espada.

William Ospina

Leida

Leida estaba sola en la casa, pensando en la vida, cuando tocaron a la puerta. Como nadie nunca llamaba, pensó que era una equivocación y no se levantó hasta no oír que golpeaban de nuevo. Era un sábado en la tarde y el día resplandecía como si echara fuego por todas partes. "¿Quién será?", se dijo, y fue a abrir. En la puerta, sonriendo de un modo que a ella perturbó, estaba el hombre más hermoso que hubiera visto jamás. ¡Si parecía Clark Gable! El hombre le dijo que era el técnico y que venía a revisar la estufa. Leida entonces, sintiendo que se le encendían las mejillas, recordó que hacía poco había llamado porque la estufa no funcionaba y que, entre tanta preocupación, se le había olvidado. Lo dejó entrar y luego, durante un largo rato, lo vio ocuparse de alambres, tornillos y resistencias hasta que la estufa quedó lista. A Leida quería saltársele el corazón cuando lo invitó a una taza de café. "Por qué no a un aguardiente", contestó él, sonriendo de una manera que a Leida le pareció divina. Leida sacó una botella y una copa del armario y el hombre se echó dos, tres tragos de una vez, como si su sed fuera infinita. Una hora más tarde anochecía y ya Leida y el extraño bailaban en la sala.

¡En la vida le había ocurrido cosa parecida! A las once, y como ese hombre la enloquecía, no tuvo ningún escrúpulo en ir con él a la cama. Entre sábanas, el hombre era aún más

adorable, y Leida, que del amor sólo tenía noticias, fue rica e insaciablemente amada hasta el suspiro final. Luego se quedaron dormidos, pero cuando al amanecer, removiéndose, Leida quiso abrazarse a él, sus manos tropezaron con algo a sus espaldas, suave como la pluma. De inmediato se incorporó y cuál no sería su sorpresa al descubrir que de las espaldas del hombre nacían un par de alas blancas. “Un ángel”, musitó, y ya no supo decir más nada, pues el susto era grande. Después recuperó la calma, y procurando no despertarlo, se dedicó a contemplarlo y a acariciar la seda de sus alas con ternura infinita.

Esto pasó en Medellín, y Leida a nadie se lo ha contado hasta el presente.

Elkin Restrepo

Un agujero

Le pregunto al tendero gordo, con toda seriedad:

- ¿Usted es Dios, señor?

él me responde, mientras corta trocitos de jamón, mientras mueren poco a poco sus ojos:

-No, no soy Dios, pero sí lo conozco.

- ¿Cómo es él? -le pregunto.

él me responde: -Es así.

me da su tamaño, su peso, sus medidas.

Héctor Rojas Herazo

El niño que se llenó de ira

Mamá acostó al nene niñito bonito formalito cariño de mamá va a dormir con los piecitos tapaditos (el nene miraba estúpidamente) porque si los niños no se tapan los piecitos viene un ratón grande y se los come. En realidad el niño no entendía la palabra gripe y para la madre era mejor ser más gráfica. Pero el nene empezó a chillar como loco, pataleó y

arrojó las cobijas llenándose de lágrimas y de mocos hasta que mamá le dio una palmada y se fue a acostar. A las 6 a.m. (los lecheros siempre llegan a esa hora) los gritos desgarradores del niño hicieron levantar a toda la familia. Cuando lo sacaron de la cuna, su pierna derecha era una papilla sanguinolenta y solamente hasta las 9 a.m., con ayuda del lechero y la policía, pudieron sacar muerta a tiros, una rata sarnosa y de cola enorme y repugnante, del tamaño de un cerdo cebado.

Celso Román

El precio de la transacción

Todos los centinelas, que hoy llámanse guardaespaldas, dieron en permitir el paso por la entrada de la fastuosa villa al caballero que habíase apeado con su perro del lujoso carruaje con motor de ocho cilindros. E yendo ellos así, los recibió en la suntuosa sala el otro caballero también mui rico e dueño de la casa.

-Tengo por bien traer la mercancía -dixo el visitante poniendo en la mesa un pequeño paquete-. No es menester loar que vuesa merced, como homme entendido, ha de valorar justamente.

Cuando este hobo dicho, el dueño de la casa sacó de su bolsillo tremendo fajo de billetes de la transacción iba a cerrarse con buen suceso, sin non hobiese de por medio que presto un gato casero saltó sobre la mesilla e ungullóse el atado de la mercancía. Entonces el perro del visitante, un pastor alemán de malas pulgas, cayó sobre el gato e matólo.

El dueño de la casa, dolorido por la muerte de su gato,

tomó una pistola y disparó seis tiros contra el perro que dio una voltereta e quedó con gran tiesura. El vendedor de la mercancía asió por una oreja al dueño de la casa e lo apuñaleó porque le matara a su perro. Presto los guardaespaldas fizieron papilla al chofer del visitante e llegaron los del barrio del chofer e mataron a los guardaespaldas, viniendo poco después los familiares destos que acabaron con los parientes de los amigos del chofer e del visitante, mas arribaron por fin los guardaespaldas deste último e se agarraron en lucha de todos contra todos e matáronse unos a otros.

Dixo la polecía que la cusa de tanta mortandad fue la mercancía que era una esmeralda o una onza de cocaína.

Fernando Solarte Lindo

El retorno de Drácula

Es cierto. Se fue y dejó de venir durante muchos años. Los niños crecieron. Mire lo grandes que están: ya todos tienen gafas y van a la universidad.

Ellos no lo reconocieron. Pero entre él y yo las cosas pasaron como si no se hubiera ido nunca. El mismo día que volvió nos dimos cuenta. No había cambiado nada. A los dos minutos estábamos donde habíamos empezado, cuando nos casamos, hace ya tanto tiempo.

Él me dijo que no quería sangre para la comida. Yo le dije que no había nada más.

Nicolás Suescún

Un día de regreso

Esa mañana hubo eclipse de sol. Parecía un día de regreso.

Todos sintieron de repente frío y hubo un viento inesperado. Se diría que era un viento frío y gris. Cuando debía acabar el eclipse, la gente se desesperó de que ello no ocurriera. Entonces dijeron que no era eclipse sino el Apocalipsis y se creyó oír hasta las trompetas que dicen habrá el día del juicio final. Lo cierto es que toda madera reverdeció: sillas, armarios, corredores, balcones, puertas: donde hubiese madera allí reverdecía la vida y hasta aromaba. Pero lo más extraño fue que comenzaron a regresar los padres, abuelos, bisabuelos, todos los antecesores se encontraron y se reunieron con los habitantes presentes del orbe y hubo tal confusión ese día del eclipse.

Javier Tajar

Fatum

Cuando el envejecido gladiador comunicó su decisión de probar una vez más su arte, enfrentando ahora a varios leones simultáneamente, el emperador recordó el presagio según el cual aquella sería la última gran hazaña que viera realizada por su atleta favorito. Y como siempre le había parecido justo que un hombre muriese en su ley, no trató de postergar el plazo, ni le alertó tampoco sobre los peligros que corría, sino que, obrando en consecuencia, se dispuso a seguir cada uno de los incidentes del arriesgado combate. Pero en el instante en que el gladiador venció al último de los leones, el emperador, tocado súbitamente por la muerte, se desplomó repitiendo las palabras del presagio según el cual aquella sería la última gran hazaña que viera realizada por su atleta favorito.

Jaime Alberto Vélez

De película

Su vida fue siempre de película. Primero devoraba sus días en los cines. Después, alimentaba en sus sueños una historia imaginaria. Vivía en cine o al revés. Soñaba películas despierto, dormido las actuaba. Parecía un hombre inmortal.

Creía vivir en la época de la selva, cuando Tarzán estaba en peligro. Se paseaba entre los faraones como un judío esclavizado. Sentía el cansancio de largos viajes en caravanas a través del desierto, o entre los cañones del Oeste. Colaboraba con los aliados en las emboscadas que les hacían los alemanes. Presenciaba impasible las guerras sin cuartel entre la mafia italiana en Nueva York y fue testigo de la despiadada paliza

que le dieron a Al Capone en la cárcel. Se enfrentaba al infinito hacia la odisea del espacio. El cine fue para él una máquina del tiempo, retrocedía y avanzaba según el teatro que escogiera al azar.

Una noche tuvo el asalto de las escenas finales de su película. La inventaba a pedazos y trabajaba fervorosamente en el montaje. A veces, lloraba incansable o reía. Creía ver la película más completa del mundo.

El día inevitable, sentado al lado izquierdo y bien adelante, miró con sorpresa (¿o terror?) que la película reflejada en la pantalla era la suya. No podía creerlo.

Para comprobarlo se cambió de fila. Era tan igual. Adivinaba la siguiente escena. Faltaba poco. Estaba frente a la pantalla. Sintió la necesidad de entrar en escena. La historia terminaba con la muerte de un desconocido, un extra. Quiso evitarlo. Pero no podía detenerse. Era algo más fuerte que él mismo. Avanzó y penetró a través de la pantalla. Para los espectadores, en ese momento, apareció un ser anónimo que recibía un disparo.

Al aparecer el título “fin” y encenderse la luz, el teatro se desocupó. El barrendero pegó el grito en el cielo cuando halló, ensangrentado, a un hombre en la primera fila. Tenía un obsesivo olor a eternidad.

Umberto Valverde

Textos tomados de la revista Ekuóreo, del libro Antología del cuento corto colombiano (Guillermo Bustamante Zamudio y Harold Kremer. Centro Editorial Universidad del Valle, 1994) y del libro Los Minicuentos de Ekuóreo (Guillermo Bustamante Zamudio y Harold Kremer. Inédito).

Glosario

A

ACCEDIÓ Del v. Acceder.

Convenir, consentir.

AFIANZA Del v. Afianzar. Agarrar, asir, coger.

ALBOROZADO Del v. Alborozar. Causar gran placer, fig. Alegre.

ANÓNIMO adj. Que no lleva nombre del autor. Desconocido. ANSIOSA adj. Con angustia. APEÓ Del v. Apear. Bajar, desmontar.

APOCALIPSIS m. Referencia al libro bíblico,

fig. El juicio final. Terrorífico.

AROMABA Del v. Aromar. Oler, aromatizar.

ARREMOLINÁBAMOS Del v. Arremolinar, fig. Amontonar. ASIÓ Del v. Asir. Coger, agarrar.

AVALANCHA f. Alud. fig. Que se precipita.

AZAR m. Casualidad.

B

BEJUCO m. Nombre de varias plantas tropicales, de tallos muy largos y delgados.

BONACHON adj. Muy bueno. BULLICIO m. Ruido, rumor, alboroto.

C

CALABOZO Posiblemente por

Calabazo. Vasija rústica, recipiente tosco.

CEBADO adj. Fiera temible por haber comido carne humana fig. Cebar. Engordar.

CLAMOROSA adj. Quejosa, lastimosa. Súplica, ruego.

COCER v. Cocinar.

COCHA f. Lago, laguna.

COMPUNGIDO Del v Compungir. Remorderle a uno la conciencia.

CONFLICTOS m. fig. Apuros, angustias.

CONSTATAN Del v. Constatar

Confirman, comprueban.

CONTIENDA f. Disputa, pelea

CH

CHAGRA f Col. CHACRA I Finca pequeña rústica. Pedazo de tierra cultivada.

D

DERROTERO m. Camino, ruta.

DESCOMUNALES adj. Excesivos, grandes.

DESGARRADORES adj Que desgarran o destrozan.

DESGONZADO Del v Desgonzar o Desgoznar, fig. Quebrantamiento en el cuerpo, flojedad.

DESTILA Del v. Destilar. Filtrar.

DESTINO m. Lo que nos sucede, hado.

DESVENCIJADAS Del v Desvencijar. Aflojar, descomponer. fig. Maltratadas.

DETECTÉ Del v. Detectar. Descubrir.

DISCRETA adj. Prudente, moderado.

DUNAS f. Colina de arena que forma y empuja el viento.

E

EPIDERMIS f Piel

ESCOZOR m. Sensación dolo- rosa de quemadura. ESCUÁLIDO adj. Flaco.

ESCUDRIÑÓ Del v. Escudriñar. Inquirir minuciosa-mente. Rebuscar.

ESCUETA adj. Sin adornos, seca.

ESPECÍFICAS adj. Precisas, concretas.

ETERNIDAD f. Perpetuidad, sin principio ni fin.

EXABRUPTO fig. Monstruo (FM).

F

FASTUOSA adj. Lujosa.

FERVOROSAMENTE adv. Con entusiasmo, con pasión.

FURTIVOS adj. Secretos.

FUSTIGADO Del v. Fustigar. Castigar, dar azotes

H

HASTIADO Del v. Hastiar. Fastidiar, disgustar.

INCONSISTENCIA f. Falta de cohesión.

INSINUABA Del v. Insinuar. Apenas se veía.

INTRUSO s. Que se introduce sin derecho en alguna parte.

INUSITADO adj. Insólito, raro.

L

LOAR v. Alabar, celebrar.

M

MAMA m. Chamán, sacerdote.

MANOTÓN m. Golpe con la mano. fig. Con la garra.

MENESTER m. Ser necesaria una cosa.

MEZQUINÓ Del v. Mezquinar. Ser avaro, miserable, cicatero.

MOFA f. Burla.

MONTAJE m. Selección y unión de las escenas de una película.

MORROCOY m. Col. Quelonio escamoso, de color oscuro y cuadros amarillos, más pequeño que la tortuga. 2. Galápago (tortuga de mar) de la isla de Cuba.

O

OBSTANTE No obstante m. adv. Sin embargo, a pesar de. ORBE m. Del mundo.

ÓRBITA f. Cavidad cuenca del ojo.

P

PALIZA f. Zurra, tunda.

PERPLEJANTES Col. Asombrosos.

PRESAGIO m. Señal que indica lo porvenir. Vaticinio. PRESTO adj. Pronto, fig. En seguida.

R

REMOLONEANDO Del v Remolonear. Haciendo pereza, holgazaneando.

RETICENCIA f. fig. Problemas. REVERDECIÓ Del v Reverdecer. Ponerse verdes de nuevo. fig. Recobrar vigor.

RIDÍCULO adj. Que mueve a risa, burla.

ROCHELA f. Juego, diversión.

S

SARNOSA adj. fig. Asquerosa, repugnante.

SIMULTÁNEAMENTE adv. Al mismo tiempo.

SOLEMNIDAD f. Pomposidad, formalidad.

SOPESA Del v. Sopesar. Pesar. fig. Volver a pesar

(FM).

SÚBITAMENTE adv. Repentinamente.

T

TRANSACIÓN f. Negocio, trato.

TÚNICA f. Bata amplia y larga.

U

ULTRAJADA Del v. Ultrajar. Ofender, injuriar.

UNGULLÓSE ant. De Engullir. Tragar.

V

VASTA adj. Muy grande.

VILLA fig. Casa de campo, casa grande.

Culturas

Cultura Ijca: Descendientes de los Tayronas. Orfebres del oro. En cerámica trabajaron vasijas decoradas. Viven en las estribaciones de la Sierra Nevada de Santa Marta. Hablan dialecto de la cultura chibcha.

Cultura motilona: Habitan en la Serranía de Perijá, en la frontera norte con Venezuela.

Cultura Siona: Habitan en la región pacífica de Colombia.

Este libro se terminó de imprimir
en el mes de julio de 2002.

Se utilizó la fuente Dutch809 BT.

La edición estuvo a cargo de Harold Kremer

E-mail:coieccionde@yahoo.es

A.A. 24149

Cali

"El cuento en Colombia empezó su camino con Carrasquilla y encontró rápidamente a su mejor exponente en

el escritor Efe Gómez", dice Harold Kremer, escritor y compilador de esta Colección de Cuentos Colombianos que está dividida en dos partes.

La primera se inicia con Tomás Carrasquilla y comprende un período que va de finales del siglo XIX y llega hasta comienzos del siglo XXI. Apenas cien años que logran mostrar los orígenes del cuento en Colombia, su desarrollo y evolución desde el cuadro costumbrista hasta lograr su consolidación en el cuento moderno.

La segunda parte está dedicada al minicuento o cuento corto colombiano. De origen más reciente el minicuento logra en pocos años adquirir una dimensión y madurez tan logradas que hoy en día existe un reconocimiento unánime de sus aciertos al lado de los otros géneros en prosa.

Con esta Colección de Cuentos Colombianos que incluye, además, biografías y diccionarios para cada texto, la Editorial Deriva presenta un panorama del relato corto colombiano.

Harold Kremer nació en Buga (V) en 1955. Cursó estudios de Literatura en la Universidad Santiago de Cali. Publicó en 1985 La noche más larga, Premio Nacional de libro de Cuento de la Universidad de Medellín. Ha ganado varios concursos nacionales de cuento. En 1989 apareció su libro

Rumor de mar. Próximamente aparecerá su libro de cuentos Gelatina.